



INFIDELIDAD

NATH LOR



INFIDELIDAD.

Alexandra creía que tenía todo lo que deseaba en la vida. Hasta que un día lo conoció a él... Vivirá intensamente desde aquel día debatiéndose entre su culpa y sus miedos. Sumergiéndose en el pasado y en los recuerdos. ¿Podrás juzgarla por sus acciones? Una historia alucinante y real en la que Alex nos cuenta cómo vivió cada uno de los momentos que la llevaron a estar donde está el día de hoy.

ABSTRACTO.

Viernes 24 de Octubre, de 2010.

- Verá doctor, tiene usted en mi ficha médica mi nombre, apellido, dirección, número de la seguridad social y probablemente constancia de mis últimas tres gripes. Pero he pedido cita para verle porque creo que podría ayudarme con dudas que suelen asaltar mi cabeza...

-En efecto Alexandra, estoy aquí para ayudarle en lo que necesite, tome asiento por favor- Dijo serio.

El doctor era un hombre de mediana edad, no llegaba al metro cincuenta de estatura, y debo decir que en cuanto le vi me recordó al pitufo gruñón de la tele. *¡Era como un dibujo animado!*

- Puede contarme lo que crea conveniente para la terapia, y luego iremos incursionando en sentimientos y sensaciones más profundas que podremos incluir paso a paso en nuestras citas, entiendo que, si está aquí Alex, es por qué desea algo en particular. - dijo él mientras se sentaba también frente a mí.

Pude apreciar que aquella oficina tenía todo tipo de objetos particulares, algunos botes con vaya uno a saber qué cosas dentro, pilas de papeles sobre un amplio escritorio, algunos cuadros un tanto raros y un diván enorme y muy cómodo en el que estaba sentada, además de un sillón más pequeñito a su lado.

-Podría decirme, hoy ¿qué es lo que desea encontrar de alguna manera con la terapia? - Me miró a los ojos diciendo aquello, sacándome así de mi análisis del entorno.

- Realmente no lo sé- Dije, confundida.

-Creo que soy una mujer afortunada, un buen trabajo que me permite cierta libertad, escribo; es decir soy escritora. Estoy casada desde hace 3 años, tenemos una casa preciosa, y quiero a mi marido. - dije pausadamente. Pero no se realmente como llevar esa "suerte", sinceramente- dije.

Después de esa declaración por mi parte, al menos la primera sesión fue más

rápida, y tomó un ritmo más fluido.

El doctor Álvarez, que era un profesional muy serio y de gran reputación, me explicó que a veces las terapias podían ser más largas, que debíamos ser sinceros el uno con el otro, y que programaríamos sesiones semanales de una hora. Nos despedimos fugazmente. Y salí del edificio.

Afuera hacia viento, así que mi rizos rubios parecían flotar alrededor de mi rostro, caminé hacia el parking avanzando con dificultad y abrochando mi chaqueta, llegaba el otoño a Madrid y el frío comenzaba a sentirse en cada atardecer. Así en modo casi automático llegué a casa.

Al abrir la puerta, dejé mi portafolios y mi chaqueta allí mismo, me bajé de esos enormes tacones que pretendían disimular el metro 60 de estatura que Dios y la genética me habían proporcionado, y grité desde la puerta:

-! Hola!

Automáticamente Noah apareció desde la cocina con una sonrisa y un cucharón en la mano. Era un hombre realmente bello, con una sonrisa radiante y ojos sinceros.

-Hola, estoy aquí, en 10 minutos cenamos cariño- Dijo.

La cena transcurrió tranquila, aunque no mencione al doctor Álvarez, ni a la terapia, Noah me preguntaba sobre mi día en la editorial, sobre el tráfico y sobre mi libro de cuentos, que por cierto llevaba dos semanas de retraso. Le pregunté por su día también. Noah era director de finanzas de una cadena de hoteles muy importante en España. Trabajaba mucho, y era él, el más hábil negociador que yo haya conocido. Su poder de convicción y astucia a la hora de los negocios siempre me había fascinado. El día que lo conocí hace casi 5 años, pasamos una hora hablando sobre si deberíamos tomar un café otra vez o no. Al final, por supuesto, me convenció y cada día me fue convenciendo más, tanto que me casé con él una hermosa primavera en la sierra de Madrid.

La noche siguió tranquila, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido, diría mi querido *Sabina**, y siguió así también ese fin de semana, intenté concentrarme y adelantar capítulos de mi libro de cuentos infantiles.

Olvidar un poco las ideas **que** revoloteaban en mi mente, y simplemente relajarme en **casa**.

Lo que no sabía es que ese lunes que estaba por comenzar, en mi vida aparecería un sol tan enorme, como abrasador. Un sol que podía dar luz y calor, pero también quemar. Y yo, sinceramente me acerque tanto a él que hoy todavía tengo quemaduras de segundo y tercer grado.

** Sabina, Joaquín. Cantautor español, letra de canción: 19 días y 500 noches.*

PUZZLE.

La mañana del lunes, desperté emocionada después de una ducha me puse mi mejor traje negro de dos piezas. Chaqueta, falda de tubo y mis tacones. Elegí un maquillaje delicado resaltando mis largas pestañas, tomé medio vaso de zumo de naranja y salí de casa. No vi a Noah, ya que él se había ido más temprano, solía madrugar mucho más que yo.

Camino a la editorial, imaginaba la cara de Sara, mi editora desde hacía ya 10 años, conocía mis ideas locas al comenzar un cuento y sabía que escribir libros infantiles era la pasión más grande de mi vida. Ella era una mujer elegante y refinada tenía casi 60 años y esperaba ansiosa su jubilación, aun así, amaba su trabajo tanto como yo y ese sentimiento con los años nos había unido dando paso a una grandiosa amistad. Veía en ella, la madre que nunca tuve.

Mi padre me crió solo, en un pueblo de las afueras de Madrid. Tenía una pequeña bodega que amaba con locura, su día a día se repartía entre ella y yo. Poco sé de mi madre, mi dijeron que cuando me dio a luz, tuvo una fuerte infección que por desgracia fue detectada demasiado tarde, y murió. A pesar de haber crecido sin ella recuerdo una infancia muy feliz.

Mi padre murió hace unos años, su médico le descubrió un terrible cáncer que solo tardó dos meses en borrar todo lo que él era. Fue terrible para mi, muchas veces Noah dice que dormida, lo llamo y le pido que me abrace. Un mes después de que mi padre me dejara vendí la bodega, tuve que hacerlo, no soportaba estar allí todo me producía un dolor indescriptible, supongo que quise dar vuelta de página, aunque creo que jamás lo conseguí. Al llegar a la editorial, noté que había revuelo por los pasillos, y que la sala de convenciones estaba abarrotada de gente, sin más avancé hasta el despacho de Sara, al verme llegar saltó de su silla y me dió un abrazo cálido, de esos que llegan al alma.

- Llevas mucho retraso Alex. - Muy seria y amenazante dijo en cuanto me miró.

-Espero que puedas alegrar mi lunes porque hoy esta editorial está boca abajo.

¿Sabes quién ha venido desde África a trabajar con nosotros en un nuevo libro? Marcos Schweinsteiger - así como lo ves, dijo con los ojos como plato.

Yo que no tenía idea de quién era el tal Marcos, lo tomé por un desconocido cualquiera y mirando hacia afuera a través del cristal de su ventana, dije:
-He terminado, Sara. Creo que te gustará mucho, y creo que debemos festejarlo
Sonreí mirándola y largamos una carcajada al unísono.

Mientras comentábamos el libro la mañana pasó rápido, dejé el borrador sobre su escritorio y salí del despacho, tenía que comer algo eran cerca de las 14 horas y solo llevaba en mi cuerpo medio vaso de zumo. Sara decidió quedarse un poco más, así que absorta en mis pensamientos entré en el ascensor, no pude evitar sonreír mientras pensaba en mi nuevo libro, mi mente divagaba en posibles escenarios a la hora de promocionarlo, cuando de repente me di cuenta que no estaba sola.

-Parece que tiene usted un buen día- Dijo el extraño que estaba a mi lado, lucía un traje gris immaculado, barba incipiente entre negra y plata. Intensos ojos grises y aunque su voz era agradable, estaba muy serio.

-Si- dije casi en un susurro.

-Si- Volví a decir esta vez con más firmeza. - He terminado un nuevo libro y estoy emocionada...- comenté, mientras el sujeto me miraba descaradamente la boca. Sentí un fuego abrasador sobre mis labios. Mis rodillas flaquearon levemente. *¡Aquello fue una montaña rusa!* Lo recuerdo muy bien.

La puerta se abrió, dejando entrar un poco más de aire, pasó por mi lado, y sin sonreír y ni siquiera inmutarse, dijo antes de desaparecer.

-Espero que siga teniendo un buen día.

Dios mío, aquello fue de locos y raro. Al menos dos minutos fui una adolescente de nuevo y me sentí desfallecer mil veces. Salí del ascensor unos instantes después, cuando por fin reaccioné de que la gente que intentaba entrar me miraba como si yo fuese una maniática perdida.

Salí del edificio rápidamente agradeciendo el aire y el sonido de la calle. Pasé por mi cafetería favorita que tan solo estaba algunos metros de la

editorial y mientras comía un bocadillo de calamares, mi comida preferida en el mundo, le di muchas vueltas a lo sucedido minutos antes.

¿Quién era ese hombre? ¿Qué hacía allí? Parecía tener unos 45 años más o menos, su cabello moreno comenzaba a teñirse color plata igual que su barba, lucía como un caballero, un hombre de modales. Vestía de manera elegante y creo que nunca le había visto antes por allí, ni por ningún sitio, claro.

Definitivamente lo recordaría.

Volví una media hora después al despacho de Sara rogando con no volver a encontrarme a ese extraño, realmente los subidones así me provocaban un estrés mental increíble, mi cabeza era una locomotora en marcha 24 horas al día. Y lo único que quería era encajar las piezas de mis sensaciones cada una en su lugar, como un puzzle. Es lo que me había recomendado el doctor Álvarez que hiciera cuando me sintiera desbordada por alguna situación. No es que fuera una psicópata, sino que siempre he sido así, analítica con todo.

Nada más entrar Sara dijo:

- ¿Sigue el alboroto por la sala de convenciones?

-La verdad es que no miré al entrar - dije.

Entornando la mirada le pregunté;

- ¿Qué es lo que pasa hoy? No entiendo nada, ¿desde cuándo tanta gente por estos pasillos?

-Desde que Marcos Schweinsteiger está aquí, cariño. Dijo Sara sonriendo.

-Es la nueva promesa de la editorial, un reportero gráfico que ha estado recorriendo África durante años y quiere promocionar sus memorias, por lo que sé.- Aclaró ella.

-Por eso hoy están todos como locos. Están locos por él, será un gran éxito de ventas. Dicen que además de inteligente es un hombre muy atractivo, su padre fue un empresario alemán muy prestigioso, su madre es del sur de España, se comenta que tiene una buena relación con ella y con todas sus amantes también. Estuvo casado y al día de la fecha es viudo y tiene una hija de 12 años que vive con su abuela.

-Me pregunto cómo demonios sabes todo eso- dije con los ojos como platos, suspirando abiertamente.

-Internet cariño, internet. Hoy en día todo está en la red. Quizás puedas conocerlo mañana por la noche, sabes que la fundación de la editorial organiza su evento anual para recaudar fondos, veremos si podemos encontrarle, le daremos caza a ese don Juan a ver que nos cuenta... veremos si realmente es tan interesante como se comenta - Sara sonreía maquiavélicamente y me miraba fijamente.

Yo no paraba de reír, su humor ácido siempre me hacía sonreír.

Piaf y whisky.

Después de probarme al menos 6 vestidos opté por uno blanco, que llegaba hasta mis pies y de mangas largas, el detalle importante se lo llevaba un largo tajo que dejaba ver una de mis piernas, sobre mi cintura se ceñía un lazo dorado que hacía juego con mis sandalias y mis pendientes. Era elegante y a la misma vez sexy. Cuando estaba terminando de maquillarme, Noah apareció detrás de mí, con su impecable esmoquin negro.

-Estas hermosa- dijo, mientras suspiraba en mi cuello.

-Tú también luces muy bien, cielo. Deberíamos irnos ya, dije mientras me levantaba; evitando la intimidad de sus caricias.

En el camino recordamos, la vez que llevando ese esmoquin, Noah resbaló en la nieve y tuvimos que pasar Navidad en urgencias.

Estaba nerviosa, sabía que los grandes cargos de la editorial estarían allí, y Sara ya me había dicho que sería el momento perfecto para comentar mi nuevo libro. Por suerte entre risas, mi tensión desapareció. Así era estar con Noah... él era paz.

Llegamos al fabuloso hotel, en la entrada podía apreciarse carteles enormes con el nombre de la editorial y su fundación. En la recepción Sara nos recibió con besos y abrazos, la velada en principio transcurrió de manera tranquila, pude hablar con dos editores jefes y beber un excelente champagne. Noah estuvo casi toda la noche con dos antiguos amigos del instituto en el jardín del hotel entre whisky y habanos recordando viejas glorias.

Yo, comentaba con Sara y un editor vicepresidente de otra renombrada editorial sobre los nuevos fanfic de moda, cuando inesperadamente la conversación empezó a tomar otro rumbo, y todavía no recuerdo por qué el nombre de Marcos Schweinsteiger apareció en la charla. Decidida a dejarlo atrás, ironicé:

-Aun no teniendo por qué tanto alboroto por él ¿realmente tiene algo interesante que contar? - dije mientras bebía el último sorbo champagne.

-Quizás pueda contarle lo interesante personalmente, de esa manera podría conocer detalles de las guerras en Sierra Leona o Sudán- dijo una intensa voz detrás de mí.

Maldije cien veces en silencio, sintiéndome una arpía y giré sobre mis pies para verle.

Allí estaba el adonis immaculado que había visto en el ascensor, sus ojos me miraban y escrutaban como si fuese un bicho asqueroso de alcantarilla y a la misma vez sus labios esbozaban una media sonrisa torcida. No sabía si quería azotarme allí mismo, o reírse por mi bochorno. Ya no había dudas, ese era el famoso Marcos Schweinsteiger.

-Lo siento, yo... No quería ofenderle- Dije tartamudeando.

- ¿Me permite ofrecerle otra copa en la barra? dijo, mirando mi copa ya vacía.

Miré a Sara quien discretamente tomó del brazo al otro oyente y se alejó, fingiendo un interés absurdo por su traje.

-Claro- Dije intentando reponerme.

Lo seguí un par de metros hasta la barra, recuerdo que sonaba a lo lejos, La vie en rose, de Edith Piaf.

Tomó una de las copas que estaban servidas y me la ofreció mirándome directamente a los ojos.

- Mi nombre es Marcos Schweinsteiger, creo que ya lo sabe- dijo.

-Si, y siento haber sido maleducada con usted. Mi nombre es Alex, Alexandra Stefan. -dije, mientras por un segundo desee perderme en esos intensos ojos grises.

-No tiene por qué preocuparse, tampoco deseo la atención que el proyecto está recibiendo actualmente. Cuénteme sobre su libro, el que terminó recientemente dijo otra vez con esa media sonrisa.

Recordé de manera automática la escena del ascensor y me pregunté si él lo recordaba como yo.

-Bueno, está casi listo para su publicación, pero aún hay trabajo con él- dije mientras hacía una mueca.

Antes no me había fijado, pero a nuestro alrededor algunas parejas bailaban y mientras las observé, un fugaz shock eléctrico seguido de pulsaciones desorbitantes de mi corazón, me alertaron de que él tomaba mi mano, invitándome a bailar sin decir palabra, solo mirándome.

Y así mudos, solo mirándonos, dejamos las copas en la barra y comenzamos a bailar. Sentí la canción de fondo más fuerte, pero aun así los latidos de mi corazón acelerado se llevaban todo el repertorio musical. Me pareció una eternidad allí, muy cerca de su cuerpo, flotando, tal como había descrito muchas escenas de mis libros. Me sentí arrastrar, por una fuerza mayor y cálida.

Pero la magia se quebró minutos después, Sara discretamente se acercó y me comentó al oído que Noah había tenido mucho por ese día, que mejor lo llevara a casa.

Solté su mano, manteniendo su mirada, -debo irme- dije.

-Ya nos veremos, Alex- dijo Marcos y discretamente se alejó entre la gente.

-Vaya, vaya. Veo que se estaban conociendo. - Dijo Sara. bajándome de un golpe de mi nube flotante.

- No insinúes nada, ¡te conozco bruja! -dije entornando los ojos hacia ella. -
¿Dónde está Noah?

- Creo que sigue en el Jardín- dijo, señalando las puertas.

En el jardín Noah se abrazaba a un sillón, en cuanto me vio llegar, me sonrió como un niño de 5 años que vomitó en el hermoso césped, nada más acercarme. Solo dijo en palabras desarticuladas. -Lo siento.

Salimos de allí, manteniendo la compostura y conduje hasta casa, haciendo un esfuerzo sobre humano logré quitarle la ropa a ese saco de patatas en peso muerto que era mi marido ebrio, lo acurruqué bajo las mantas y me quedé allí dormida y enojada, arrugando mi precioso vestido mientras en mi mente sonaba La vie en rose una y otra vez.

El anillo.

Hablamos con Noah sobre lo sucedido, me pidió perdón por su comportamiento y simplemente lo deje correr, estaba algo desanimada y no me apetecía seguir la conversación así que di por finalizado el tema. Hacía ya unos cuantos meses que me sentía cada vez más distante de él.

Recuerdo que ese fin de semana mientras Noah trabajaba en el despacho que compartíamos en casa, yo revise un poco del historial de Marcos en internet escabullida en la cocina, efectivamente tal como Sara dijo, todo está en la red.

Averigüé un poco mas, más de lo que Sara me había contado. Su mujer había muerto en un accidente de coche, iba con su hija Carla, que con solo 4 años había sobrevivido al impacto. También leí, que Marcos desde la muerte de su mujer se había convertido en alcohólico, y frecuentaba lugares de mala reputación, sin contar un sin fin de amantes que habían desfilado por su lujoso apartamento en el centro de Madrid.

Aparentemente su madre se había hecho cargo de la fortuna familiar y de su hija mientras él se había ido a África, como corresponsal de guerra y reportero gráfico para una cadena multinacional de gran importancia.

Dos días después del acto benéfico volví a ver a Marcos. Nos encontramos en el lobby de la editorial, yo entraba y él salía. Marcos se acercó con esa mirada intensa que parecía acosarme incluso cuando cerraba los ojos y nos saludamos discretamente.

-Buenos días Alexandra.- dijo acercándose aún mas.

-Buenos días, dígame Alex, por favor- dije intentando respirar con normalidad.

-Me gustaría conversar con usted sobre mi proyecto, sé que le parece exagerado o banal publicitar memorias de lo que he visto en África, quizás por eso necesite su opinión, he oído que antes de escribir cuentos infantiles, también escribía novelas de distintos géneros, podría de serme muy útil su

opinión, ¿qué le parece, si la espero en el restaurante Lafayette que está a unos metros de aquí, cerca de las 20 horas?- dijo de manera serena sin apartar la vista de mi.

-Tengo mucho trabajo hoy, señor Schweinsteiger- dije de manera automática.

-Marcos dígame Marcos, por favor. La esperaré de todos modos, me gustaría que cenara conmigo.- dijo él.

-Tengo que irme Marcos, no le aseguro estar allí- dije mientras me aleje dudando.

Subí al ascensor, ¿qué demonios pasaba conmigo? ¿por qué huía de él? no me estaba invitando a una cita, me pedía consejo profesional. Yo soy una profesional, me dije 100 veces al menos. Una profesional escapando como una adolescente de esa mirada condenadamente atractiva.

Decidí dejarlo al azar, dejaría de pensar en ello y a las 20 horas si estaba lista, me daría una vuelta por Lafayette.

Y así fue a las 19:55 ya había terminado mi reunión con Sara, y divagaba por el pasillo, debatiéndome con la idea de volver a estar cerca de Marcos, me generaba sensaciones indescriptibles con solo mirarle, y me sentía terriblemente culpable con Noah, jamás había sentido esa atracción por él, aunque lo amara.

En el comienzo de nuestra relación y nuestros primeros 2 años de casados habíamos experimentado atracción, claro, pasábamos horas besándonos y haciendo el amor de manera tierna y dulce, Noah era cariñoso y atento. Aun así ese instinto primitivo, esa atracción perturbadora, que sigo creyendo que pocas personas en la tierra pueden experimentar, entre nosotros, jamás había existido.

De manera que mi mente primitiva me convenció de que, podía abordar una cena sin ninguna dificultad. Así que acudí a la cena, con un manojito de nervios en mi interior.

Entré en el restaurante y lo vi sentado en una de las mesas del fondo del salón, se puso de pie al verme y sonrió, también le devolví la sonrisa al sentarme.

-Gracias por venir Alex, pensaba que terminaría cenando solo- dijo él mientras llamaba al camarero.

-No tengo mucho tiempo, pero entiendo que la opinión de profesionales ajenos al proyecto pueda serle de ayuda; me ha pasado alguna vez.- dije seriamente.

El camarero llegó interrumpiendo su contestación, y dijo él:

- Tomaremos ensalada de garbanzos con sésamo y cebollino de primero, de segundo solomillo de buey con salsa arábiga. Para mi agua por favor, y para ella una copa de Rioja Gran Reserva, por favor.

El camarero asintió, y se marchó.

-Espero que no le moleste que me haya tomado el atrevimiento de pedir por usted, este es mi restaurante preferido de la ciudad y le aseguro que todo lo que he pedido le gustará, es mas querrá probar mas- dijo mientras esbozó esa media sonrisa que me dejaba paralizada.

-No hay problema. Podría comenzar comentando en que se basa su proyecto. - dije intentando parecer profesional.

Marcos me contó que había estado en sitios donde la vida no vale un céntimo, y se lucha día a día por sobrevivir, las mujeres son valores de cambio, no hay escuelas, ni hospitales y lo único que pueden verse son pequeñas ciudades derrumbadas olvidadas de la mano de Dios. Comentó también que había hecho muchas fotografías que quisiera incluir en su libro, que le gustaría que fuese un trabajo serio, y le atemorizaba que la mala publicidad lo convirtiera en cotilleo de hoy, y olvido de mañana.

Yo lo miraba a los ojos y prestaba atención a cada una de sus palabras intentando descifrar quién era ese hombre, intentado encontrar las palabras adecuadas para expresarle mi opinión, mientras relataba el camarero nos trajo el primer plato que acompañé con una copa de vino, que sabía exquisito y luego el segundo, con el que tomé dos copas más de vino.

La gente comenzaba a irse, y yo seguía allí con él, absorta en sus relatos, preguntándome una y otra vez, por qué seguía pegada a esa silla. De repente dejó de hablar, se me debe haber notado lo absorta que estaba en

mis pensamientos y entornó sus ojos hacia mí.

-¿Sabes por qué no paré el ascensor aquel día y te follé allí mismo? dijo.

Yo no podía creer lo que había escuchado, y el revuelo que había provocado en mí, mi estómago dió un vuelco y no precisamente por el vino. Estaba muda, inconscientemente mordí mi labio, y él dijo:

-¿Sabes por qué no he intentado besarte hoy, sabes por qué no te beso ahora que muerdes tu labio?

-Llevas un precioso anillo de oro, al que le has estado dando vueltas desde que te has sentado frente a mí.- dijo y su rostro pareció volverse de piedra. Logré recuperarme de aquella confesión, solté el labio dolorido de la presión de morderlo, y dije:

-Estoy casada hace 3 años, no tenía intención de que pensaras que estoy aquí por algo mas que mi opinión profesional. Ya es tarde y debo marcharme a casa- me levanté, y extendí mi mano para saludarle, estaba decidida a salir de allí, me sentía por un lado extremadamente ofendida y por el otro muy excitada. Era como una leona encerrada a punto de rugir.

-Lo siento Alex, déjame acompañarte hasta el coche.- dijo levantándose, ignorando mi mano.

Esperé a que pagara la cuenta y salimos de allí, hacía frío, se ofreció a darme su abrigo y accedí porque mi cuerpo se estaba congelando.

-Gracias, por el abrigo- dije sin poder mirarle a los ojos al llegar al coche minutos después.

Algo desilusionado lo tomó entre sus manos, y en un segundo pegó su cuerpo contra el mío que chocó suavemente con la puerta del coche, inmovilizó por debajo de mi cintura mis brazos, acercó su rostro al mío y con los ojos cerrados suspiró muy cerca, tanto que pude sentir su cálida respiración.

-Eres preciosa, quiero follarte de una y mil maneras, que me digas que te gusta y me dejes sentirte, eres un imán para mí desde que te ví.- dijo mientras yo seguía inmóvil.

Mi cuerpo se debatía entre dejarse llevar y detenerlo, antes de que pudiese decidirlo, su boca se acercó a la mía lentamente, para que en mi interior la

batalla se perdiera por completo. Me dejé llevar, arrastrándome en ese beso que inundó cada célula de mi piel, agitando mi corazón y queriendo más. Suave, delicioso, dulce.... prohibido.

Entonces mi móvil sonó, vibrando en mi bolsillo, volviéndome a la realidad.
Noah .

Aparté a Marcos poniendo distancia entre nosotros, abrí mi coche y subí rápidamente, sin cerrar la puerta. Él estaba de pie frente a mi, pero no quería mirarle me sentía avergonzada y culpable, tremendamente culpable y exaltada.

-No puede ser Marcos, agradezco tu brutal sinceridad. Espero que el proyecto salga tal como lo deseas.- dije seriamente.

- Me dices adiós pero tu cuerpo me dijo otra cosa Alex, no te despidas de mí, me verás por aquí al menos un tiempo más.- dijo con su maldita media sonrisa.

- Tengo que irme, me esperan en casa.- dije sin mirarle, cerré la puerta y aferrada al volante arranqué el coche. Todavía tenía mis labios entumecidos de su beso, los sentía latir.

Conduje hasta casa como una loca, debo haberme saltado unos cuantos stop, pero no fui consciente de ellos, unos metros antes de llegar a casa, paré el coche, respire profundo, intenté tranquilizarme y me dije en voz alta a mi misma;

Para ya Alex, ha sido un beso y nada mas, ¡no seas histérica!, podría haber sido peor.

Dios sabe que si...

En casa, cuando Noah apareció por el salón le conté que había cenado con Sara, me disculpé por no llamarle, y me excusé diciendo que tenía dolor de cabeza, de esa manera huí a la cama y sobre todo, huí de Noah.

La mañana siguiente al despertar Noah estaba tumbado a mi lado mirándome y acariciando mi cabello.

-Has estado muy inquieta, creo que has tenido pesadillas, ¿estás bien cariño? ¿Has discutido con Sara? - dijo él buscando en mis ojos la respuesta.

-Estoy bien, no hemos discutido, solo estoy algo estresada por la publicación del libro, es solo eso.- dije levantándome.

-Este fin de semana tengo que viajar a Nueva York, me preocupa dejarte sola ¿por qué no me acompañas?...se que puede ser aburrido porque tendré muchas reuniones, pero puedes pasear y distraerte.- dijo él, poniéndose de rodillas en la cama a mi lado.

Tomé su rostro entre mis manos y lo besé tiernamente, lo miré a los ojos y dije: Estaré bien. Tengo muchos detalles que concretar, cuando termine la publicación quizás podamos hacer un viaje juntos.

-Sería una idea espectacular- dijo poniéndose de pie. - Me voy cariño, nos vemos a la noche.- Me dió un beso en la frente y salió.

Me pasé el día escuchado Los Beatles, habían sido el grupo preferido de mi padre y eran también el mío, hablé con Sara por teléfono, y todo parecía marchar sobre ruedas, el viernes teníamos una reunión para concretar la portada del libro.

Preparé para la cena un pollo asado con patatas y de postre hice tiramisú, sabía que a Noah le encantaba, últimamente estaba tan absorta en el libro, perdida en mi ordenador, que había olvidado cuánto me gustaba cocinar para él. Las cenas que compartíamos era una de las pocas actividades que hacíamos juntos por ese entonces. Necesitaba reanimar un poco nuestra relación de alguna manera.

Ese día en un esfuerzo por distraerme y quizás para exonerar un poco la culpa, que aparentemente ni en sueños se alejaba, decidí agasajarlo así. Me dí una larga ducha, me puse un vestido muy corto azul que sabía que le encantaba, encendí velas por toda la casa, preparé la mesa, y me senté a esperar, estuve allí dos horas, hasta que el contestador de casa se activó con la voz de Noah:

-Cariño, lo siento la reunión se ha hecho eterna llegaré mucho mas tarde

No me tomé la molestia ni de atender la llamada, ni de contestarle luego, creo que supuso que estaba dormida ya. Con la ilusión echa trizas, me puse mi pijama, apagué las velas, acomodé la cocina y subí a mi cuarto.

Cuando Noah llegó yo aun estaba despierta, solo que no abrí mis ojos, lo escuché desvestirse y se hasta cuándo se quedó profundamente dormido, cuando llevas durmiendo tanto tiempo con una persona conoces su respiración al dormir. Estaba amaneciendo cuando comencé a quedarme dormida, en mis sueños unos grandes ojos intensos me acechaban una y otra vez, mientras Marcos me decía; -tienes un hermoso anillo de oro.

Sonrisas.

El viernes por la mañana salí temprano de casa, arreglé con Noah verle a las 19 horas para llevarle al aeropuerto. Yo amaba Nueva York, pero esta vez no tenía ganas de acompañarle, quería concentrarme en mi libro estar sola todo el fin de semana y disfrutar de esa soledad. No podía decírselo, así que fingí mucho más trabajo del que tenía los días previos, y me escabullí varias veces en el despacho, para estar básicamente sola.

Mientras tomaba un café en el área de descanso de la editorial esa misma mañana, mi cabeza planeaba un fin de semana de relajación, sales de baño, un buen vino, y un poco de música. Tenía los ojos cerrados imaginando aquello, cuando sentí una fuerza arrolladora cerca de mí, abrí los ojos y allí estaba él. *Marcos.*

Olía realmente bien, fresco, a recién afeitado, una mezcla de maderas dulces. Me observaba con una amplia sonrisa, quizás la más grande que yo vi alguna vez en él. Sin dejar de mirarme dijo:

- Hola Alex, buenos días, por las mañanas cada vez que te he visto sonríes como una niña pequeña imaginando un mundo de color. Tienes una hermosa sonrisa.

-Gracias - dije, tratando de sonar natural, controlando mi respiración.

-Bueno ya he bebido mi café... debo subir con Sara- dije mientras me levantaba.

-Espera, quiero saber si estos días has pensado en mí... tanto como yo en ti, si me dices que no.... te prometo que no me verás más por aquí. - dijo muy serio mirándome directo a los ojos y tomando mi mano.

Muriendo de vergüenza, una voz en mi interior susurró; *si...si. claro que he pensado en ti.*

La callé con un balde de agua fría en mi interior, así que solté su mano con cuidado, mirando sus largos dedos, notando su suave piel y sintiendo como

reaccionaba mi cuerpo ante ello, como si algo me doliera por soltarle...

Y me alejé de allí, sin mirar sus ojos, sin mirar atrás, sin preocuparme por las demás personas que a esa hora desayunaban allí.

No me importó si nos observaban, no me importó si alguien notaba lo que pasaba en mi interior, solo quise huir.

Estaba utilizando todas mis fuerzas por alejarme de ese torbellino de sensaciones, no quería exponerme a él, era claro que me sentía atraída y aparentemente él por mí. Pero no quería tenerle cerca, yo no quería cometer errores de los cuales alguien saliera herido.

Estaba intentando usar las herramientas que el doctor Álvarez me había proporcionado esa semana, ya que no pude evitar comentarle sobre Marcos, sobre mis sueños, y sobre mi deseo de estar sola.

En principio me había escuchado atentamente sin pronunciar palabra, e hizo unas cuantas muecas ante algunos comentarios. Cuando por fin habló dijo:

-Alexandra, si bien nuestra mente es un todo, y los hechos y sucesos que vivimos día a día están conectados entre sí, deberías intentar como ya hemos hablado en otras sesiones, encasillar las situaciones y las sensaciones de cada una de ellas, en apartados analizarlas y comenzar a trabajar sobre ello, primero de manera individual y luego de manera holística.

-Es decir, preguntarte por qué sientes la necesidad de pasar más tiempo sola, por qué es más cómodo para ti huir de aquellas cosas que suponen una presión, a enfrentarlas. Cuál es el tiempo que estás dispuesta a dedicar a tu matrimonio, cuánto estás dispuesta a invertir en ello, y en contraposición cuánto es lo que pones en juego exponiéndote a una relación extra matrimonial.

- Sabes...-dijo muy serio- que yo no puedo contestar a esos interrogantes, no puedo ser yo el que te diga que está bien y que no. Debes trabajar en ello, sin agobiarte y recordar encasillar cada sensación para enfrentarte a ella paso a paso. Asentí a cada una de sus reflexiones, e intenté trabajar en ello, y, aun así, ese día había vuelto a huir, era incapaz de describir todo lo que sentía y estaba realmente exhausta. En ese entonces creo que no era realmente consciente, pero estaba luchando contra una marea, un gran océano de fuerza y agua, e iba arrastrarme tarde o temprano.

Salí de la editorial sobre las 18 quedaba muy poco sol ya, empezaba a bajar la temperatura, mientras los árboles se teñían de un suave amarillo día tras día. Al llegar a mi coche, aparcado en la puerta de la editorial, sobre el parabrisas había un pequeño papel con una enorme sonrisa dibujada, detrás decía; *Como no dijiste: NO este es mi móvil, 65456743 llámame.*

Inmediatamente supe de quién era, un truco bastante infantil pensé por un momento, hasta que recordé que cada vez que estaba con él yo era una adolescente de 16. Lo guardé en mi chaqueta, hecho una pequeña bolita y fui a casa, intentando no pensar en ello.

Noah me esperaba listo en la puerta con su maleta de mano. Fuimos al aeropuerto, charlando sobre las reuniones a las que asistiría en Nueva York. Me dio un suave beso al bajar del coche y se despidió sonriente.

No pude evitar sentir ternura por él y esa sonrisa preciosa que me regalaba siempre y a la misma vez, sentí alivio.

Ya en casa luego de ponerme mi pijama, y comer medio tarro de helado de chocolate y nueces, haciendo zapping en la televisión pensé que como Sara tenía unos días libres y seguramente saliera de Madrid, debería llamar a Amanda, una vieja amiga de la universidad, para tomarnos algo. Este fin de semana sería una ocasión perfecta, algo así como una noche de chicas. Hacía ya un mes que no la veía, después de su segundo hijo era difícil coincidir, y quedar de vez en cuando.

Por la mañana, desperté bastante animada, fui a correr por el parque y luego volví a casa, preparé la bañera y me metí dentro sintiéndome aliviada, el agua caliente generaba un exquisito placer, comencé a relajarme y dejé mi mente volar, lo único que me dijo fue.... *Marcos, Marcos...Marcos*

Y me permití fantasear....

Sus manos recorriendo mi cuello y mis hombros, bajando lentamente por mis pechos, acelerando mi respiración, bajando lentamente mientras suaves besos se posaban en mi boca... miles de sensaciones inundaban mi mente, se sentía muy bien.

Tanto que mi espalda resbaló un poco y cuando el agua entró en mi nariz la magia se esfumó de sopetón. ¡Adiós a la fantasía!

- ¡Mierda!- dije entre dientes.

Y salí de la bañera, convencida en que solo necesitaba una ducha de agua fría.

Margaritas.

Quedé con Amanda en una cafetería no muy lejos de casa. Nos encontramos allí mismo, y entre tartas dulces y café pasamos una tarde agradable.

Siempre había envidiado su hermoso cabello pelirrojo, era una mujer muy bella y había hecho una buena dupla de jóvenes. Se había casado con Sebastián otro compañero de la universidad, catedrático de literatura inglesa, llevaban juntos casi 7 años.

Me contó que ser madre dos niños pequeños era difícil. Dividirse en las tareas del hogar, el trabajo, un marido e hijos podía ser estresante. Amaba con locura su familia, aun así, era como toda mamá, y se quejaba de no tener tiempo para ella de vez en cuando.

-Sabes Alex, a veces recuerdo cuando todavía no nos casábamos y salíamos de fiesta. Podíamos ir a cualquier sitio, mi ropa no tenía ni babas, ni vomito de bebé, y podía follar con quién quisiera. ¿No extrañas esa época? - dijo ella algo triste.

-Extraño la independencia, si. Pero no tengo babas ni vomito ahora. - dije mientras reíamos.

-Siento mucho que tengas que oír mis quejas de madre, ¿cómo vas con tu libro? ¿Lo han publicado ya? - Preguntó ella.

-Aun no. Pero espero que sea este mes, te avisaré para la firma de libros.-dije guiñándole un ojo.

-¿Cómo estas con Noah? - me preguntó mirándome a los ojos. - Las últimas veces que nos hemos visto él no ha venido contigo, y hoy pareces algo distraída. ¿Estás bien? Te conozco Alex, algo te preocupa- dijo Amanda.

-No, no. Estoy bien. Él está ahora en Nueva York, por trabajo. - dije.

-¡Oh dios mio! ¿Crees que te engaña? Por eso estas así- dijo Amanda horrorizada.

-¡No! no... él no me engaña- dije enfatizando en, él.

-Un momento, Alex...- dijo tomando mi mano - ¿Tú le engañas a él?
-No, tampoco.... no lo sé- dije derrumbándome.

Le conté a Amanda de Marcos, y ella escuchó atentamente, siempre había sido una buena amiga, atenta y fiel. Así que lo que a continuación me dijo no era menos de lo que esperaba.

-Sabes, a veces cuando me acuesto por la noche exhausta después de un día agotador entre la oficina, los niños, Sebastián, los pañales, la casa, la cena.... Realmente deseo escaparme lejos, a una isla quizás y perderme entre los brazos de algún guapo surfista. Tomarme unos margaritas y relajarme al sol. Al otro día al despertar mis hijos me abrazan. Sebastián me besa, y es otro día que no cambiaría, quizás después de esos margaritas solo quisiera regresar...

-Entonces es un viaje que decido no hacer, el billete sería demasiado caro. Y se que tan solo en unas horas volvería a mi hogar. - y prosiguió;
-No sé cuánto cuesta tu billete, lo que tienes que pensar es cuánto piensas gastar en él, y cuánto tiempo estarás en esa isla.

-Pareces mi psicoanalista, dije- frunciendo el ceño. - No se que hacer Amanda, me siento cansada de luchar contra ello. Espero que no me juzgues amiga- dije con lágrimas en los ojos.

-Jamás lo haría- dijo ella, sonriendo- ¡Animo! ahora pidamos un margarita y olvidemos todo.

Y así fue tomamos unos margaritas mientras reíamos recordando viejas épocas, al menos tres cada una, no eramos consientes de la hora hasta que Sebastián llamó Amanda y notando su estado fue a la cafetería a recogerla, se ofrecieron a llevarme, pero me negué rotundamente daría un paseo y tomaría otro café, mi casa estaba cerca y había ido andando. Prometí llamarles en cuanto llegara a casa.

Salieron de allí y yo me propuse hacer lo mismo, me puse mi chaqueta y salí, hacía frío... así que, al meter mis manos en los bolsillos, la derecha se encontró una bola de fuego que quemaba en mis dedos, y aceleraba mi corazón.

Extendí el arrugando papel, y sin pensarlo, marqué el numero con mi móvil.

-Hola-dijo él desde el otro lado.

-Hola-solo pude decir.

-Alex, dijo él alegrándose- ¿Dónde estás?

- Cerca del centro, no quería irme a casa sola - dije- con una risita estúpida y vergonzosa que obviamente delató mi estado.

-¿Estas bien? voy por ti; envíame un mensaje con la dirección, y espérame.- dijo rápidamente y cortó.

Así que eso hice, creo que la mitad de las palabras estaban mal escritas, pero por alguna razón él apareció, lucía un aspecto informal un suéter blanco y unos jeans, se veía realmente sexy, pero enojado, o demasiado serio. Parecía impenetrable.

-¿Así que sales de fiesta sola?- dijo irónicamente.

-No, salí con una amiga, pero ya se ha ido. -¿Por qué pareces tan enojado?- Eres demasiado serio- dije señalando su persona con mi dedo y riendo.

-Si, y tú te vienes a mi casa, por un café... y una siesta ahora mismo. - dijo señalándome él también.

Estaba cansada, somnolienta y evidentemente borracha, así que no opuse resistencia alguna, sin dejar de pensar que mi yo más interna sabía muy bien que se exponía a volver a besar esos tentadores labios otra vez.

Yo lo había llamado y sabía lo que eso significaba.... así que nos fuimos a su apartamento.

Una y mil veces.

No hablamos durante el camino, estaba algo dormida y él estaba muy concentrado conduciendo. Llegamos a un enorme edificio, no muy lejos de la cafetería, aparcó en el parking subterráneo, se bajó con rapidez y abrió la puerta ayudándome a bajar.

Entramos en el ascensor y no pude evitar recordar sus palabras.

-Veo que se sonroja señora Stefan- dijo él haciendo una mueca.

-Oh... si, las margaritas - dije intentando parecer despreocupada. Se veía tremendamente sexy.

Por fin las puertas se abrieron y entramos en un hermoso apartamento con una perfecta combinación de negro y blanco, lujoso e impecable como él.

-Adelante Alex, iré hacer café, ponte cómoda- dijo mirándome directo a los ojos evaluando mi estado. -Déjame ayudarte con el abrigo- dijo y con sus suaves manos recorrió mis brazos para quitármelo.

-Si, claro - dije. Y comencé a recorrer el amplio salón.

Una chimenea encendida hacia el final de la sala daba una tenue luz reconfortante, amplios sillones a su alrededor daban una sensación de calidez, observé de una repisa algunas fotos, intentando enfocar la vista en ellas vi que, algunas eran de él en distintos lugares de África y en otras aparecía con su hija. No pude evitar fijarme que, en una de ellas, además de él y su hija, una mujer rubia y con una gran sonrisa, similar a la de su hija Carla, los abrazaba por detrás.

Inmediatamente supe que era su esposa, y eso me recordó como una avalancha de hielo que debía salir de allí. Aquello era un error, había dado un paso, pero ahora quería retroceder.

Tomé mi bolso, mi abrigo y me encaminé hacia el ascensor... no pensé donde ir, solo quería salir de allí.

Antes de poder subirme al ascensor Marcos se interpuso, y me sujeto las

manos. Mirándome a los ojos, dijo:

-Alex, no. No te vayas. Prometo que entre tú y yo no pasará nada que tu no quieras- dijo sonando algo triste.

-Tengo que irme, ha sido una locura venir aquí, Marcos, ¡una locura! - dije casi gritando.

Notó mi desesperación y mi lucha interna, así que solo me abrazó, de manera tierna y paternal.

- Toma un café, espera a sentirte mejor, y luego te marchas. Prometo dejarte ir, yo mismo te llevaré, en cuanto esté seguro que te encuentras bien. - dijo en mi oído, sin soltarme.

Me alejé un poco intentando recuperarme, y dije:

-Está bien

Caminamos hacia uno de los sillones, me ofreció una taza de café que con gusto bebí a sorbitos. No podía dejar de pensar en que ese adonis perfecto que me miraba intensamente estaba preocupado por mí, y dándole vueltas en mi cabeza, solté una risita animándome un poco.

- Veo que el café te sienta bien. Eso o tengo pinta de payaso. - dijo sonriendo él también.

- Es que a veces pareces muy serio, como una roca. Impenetrable. Y otras veces, pareces despreocupado y desenfadado. Juvenil- dije intentando pronunciar bien cada palabra.

- No me gusta ser predecible, quizás. Dijo dejando su café sobre la mesa.

-Me siento mejor, gracias por el café y por preocuparte por mí, hacía mucho tiempo que no bebía algunas copas de más. Siento si esto te ha afectado de alguna manera.... dije, -algo incomoda, recordando que estaba con un ex alcohólico.

- Esta superado- dijo muy serio.

Me levanté rápidamente del sillón buscando mi bolso, quizás muy deprisa y

me maree. Me sujeté al sillón y Marcos levantándose, me tomó en sus brazos como a una niña pequeña. De repente me sentí flotar y no podía articular palabra.

-Digas lo que digas, así no te irás Alex, te dejaré dormir en mi cuarto al menos un rato. Relájate cariño- dijo cerca de mi oído.

Y lo hice, media dormida, y aun mareada, sentí que sus suaves brazos me abandonaban en la cama, me arropó y sentí el perfume de sus sábanas. Un aroma embriagador a él me cubría y sintiendo esa plenitud me dejé arrastrar hacia mis sueños.

Desperté horas más tarde sintiéndome muy bien, como si hubiese descansado mucho tiempo. Estaba estirándome cuando recordé donde estaba. Salté automáticamente de la cama. *¡Maldición, maldición!*

Intenté no hacer ruido, aunque al saltar me dí en un pie con la esquina de la amplia cama, recogí mis zapatos, mi bolso y la chaqueta que estaban junto a la cama. Y salí sigilosamente. Un largo pasillo parecía terminar en el salón así que me dirigí hacia allí, al llegar, Marcos tomaba un café con el periódico en la mano, me miró y sonriendo dijo;

-Deberías dejar de escapar. O al menos de intentarlo. El baño está a tu izquierda, no tardes tienes el desayuno aquí.- dijo ordenando.

Puse los ojos en blanco y entré al baño, lavé mi cara, y sujete mi cabello alborotado con una pinza que llevaba en el bolso, me puse maquillaje para disimular la cara de resaca, enjuague mis dientes y salí, acercándome sigilosamente hacia él: *el coronel Schweinsteiger*.

-Buenos días Alex, María mi asistente ha preparado para ti el desayuno, como no sé qué tomas, he pedido que prepare varias opciones, tienes huevos revueltos, tostadas, fruta, yogur, croissants, café y té.

Algo avergonzada por mis escenitas de la noche anterior, me senté y tomé un poco de fruta.

-Tú y tu asistente madrugan mucho. Siento las molestias- dije.

-No te preocupes, yo duermo muy poco, y María vive aquí. - dijo él apartando

el periódico.

- Quisiera enseñarte algunas fotografías, me gustaría tu opinión sobre la inclusión de ellas en el libro. - dijo.

- Solo porque has preparado el desayuno, dije irónicamente guiñándole un ojo.

Esperó a que terminara mi bol de frutas y luego me guió hacia su despacho. Era una situación algo rara, había mucha tensión entre nosotros y no puedo describir la gran batalla que se estaba librando en mi interior, tenía que luchar, ¡sí!, pero sabía también, que rendirse sería una experiencia dulce y abrasadora.

Tenía un despacho precioso, *¿como si algo en esa casa no lo fuera?! era pequeño, pero los muebles caoba le daban una profundidad acogedora. Me mostró algunas de sus fotografías mientras estábamos de pie junto al escritorio, pude sentir que estaba muy cerca de mí y en ocasiones me percaté de su respiración cerca de mi oído. Yo le preguntaba sobre ellas, y él me decía donde las había tomado y en qué año.*

Me sentía a gusto, él era un hombre inteligente, culto y su voz sonaba como una suave melodía para mí.

Su mano rozó mi hombro mientras hablábamos y sentí que mi piel reaccionaba, un calor enorme invadió mi mente y mi cuerpo con ese sutil gesto, me despedí de mis valores y mi cordura para siempre, giré sobre mis talones para encontrarme con su rostro algo sorprendido quizás. Y dije en un susurro:

-Bésame

Tomó mi rostro con sus manos, y lentamente se acercó a mi boca sin dejar de mirar mis ojos suplicantes, su calor se llevó lo poco que había de mí, y desató un fuerte desenfreno de ansiedad. Su beso consumía lentamente...y exigía más y más...

Sin decir palabras me levantó como la noche anterior y me condujo a su habitación, cuidadosamente me depositó en la cama, y sonrió. Le devolví una sonrisa, quizás más tímida y nos ensalzamos en una danza donde éramos todo besos, manos, caricias y gemidos.

Sus manos recorriendo mi cuerpo me sumergían en un delirio de placer, comencé a desabrochar su camisa en un intento desesperado por sentir su piel, tenía un cuerpo precioso. El peso de su cuerpo contra el mío me excitaba y quería más. Levantó mis brazos y quitó mi blusa, rápidamente se deshizo también del sujetador, tomando mis pechos con sus manos, un largo suspiro se escapó entre mis dientes, comenzó a besarles lentamente primero uno y luego el otro... y esa tortura me excitó aún más. *¡Mucho más!*

-Quiero sentirte dentro mío- me escuché decir, totalmente fuera de mí.

-Si cariño, también estoy ansioso- dijo él algo agitado.

Bajó mis pantalones con cuidado, quitó mis bragas y miró mi cuerpo completamente desnudo sonriendo lascivamente. Avergonzada me levanté sobre él y quedó bajo mis piernas, sorprendido. Logré entre besos y gemidos bajar sus pantalones y su bóxer, estaba realmente listo y preparado, duro y fuerte. Verle desnudo y poder acariciarle fue todo un elixir.

Me sentía fuera de mí, y a la misma vez más viva que nunca, sus manos eran suaves y reclamaban a su paso encendiendo cada parte de mi ser.

Como aún estaba sobre él, con sus manos guió su miembro a mi interior y lentamente fui bajando para sentirlo dentro, eso era la gloria, saboreé la situación lentamente.

-Eres hermosa...quiero sentirte explotar. - dijo Marcos en mi oído.

Comencé a mover mis caderas urgentemente, disfrutando de cada sensación, dejándome arrastrar por la marea. Él jugaba con mis pechos y miraba mis ojos diciéndome lo bella que estaba en ese momento y cuanto lo excitaba.

Con todas esas sensaciones no tuve más que dejarme llevar y llegué al clímax con un gran gemido, mientras sentía que él llenaba mi interior terminado también...

Desfallecí de placer sobre su pecho intentando recuperar mi respiración, sintiendo su corazón agitado también. Me abrazó, besando mi cabello y nos quedamos allí unos minutos sin decir nada. Mudos.

Temía que si decía algo la magia se rompería y volvería a la realidad. Había cruzado la línea, y lo trágico es que me había gustado. *¡Mucho!*

- No quiero que el olor de tu piel desaparezca de mis sabanas, eres increíble Alex... ¿qué te parece si nos damos un baño juntos? - dijo.

-Si, claro, será mejor que nos refresquemos- dije riendo.

Me levanté despacio tirando conmigo las sabanas, logré envolverme en ellas mientras él reía mirándome.

-No puedo creer que una mujer como tú se avergüence tanto. - dijo.

-No es vergüenza, es ... es ... Yo que sé, ¿vamos o no? - dije poniendo mis brazos en la cintura.

-Eres excepcional- dijo saltando de la cama, totalmente desnudo. Un poco de sudor cubría su cuerpo y se veía increíblemente sexy, yo no podía apartar la vista de él.

Cuando entrabamos al cuarto de baño, sentí mi móvil sonar en el salón. Y algo se hizo trizas dentro de mí.

Nos miramos a los ojos, quizás los míos expresando un enorme terror, tomó mi mano y besándola dijo:

- Tomate tu tiempo, te esperaré en la bañera.

Caminé rápidamente hacia el bolso y saqué el móvil. Era Noah. Suspiré y atendí.

-Cariño, ¿estás bien? He llamado al menos 10 veces a casa, Alex, ¿dónde demonios estas? - sonaba realmente alterado.

-Lo siento, debí avisarte he estado con Amanda me he quedado a dormir en su casa, anoche salimos y como estuvimos bebiendo no quise conducir a casa, recién me despierto, ¿qué hora es en Nueva York? - pregunté intentando parecer confusa.

-No lo sé. He estado en vela esperando por ti- dijo muy afectado.

-Lo siento Noah, lo siento. ¿Ya sabes la hora de tu vuelo? te he extrañado- dije susurrando. Estaba mintiendo y odiándome a la misma vez, pero sabía que se le pasaría el enojo.

-Ha habido cambio de planes, llegaré el miércoles por la mañana te avisaré para que vayas al aeropuerto por mí. Pero Alex... ¡atiende el puto teléfono de vez en cuando! dijo.

Estaba enojado, pero sabía que se le pasaría pronto, ese era mi Noah. Y yo no era más que una adúltera en la casa de un desconocido mintiendo a mi marido.

Una lagrimea rodó por mi mejilla de solo pensarlo y dije;

-Estaré allí, lo prometo. Te llamaré más tarde.

Tomé una bocanada de aire y dije:

- Amanda me necesita en la cocina. Luego hablamos cielo.

Corté con él, guardé el móvil en el bolso nuevamente. Y recogiendo un poco las sabanas para no caerme caminé hacia el cuarto de baño.

Al entrar la imagen impactante de Marcos dentro de la enorme bañera, desnudo y relajándose en ella, quizás permanezca en mi retina grabada por el resto de mi existencia.

Me miró con cara de tristeza y dijo:

-Hey... ¿estás bien?

-No lo sé- dije sentándome en la esquina de la bañera.

- ¿Quieres huir de nuevo? - dijo mirándome intensamente a los ojos.

-No lo sé- volví a decir, con la mirada ausente.

-Ven, entra un momento, podrás relajarte y mantendré mis manos quietas si quieres. - dijo ofreciéndome su mano para entrar.

La habitación se cargó de nuestra energía una vez más cuando me puse de pie y dejé caer la sabana, encontrándome desnuda frente a él. Tomé su mano, y me senté lentamente delante de él.

Dejé que el agua relajara lentamente mi cuerpo, me apoyé sobre su pecho dejando mi mente clausurada nuevamente, sintiendo solo ese momento.

Otra vez mudos. Como si no quisiéramos romper el momento, permanecimos unos minutos, dejándonos llevar.

Esta vez fui yo quien habló primero.

- Estaré sola hasta el miércoles- dije. No necesitaba decir más, y tampoco quería hacerlo.

- Es bueno saberlo- dijo acariciando mi cuello. -Sé que dije que tendría mis manos quietas, pero no imaginas lo difícil que es teniéndote aquí. Ya te lo dije Alex... Acercándose a mi oído dijo- Quiero follarte de una y mil maneras.

-Giré para acercarme más a su rostro y dije:

- Quedan mil.

Cayendo.

Minutos después mientras nos acariciamos suavemente en la bañera, recordé que le había dicho a Amanda que la llamaría al llegar a casa. Me levanté rápidamente maldiciendo por lo bajo, mientras Marcos me miraba extrañado.

-¿Es una táctica relámpago para huir?- dijo entornando las cejas.

-No, no. Le dije a Amanda, la amiga con la que salí ayer, que la llamaría anoche. Son casi las 10 de la mañana, estará preocupada... o quizás no tanto...- dije frunciendo el ceño, mientras me secaba rápidamente sin pensar en mis palabras.

- ¿Tu amiga sabe de mí? ¿Has cotilleado sobre mí? - me dijo riendo.

- No y no seas cotilla tu- le dije, saliendo del cuarto de baño para no reírme.

Entré a la habitación apreciando un poco más el ambiente; una enorme cama de sábanas blancas, y mantas verdes de seda adornaban casi toda la habitación, aquello estaba impecable, casi todo allí era blanco, y acogedor. Cuando estaba terminando de cambiarme Marcos apareció en la puerta, con una toalla que le cubría desde la cintura hasta las rodillas.

¡Era un maldito adonis! ¡Maldito y sexy!

Algunas gotas recorrían su torso, bajaban lentamente y desaparecían en la toalla atada a su cintura.... no podía apartar la vista de aquel hombre.

- ¿Puedo ayudarle en algo señora? - dijo Marcos mientras se reía de mí. Cerré mi boca ruborizándome y comencé a cambiarme intentando pensar en lo que le diría a Amanda. No podía mentirle a mi mejor amiga. Pero no estaba dispuesta a contarle todavía lo que había pasado hacia apenas unas horas. Marcos me sacó de mis pensamientos con una mirada sensual y una sonrisa de lado, se acercó a mí y susurró:

- Me gusta más cuando te quito la ropa.

- Tengo que irme. Necesito volver a casa. - dije. Me sentía bien, muy bien y tenía miedo...y quería más. Aunque no debía.

Mi montaña rusa personal instalada en mi cabeza no paraba ni un segundo. Creo que él se dio cuenta y cuando estuve lista tomó mis manos acercándose lentamente, sin dejar de mirar la profundidad de mis ojos, buscando en ellos arrepentimiento y culpa, aquello que intentaba retener en el fondo de mi corazón y dijo rompiendo el silencio:

- ¿Por qué no cenamos esta noche?

Esos hermosos ojos grises me miraban con entusiasmo y no pude resistirme así que acepté.

En cuanto lo hice leyó en mis ojos el entusiasmo también y se acercó lentamente a mi boca depositando un beso lento, buscando espacio, reclamando.

Besarle era realmente un placer. A veces suave, a veces rudo.

Pasaría por mí a las 21 horas. Prometió llevarme a un sitio tranquilo donde nadie nos conocería. Esperé a que también se cambiara. Unos pantalones blancos que le sentaban de maravilla como todo en esa especie de sex symbol, camiseta negra y abrigo de cuero negro. Si vestido así no caía rendida a él y arrastrada a ese juego de toma y quita establecido implícitamente entre nosotros, ya no sabía que sucedería.

Pasamos por la cocina tomamos un café rápido, charlando cosas sin sentido y me llevó a casa. El camino fue tranquilo. Siguió todas mis indicaciones y en 15 minutos estuvimos en la puerta de mi casa.

Mi estado de ánimo fue bajando a medida que veía aparecer en el horizonte la puerta de mi casa. Se me iba congelando el alma minuto a minuto.

- Ya estamos aquí- Tienes una casa preciosa.

- Gracias, son años de cuidados. Respondí y no estuve segura del todo si seguía refiriéndome a mi casa.

- Nos vemos más tarde, tengo que bajar o los vecinos empezaran a mirar. -Dije algo preocupada.

- Estaré aquí a las 21 princesa.-Dijo sonriendo mientras descaradamente me lanzaba un beso.

Enfadada y riendo como una idiota entré a casa, sintiendo que el corazón iba a saltar de mi pecho. Al cerrar la puerta, el vacío inundó mi corazón.

La realidad me golpeó y todas las buenas vibraciones comenzaron a caer paso

a paso. Saqué mi móvil y llamé al doctor Álvarez después de insistir varias veces a su secretaria logré que me hiciera hueco por la tarde.

Minutos después llamé a Noah, sabía que estaría cansado, sus reuniones en ese tipo de viajes, lo dejaban exhausto. Largas horas de negociaciones, conferencias, mucho café y pocas horas de sueño, sin contar el *yet lag*.

-Hola...- Dije en un susurro.

-Hola cariño, siento mucho no poder hablar ahora, estoy entrenando a una conferencia, te llamaré mañana -Dijo Noah y parecía apurado.

-Oh... está bien, solo quería disculparme, hablaremos luego. Te quiero - dije y colgué. *Sentí mi corazón estrujarse...*

Intenté animarme un poco y para ello me di una ducha, relajando cada musculo de mi cuerpo... Al deslizarse el agua por mi espalda, recordé las caricias de Marcos sobre mi piel, sus besos en mi cuello y sus palabras ardientes al oído, eran un acoso a mi sistema.... Intenté alejar los recuerdos enfriando un poco el agua, y salí de allí. Sería una tarea difícil olvidar los sucesos en ese ático del centro.

Luego de secar mi cabello llamé a Amanda y charlamos un buen rato, no pude contarle lo que había hecho, no podía creérmelo yo misma, y no quería preocuparle. Así que solo me disculpé, y me excusé diciendo que me había quedado dormida nada más llegar a casa. Luego me senté en pijama frente al ordenador.

Definitivamente mi mejor terapia siempre sería escribir. El día fue pasando lentamente así que cuando llegué a mi cita por la tarde con el doctor necesitaba hablar, me sentía como una adolescente perdida después de una noche de "excesos".

Al entrar el doctor entornaba sus ojos hacía mí, y creo que leyó en los míos que algo había sucedido.

-Gracias por recibirme, lamento haber insistido tanto, pero necesito hablar con usted.

-Adelante Alex- dijo él, ofreciéndome su sillón habitual. Se sentó frente a mí, y esperó a que comenzara...

-Creo que he cometido un grave error, me siento mal, y triste. También alegre, y como una adolescente. Y también...

-Un momento, veo que puedes describir todo lo que sientes, has trabajado en ello, celebro ese logro- dijo irónicamente levantando una ceja.

- Si se trata de aquel hombre que me habías comentado, y lo que esperas es que te diga lo que está bien y lo que está mal, este no es el sitio donde encontrarás esas respuestas. - Aclaró.

-Yo... no sé qué esperaba...sinceramente. Se que a veces tengo la inteligencia emocional de una niña de 12 años. Me cuesta convivir con mis emociones. Y creo que me he metido en un buen lío. -repuse algo nerviosa.

-Alex, seré brutalmente claro. Y espero que mis comentarios, y la terapia en si, claro está, te ayuden para cualquier situación a la que te enfrentes de ahora en adelante. - dijo seriamente.

-Tienes que intentar ver las situaciones con su justa importancia, y sobre todo evitar la acumulación. Quiero decir, ves como una bola enorme cada acción que realizas, cada enfrentamiento es toda una osadía, siendo que una mujer joven y exitosa como tu debería, sin caer en tópicos, disfrutar la vida. -dijo él esbozando una sonrisa.

- Vas acumulando una situación incómoda o que genera cierto estrés en ti, tras otra. Debes intentar enfrentar tus tormentos, paso a paso aprovechando el día en que estas. El hoy. Esta es la mejor herramienta que puedo aportarte, en tu caso. Dicho esto, tengo otra cita en dos minutos-dijo poniéndose de pie.

-Tendré en cuenta, lo que hemos hablado. Gracias- dije incorporándome. Sabía que tenía razón, pero no me sentía de alguna manera comprendida por él. Ni por nadie.

Ya en casa, sobre las 20:00 recibí un mensaje de Marcos, simplemente decía:
Estoy ansioso por volver a verte.

Aquello me animó un poco y empecé a prepararme. Me puse un vestido corto negro, mangas largas, con espalda abierta, podían verse cada una de las pecas de mi espalda con él. Agregué unos largos pendientes de plata, los cuales llevé a juego con un pequeño bolso de mano y zapatos de tacón plata también.

Apliqué rubor en mis mejillas, rímel y labial carmín. Un maquillaje delicado para cenar. Dejé mi abrigo negro en la entrada listo, para huir de aquí en cuanto Marcos apareciera. Y me senté en el sofá. Intentando dejar la mente en blanco.

Mi Disney World personal.

A las 21 horas sin un minuto más, escuché el coche de Marcos aparcar frente a casa tomé mis cosas y salí, él se bajaba del coche en ese momento y pude apreciar mientras me acercaba que llevaba un impoluto traje negro, sonreí y dije acercándome:

-Oiga, a los tipos sexys suelen secuestrarlos por este barrio.
-Puedes llevarme dónde quieras, aunque hoy ese beneficio me lo llevo yo ricitos.dijo sonriendo.

Subimos al coche animados, sonaba relajado y me uní a él también segundo a segundo, conversamos un poco sobre la editorial, y me di cuenta que nos alejábamos un poco de la ciudad.

- ¿Dónde vamos?-pregunté.
-Conozco un sitio tranquilo donde además de cenar podemos pasar la noche.- dijo pícaro.
-Creo que supones que pasaré la noche contigo, astuto.... pero no sé si sucederá. dije solo para molestarle.

-Estoy seguro que podré convencerte. No perderé la oportunidad de contar cada una las pecas que llevas en tu espalda, no creas que no me he dado cuenta que ese vestido deja poco a la imaginación.- dijo guiñándome un ojo.

-Mmmm, ya veremos. - Contesté intentando poner mucho énfasis en mi duda. Estaba claro, que no hablaríamos de mi matrimonio, ni de su familia, ni siquiera de trabajo. Éramos solo él y yo.

Nos acercamos a un hermoso castillo de piedra, muy iluminado, con hermosos rosales en el camino de entrada. Algunos coches de lujo se veían aparcados, un cartel discreto en la entrada decía; Hotel & Restó Los Oubia.

-Es un sitio precioso Marcos- articulé mientras nos bajábamos del coche.
-Espera a ver dentro.- me dijo.

Se acercó a mí y tomó mi mano suavemente sin dejar de mirarme a los ojos, se sintió íntimo y personal, sexy.
Dejé a un lado mis miedos, los aparqué junto con su hermoso Mercedes, y caminamos juntos a las puertas de entrada.

Un *maître*, nos recibió en la puerta;
-Buenas noches, ¡bienvenidos! síganme al salón, por favor. - nos dijo.

El salón era una cúpula enorme de cristal, una bóveda preciosa llena de obras de artes en todas sus paredes, imágenes de David y Goliat, el Infierno de Dante y diversos retratos creaban juntos una mezcla exquisita y delicada. Las mesas en forma de círculo sobre el salón mostraban lo elegante que era todo aquello.

Cristalería fina, todo immaculado en manteles blancos y lirios blancos también que adornaban las mesas, creando un ambiente cálido y acogedor. Algunos comensales charlaban, escuchando unos violinistas en el fondo del salón. Allí había mujeres emperifolladas en elegantes vestidos, hombres de trajes, y algún que otro caballero mayor con acompañantes mucho más jóvenes.

No podía dar crédito a lo que mis ojos veían, había visitado sitios preciosos, pero este era único. Avancé sin perder detalle de mi alrededor, siempre de la mano de Marcos, hasta llegar a la mesa. El *maître* ofreció la silla para mí, y retirando los abrigos nos indicó que el *sommelier* se acercaría en unos momentos.

-Es un sitio precioso, estoy perpleja, ¿habías venido antes? - pregunté.

-Festejé con mi madre su cumpleaños hace unos años, es un sitio excelente, ofrecen muy buenas cenas, puedes hospedarte en alguna de las habitaciones y disfrutar así de su desayuno tradicional y de las vistas. A unos metros hay una laguna preciosa.

-Un momento, ¿eres el relaciones públicas de este lugar? - dije, de alguna manera hacer bromas me relajaba mucho más.

-Eres muy perspicaz, y yo también. Puedo notar desde aquí que estas algo nerviosa, puedes relajarte conmigo, se qué hace tiempo que no estoy en sociedad, pero prometo comportarme Alex. - dijo mientras acariciaba mi mano sobre la mesa.

-No es por ti, es por mí. Aunque suene a *cliché*. Yo no suelo salir con desconocidos, quiero decir, yo no salgo... osea, yo solo salgo con Noah. Y por momentos me siento como una puta, embustera. - dije nerviosa y totalmente arrepentida de aquello que había dicho.

-Yo no te he tratado de tal manera cariño, quiero que te sientas cómoda y te relajes, ¿qué te parece si hacemos un trato? -dijo animado, y con sus ojos brillantes y llenos de emoción.

-Si tú puedes relajarte, disfrutar de esta noche y de todo lo que ella incluya, prometo dejar de ser tan serio, y prometo reírme de cada uno de tus chistes. dijo él riendo.

- Que amable eres, has dicho que mis chistes son malísimos de una manera tan educada, que quisiera azotar tu hermoso culito, educadamente, claro.

Sorprendido por mi respuesta, Marcos comenzó a reír, y yo le seguí, hacía tiempo que no me reía tanto, y con tanta franqueza. Cenamos un delicioso cordero asado y compartimos soufflé de chocolate.

Charlamos animadamente durante toda la velada, me concentré solo en ese momento y fue maravilloso. Iba descubriendo en Marcos, un hombre sincero, amigable; que podía ser autoritario, pero con un gran corazón. Sus hermosos ojos no dejaron de brillar en toda la noche, las luces favorecían su rostro, su mentón firme y sus labios carnosos expresaban su inteligencia y sus experiencias, sentía que me derretía por dentro al mirarle, una marea de sensaciones me abrazaba.

No dejaba de mirar mis labios, descaradamente, como siempre. Se inclinó un poco hacia mi, y dijo;

-¿Te gustaría conocer el resto del castillo?

-Claro, me encantaría, contesté. Pasear por aquel sitio, y conocer sus estancias me daba mucha curiosidad. *¡Y morbo!*

Abandonamos el salón y caminamos de la mano por un amplio pasillo que dejaba ver los años que aquel edificio tenía, y que mantenía en perfecto estado. Nos acercamos a una enorme puerta de madera. Marcos la abrió lentamente y contemplamos una chimenea en el centro de lo que parecía ser una biblioteca.

Solté su mano, y caminé dentro, estaba en estado de shock era un sitio precioso, tenía enormes repisas llenas de libros, parecía como si estuviésemos en el siglo XVI.

Me sentí por fin en mi Disney World personal, esa especie de emoción que sientes a los 10 años cuando viajas a ese sitio y todo un mundo mágico se abre para ti. Después de dar una vuelta entera apreciando el lugar, me dí cuenta que Marcos me miraba como si fuese yo, un raro espécimen, aunque con una gran sonrisa.

-Te ves hermosa, este sitio definitivamente te sienta bien.

Pecas.

...Tú me sientas bien...

Mi mente repetía, aquello una y otra vez.

Paseamos por la biblioteca un buen rato, fue maravilloso poder recorrer aquel sitio de la mano de Marcos, era paciente conmigo y me miraba con ternura cada vez que yo me sobre saltaba con algún ejemplar exquisito.

Caminamos por el pasillo en silencio, evitamos el salón que ya conocíamos y Marcos nos condujo por otro pasillo que llegaba a unas preciosas escaleras de piedra.

-Hay una habitación para nosotros arriba, ¿Quieres subir Alex? - Dijo él mirándome con esos intensos ojos grises.

- Claro que quiero- dije en un susurro.

Sin soltar mi mano, emprendimos el camino escaleras arriba, nuestra suite era la 116. Una preciosa cama con dosel adornaba el centro de la estancia, parecía el cuarto de una reina, tonos dorados y rojos abundaban en la habitación. Ensimismada en mis pensamientos sentí los dedos de Marcos recorrer suavemente mi espalda.

Cerré los ojos y tomé una bocanada de aire, se sentía tan bien, sus suaves dedos acariciaban mi piel como si fuesen un pincel, cincelandó mi cuerpo desde mi cuello hasta más abajo de la cintura.

-Me gusta mucho este vestido, me permite disfrutar de ciertos placeres- dijo acercándose a mi oído.

No pude evitar pegarme a su cuerpo duro, y macizo con un ronroneo sensual.

-Hueles muy bien- dije mientras de manera delicada me meneaba para él sintiendo nuestros cuerpos encenderse.

-Me estas volviendo loco, y lo sabes. No juegues conmigo Alex- dijo serio, acercando mi cuello más hacia él.

-Tú me vuelves loca a mi- dije.

Y ya no pude articular otra palabra. Con gran rapidez me dio vuelta para quedar frente a frente, tomó mi rostro con sus manos, y buscó mis labios con ansia.

Besándonos, un rugido vibró en sus labios para morir en los míos, mientras su lengua exploraba mi boca, húmeda, sensual. Decidido con sus manos comenzó a desnudarme, mi vestido se deslizó por mis piernas, y mis bragas dejaron de tener contacto con mi piel de un momento a otro. Me besaba suavemente, mirándome, adorándome... y yo me sentía una diosa griega embelesada con él. Me levantó por la cintura, y enroscando mis piernas a su alrededor, caminó unos metros hasta dar con la cama.

Caímos sobre ella, fundiendo nuestros cuerpos en jadeos y besos, logré desprender los botones de su camisa, y quitársela, admiré su pecho torneado, los vellos que se espacian por sus pectorales y terminaban en una fina línea debajo de su ombligo. Era realmente sexy, quería devorarlo.

-Te deseo- dijo en mi oído Marcos, para luego alejarse y mirarme directo a los ojos.

-Y yo. -dije acercándome más a su boca, reclamando mi necesidad con mis manos que comenzaban a acariciar su torso.

Nos fundimos una vez más en un beso apasionado y voraz, nuestras lenguas se mezclaban con un ritmo ansioso, y yo sentía que hervía mi sangre por las venas. De repente paró, él se detuvo y mirándome se alejó un poco para quedar de pie junto a mí.

-Siéntate- me dijo.

Acto seguido quedé sentada en la cama frente a él, con mis piernas separadas por las suyas.

Supe de inmediato lo que se proponía.

Acaricie con mis manos, aquel pecho fibroso y su abdomen plano dejando un rastro de suaves besos hasta el ombligo, deleitándome con el sabor de su piel. Ví como cerraba sus ojos con la cabeza hacia atrás y disfruté también yo, verle así de excitado me encendía aún más. Bajé sus pantalones, y aprecié su bóxer blanco que marcaba su clara excitación, no pude evitar relamer mis labios de ansiedad. *¡Que sexy!*

Acaricé su miembro, duro y caliente, listo y preparado para mí y bajé el

bóxer. Depositó suaves besos en él, mientras oía suspirar a Marcos.

-Me estas sometiendo a una tortura, cariño- dijo él mirándome.

Dejé que mi instinto más sexual se regocijara en sus palabras y sin decir nada, llevé a mi boca todo su miembro lo más profundo que pude para saborearlo con mi lengua, una, dos, tres veces y cuatro; y cinco...

Marcos gruñía, y suspiraba mientras acariciaba mi pelo y mis hombros, lo estaba llevando a un frenesí imparable. Y me gustaba, me sentía poderosa y sensual acariciándole mientras le daba un festín con mi boca.

Se alejó un poco para delicadamente estirarme sobre la cama y él, aun entre mis piernas, comenzó a dejar suaves besos por ellas, acercándose a mis muslos lentamente.

-Ahora quiero verte disfrutar, pequeña.

-Mmm...huelo de maravilla- dijo acercándose a la cara interna de mis muslos.

Extendí mis brazos hacia arriba y comencé a relajar mi vientre para recibirlo gustosa. Marcos fue regando de besos los labios de mi vagina con suaves caricias, jugando con su lengua, me llevaba a la locura, sentía calor, y mi cuerpo ardía con él y solo podía jadear; y jadear.

-Déjate llevar- dijo Marcos mientras introducía primero uno y luego dos dedos dentro de mí, sin dejar de besarme.

Y no necesité que dijera nada más, volé y me rompí en mil pedazos arrastrada por el placer de sus besos. Llegué a un clímax tan intenso que necesitaba más, y más.

-Eres la criatura más sensual que he conocido- dijo Marcos mientras se acercaba a mi boca.

Y yo lo besé con ímpetu, él sabía a mí. Aquello era salvaje, impuro, prohibido y yo quería sentirlo dentro de mí, profundo, fuerte y caliente. Llenando todos mis sentidos.

Acariciando mis brazos para que no pudiese bajarlos se acomodó entre mis piernas y dijo:

-Dime lo que quieres Alex, dímelo...- susurró.

-Quiero sentirte dentro de mí, bien dentro- dije loca de placer.

Y sin dudar un segundo más, me penetró de una estocada, y yo grité satisfecha y hambrienta de él, que comenzó a moverse dentro de mí, dentro; fuera y luego dentro y fuera varias veces...

No podía mover mis brazos estaba inmovilizada y aquello me excitaba aún más, sus fuertes brazos me mantenían así. Su mirada invadía mis sentidos mientras depositaba besos en mis labios, en mi cuello y en mis pechos, nuestros jadeos llenaban la habitación mientras disfrutábamos uno del otro. Estaba por alcanzar el clímax otra vez cuando Marcos suavemente disminuyó la velocidad torturándome aún más, para luego salir de mí, y dejar mi cuerpo boca abajo sobre la cama suavemente.

-Quiero ver esas bellas pecas, mientras terminas para mi- dijo él en mi oído.

Con mis piernas cerradas, y él casi sentado sobre mi, masajeó mis glúteos una y otra vez, mientras no paraba de decir lo bella que era, sentí su miembro jugando en la entrada de mi vagina, aquello era la gloria.

Fue abriendo paso de a poco hasta llegar bien profundo mientras se escapaban de mis jadeos...

-Te necesito- dije arqueándome mas hacia él.

Fue acelerando el ritmo, y otra vez lo sentía dentro; fuera, y luego dentro y fuera mientras acariciaba mis pechos y su agitada respiración se mezclaba con la mía. Cada vez más rudo y potente, cada vez más primitivo, y yo loca por aquello llegué a lo mas alto gritando su nombre, mientras sentía que el inundaba todo mi ser, y se rendía también besando mis hombros.

Sin decir nada, unos minutos después Marcos salió de mi, y se acurrucó a mi lado. Sabía que estaba mirándome. Sentía su mirada sobre mi, pero yo aun boca abajo, mantenía los ojos cerrados intentando retener así esos momentos en mi memoria.

-Abre los ojos Alex, mírame, mírame y dime que has sentido la misma locura que yo- dijo él acercándose más aún.

Aterrada por sus palabras, abrí mis ojos para caer una vez más en esos bellos ojos grises.

Solo un hombre...

Pasamos la noche dejándonos llevar por la pasión que nos consumía por dentro, besándonos, acariciando y explorando nuestros cuerpos, hasta que exhaustos nos dormimos antes del amanecer.

Desperté por un rayo de sol que atravesaba la ventana y llegaba a mi rostro, desnuda y de lado, tapada por un edredón rojo sentía el calor de un brazo de Marcos que invadía mi cintura, su respiración en mi hombro y su cuerpo llenando la cama.

Me deslicé sigilosamente por la cama, tomé mi bolso y entré al cuarto de baño, mi reflejo me mostró una mujer diferente, sexy y con un poco de ojeras. Cepillé mi cabello, enjuagué mi boca y me senté al borde de la hermosa bañera. Miré mi móvil y vi dos llamadas perdidas de Noah y un mensaje, solo decía:

-Te extraño.

Automáticamente le contesté: - Sé que estarás durmiendo, siento mucho no haber atendido, sabes que soy muy despistada con el móvil. Te llamaré más tarde. Yo también te extraño.

Era una mala persona, una mala mujer. Noah no se merecía mis mentiras. Y definitivamente yo no le merecía a él.

Salí del baño y me puse la camisa de Marcos, me senté en una silla frente a él y le observé, ¿qué tenía aquel hombre para haberme cautivado así? ¿por qué no podía parar esa locura?... La mujer que yo creía ser, había desaparecido. No la encontré en mi reflejo. Y me sentía confundida.

Minutos después Marcos lentamente se despertó y me dedicó una hermosa sonrisa al verme apoyada en mis rodillas aún en la silla, mirándole.

-Hola, ¿qué haces ahí? - me preguntó.

- Estoy algo confundida y necesitaba distancia. - dije tomando una bocanada de aire.

Aquello debió alertarle y se incorporó, mirándome a los ojos dijo:

-¿Qué te parece, si desayunamos abajo y charlamos un poco?

-Está bien, me muero de hambre- dije.

-Acércate un poco más... y verás- dijo.

Se notaba que su humor era mucho mejor que el mío y con solo una sonrisa comencé a cambiarme, él me dio espacio y entró al baño a prepararse.

Bajamos minutos después y en cuanto nos sentamos en la misma mesa de la noche anterior nos trajeron café humeante recién hecho, tostadas de pan casero, mermelada de fresa, mantequilla, zumo y bollos. En silencio tomamos nuestro desayuno, mientras nos sonreíamos. Aquel lugar era realmente bonito, como de cuentos.

Cuando ya no podía más con aquel sabroso desayuno y me dí por satisfecha, pensé que sería momento de romper el hielo.

- Ha sido un magnifico desayuno, sencillo y riquísimo. Gracias Marcos- dije, apoyando mi espalda en la silla.

-Ha sido magnífico... todo- dijo él, mirándome a los ojos.

Cuando hacía aquello no podía ni pensar, su mirada invadía mi mente y mi alma; buscando y analizando mis sentimientos.

- Deberíamos volver a la ciudad- dije intentando sonreír.

-Si, pero por qué no hablamos un poco de nosotros, se que no quieres... pero quizás deberíamos intentarlo.- dijo él.

Incómoda en la silla, aclaré mi garganta y dije:

-Ahora mismo estoy muy confundida Marcos y no quiero arrepentirme de esto, porque como has dicho ha sido maravilloso, pero tampoco puedo olvidar la situación en la que estoy. Y tu no sabes nada de mi, y yo no sé nada de ti, excepto todo lo que leí en internet.

Me sentí un poco avergonzada al decir aquello, pero él sólo sonrió.

-Te equivocas, se mucho de ti... te he observado, a veces eres como una niña encerrada en ese despampanante cuerpo de mujer. Mientras que otras veces eres una mujer ardiente, decidida. Muy inteligente- dijo y replicó:

-Yo no soy todo lo que has leído, soy solo un hombre diciéndole a una mujer

que siente una enorme atracción por ella desde el segundo en que la vio. Y que no quiere sentir que desaparecerá de un día para el otro.

Aquellas palabras se tatuaron en mis sentidos, como fuego quemando mi piel.
Yo me sentía igual.

- Necesito un poco de espacio. Y también necesito visitar a mi psicoanalista-
dije con una sonrisa.

-Imagino que también sabe de mi- dijo él riendo.

-Cotilla. - Agregué yo, riendo.

Nos pusimos de pie y mientras Marcos fue a pagar nuestra estancia en el castillo, salí fuera para acercarme a la laguna. Era tan bonita como todo en aquel lugar, como todo en casa de Marcos, como todo en él. El frío de la mañana me hacía tiritar y castañear los dientes, mientras apreciaba el paisaje.

De pronto sus brazos abrazándome por detrás crearon un remanso de calor y paz a mi cuerpo; y mente. Sin decirnos nada, giré lentamente sobre mis talones y nos besamos tiernamente.

Sola.

Marcos me dejó en casa sobre las 11:30 así que me dí una ducha mientras recordaba nuestra breve conversación en el coche antes de entrar a casa. Le había pedido que me diera tiempo para pensar y que los dos días que quedaban para que Noah volviera los necesitaba para mí. No le había hecho mucha gracia, pero había aceptado. Y se despidió con un beso fugaz diciendo:

-Estaré esperando...

Por la tarde, pedí cita para ver al doctor Álvarez, pero su secretaria me confirmó que había salido de urgencia por un tema personal fuera de Madrid y no sabía que día regresaría, me ofreció el número de otro psicólogo al que estaba derivando a algunos pacientes, pero me negué.

Pensé en llamar a Amanda, contarle todo... o no contarle nada y simplemente hablar, pero desistí. No era momento.

Pensé también en llamar a Sara, pero también desistí.

Definitivamente hablar sobre lo sucedido no era un tema fácil, me sentía tan diferente...

Retomé la mejor terapia para mí y me pasé toda la tarde escribiendo, cuando por fin levanté la vista del ordenador eran las 3 de la mañana. Así que intenté, aunque sin buenos resultados, dormir un poco.

Sobre las 6 me levanté y me fui a correr un rato por el parque que tenía a unas manzanas de casa, necesitaba un shock de energía, así que logré liberar tensión dando unas vueltas. Cuando llegué a casa mi móvil comenzó a sonar.

Noah.

-Hola cariño, estoy llegando del parque ¿Cómo estás?- dije algo agitada.

- Cansado, pero bien. He comprado algo para ti, solo si llegas pronto al aeropuerto te lo daré. A las 10 am estaré ahí. No te olvides Alex, por favor... te conozco.

Esas palabras se hundieron en mi corazón. No, no me conocía. La mujer que él

conocía jamás se hubiese acostado con otro hombre.

-Estaré ahí, te lo prometo... de verdad. - dije mientras comenzaba a quitarme la ropa sucia ya.
Y colgamos.

Tenía casi todo el día por delante, sola. Completamente sola. Podría llamar a Marcos, pero no lo hice. Él no me escribió ni llamó tampoco, me estaba dando tiempo. Y en el fondo apreciaba ese gesto.

Con lo que sin mucho más que hacer, volví otra vez a sentarme frente al ordenador, miré las noticias, revisé mi correo y terminé algunos arreglos a mi nuevo libro... por fin estaba terminado definitivamente y listo para imprimir. "Vacas locas infraganti"...

Estaba claro que, aunque el nombre no sonaba infantil como el género del libro, llamaba la atención. Cuatro vacas locas viajan en un tren que cruza los Alpes, viviendo una serie de desafortunados eventos que dejan alguna moraleja. Un viejo amigo, había hecho unas maravillosas ilustraciones que representaban a la perfección la historia que el cuento desvelaba. Estaba muy contenta con los resultados y aunque mi mente estaba en ello, los recuerdos de lo que había vivido estos días asaltaban mi mente constantemente.

Al final el día pasó sin más y por la mañana a las 9:45 yo ya estaba en el aeropuerto recién duchada, lista y preparada mentalmente para recibir a mi marido. A las 10:45 seguía allí, sentada en un incómodo asiento duro y frío... y a las 12 del mediodía también. Varias personas comenzaron a ponerse nerviosas, en el panel de vuelos el de Nueva York era el único con retraso.

Un señor mayor de unos 65 años se acercó al mostrador y preguntó por el vuelo unas 5 veces por lo menos, pero nada. No obtuvo respuesta, la señorita del mostrador no le dió ninguna contestación satisfactoria. Nos pedía disculpas, nos pedía paciencia... pero no decía mas.

Sobre las 12.30 estaba ya realmente intranquila, varias veces llamé a Noah, pero nada, estaba apagado, lo lógico en un vuelo comercial. Me alejé un poco de la multitud más nerviosa y me senté en la cafetería más cercana a tomar un café... minutos después, no podía creer lo que estaba viendo en la televisión

del lugar.

El avión de N.Y. destino Madrid, había sufrido un accidente.

Oscuro.

Por instinto cogí el móvil y llamé a Amanda y en lo que a mi me pareció un segundo ella estaba a mi lado.

Lo siguiente que recuerdo son flashes, recuerdos borrosos de esos días que siguieron.

Supongo que el hecho de que tomara varias pastillas para la ansiedad influye en mis recuerdos.

Por un lado, Amanda y yo en el aeropuerto, personas gritando y llorando alrededor, yo misma llorando desconsoladamente en sus brazos. Periodistas, personal de aerolíneas, mi móvil sonando una y otra vez. Y de repente nada. Oscuridad.

Oscuridad total.

De nuevo luz. Recuerdo estar en casa con Amanda y Sara otra vez llorando, con ellas, en el baño, insistiendo en que comiera, y acostándome en la cama... una cama vacía, mi cuerpo en ella, pero vacía.

Y otra vez, nada. Oscuridad.
Silencio.

Preparar un funeral es una tarea horrible y por suerte Sara, se encargó de todo. Lo que recuerdo de aquello es ver después de 2 años a Ana, la hermana de Noah.

Vive en Londres desde hace mucho tiempo ya. Tenía poca relación con su hermano, se llevaban por lo menos 15 años de diferencia, así que sus visitas no eran muy regulares después de que sus padres fallecieron. Alguna vez pensé que no le simpatizaba mucho yo, pero ese día fue especialmente cariñosa y estuvo a mi lado ofreciéndome su consuelo.

Creo que los días que siguieron fueron incluso peor, ya que los recuerdo a la perfección.

Cuando toda la revolución social que implica despedir a un ser querido

terminó. Y por fin estuve sola en casa, sentí como la soledad y la culpa arrastraban mi alma a un rincón frío y oscuro. El reflejo de esa mujer con ojeras, de apariencia enferma, delgada y despeinada no era yo. La casa se sentía tan vacía, todos los recuerdos asaltaban mi mente y para poder sobrevivir y no llegar al abismo, recordé al doctor Álvarez, pidiéndome que encasille las situaciones, con lo que, me concentré en el día a día. Estaba tan enojada con el mundo que maldije mil veces al doctor; sin que en nada tuviese que ver; solo por rabia y agonía.

Hacer la colada y limpiar la casa sería una buena terapia de reconocimiento, y también de distracción.

Después de llorar un rato al encontrar algunas camisas de Noah en el cesto de la ropa, pasé a ordenar la cocina, era un desastre llena de cacharros sin fregar. Me dispuse a ello en un santiamén.

De repente sentí mi móvil sonar. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mi corazón se detuvo por un segundo, no sé por qué algo en mi interior me dijo que era Marcos.

Y efectivamente no me había equivocado. Habían pasado más de diez días desde la última vez que le había visto, desde aquella mañana en que me dejó en casa. Estaba segura de que si se había pasado por la editorial sabría de la muerte de Noah y conocería mi situación.

Dos llamadas perdidas de él iluminaban la pantalla. Mi interior se debatía en llamarle o dejarlo estar. Tenía muchas dudas y muchas preguntas. Eso y una culpa tremenda.

¿Qué podíamos hablar? ¿Otra charla de consuelo? ¿Se sentiría culpable como yo? Definitivamente mi mente no estaba para ello. Y aunque él había pasado por una situación similar al perder a su mujer, no creo que hablar nos ayudase mucho. O al menos no a mí en ese momento.

Por la noche recibí un correo electrónico de Marcos, la curiosidad me comió y lo abrí sin mas:

" Alex, antes que nada, quiero que leas mis palabras sin sentir la

responsabilidad de contestarme, no quiero que sientas ese peso. Sé lo que ha sucedido y creo entender de alguna manera como te sientes, sé que nada de lo que te diga yo o cualquier otra persona puede sellar ese hueco en tu interior y sé también, que las condolencias por mi parte estarían de más. No quiero presionarte ni deseo que con esto te veas en la necesidad de borrarame de tu vida. No me gustaría.

Siempre que necesites hablar estaré para ti. Solo tienes que llamarme". Aquí estaré.

M.S.

Un arroyo de lágrimas mojaba mi rostro al leer, dejando el portátil sobre la mesilla de noche, me hice un ovillo dejando que Morfeo visitara mi mente y de alguna manera produjera un cortocircuito con mi corazón para no sentir ese dolor.

Ascensos.

Pasaron algo más de 2 meses y en un intento por retomar mi vida, me di una larga ducha, arreglé en un moño alto mi cabello, me maquillé discretamente y poniéndome mi mejor traje de falda tubo roja, camisa blanca y chaqueta roja, salí de casa a una mañana fría que me recordaba que el invierno había llegado ya.

Sara me esperaba en la editorial, estaba algo ansiosa puesto que sería el primer día en que me enfrentaría a mis compañeros después de lo de Noah. Estaba decidida a controlar esa situación y a volver a la normalidad paso a paso y día a día.

Al entrar la situación fue mejor de lo que esperaba y la gente fue discreta y considerada ignorándome lo justo. Me animó bastante enfrentarme a ello debo reconocerlo, siempre había sido un ser social y ese auto exilio al que me había sometido no me había ayudado mucho.

Sara me esperaba en su despacho y como siempre al verme, su rostro se iluminó en una cálida sonrisa maternal.

- Alex, qué alegría!- dijo ella acercándose a mí.
- Bueno, aquí estoy de nuevo. - dije yo abrazándole.
- ¿Qué tal allí fuera? - dijo guiñandome un ojo.
- Ha sido mejor de lo que esperaba. - comenté.

Nos sentamos como siempre frente a frente en unos sillones pequeños en su despacho.

- Dame los detalles- dije, iba a por todas y mientras más pudiese concentrarme en la publicación del libro, mejor me sentiría anímicamente.
- Bien, esa es mi guerrera- dijo Sara sonriendo.

-Muy bien, se ha planificado que como la impresión principal empieza mañana, la próxima semana sea la presentación oficial y la firma de la primera tanda de ediciones. El centro comercial de Callao ha sido elegido. Yo te acompañaré, claro.

Se han previsto unas 4 horas. Ya sabes, como va esto. - dijo ella relajándose en el sillón.

-Perfecto. Quiero comentarte que, después de la presentación estaré fuera por tiempo indeterminado. - dije tranquilamente, relajándome yo en el sillón.

-¿Qué? Pero... ¿qué me estás contando? Si lo de la presentación es demasiado para ti en estos momentos, podemos posponer todo para más adelante.- dijo Sara olvidando su relajación.

-No, estoy deseando la presentación, amo mi libro y todo lo que él representa. Sólo que necesito tiempo para mí. Lejos de Madrid y lejos de mi casa. Por lo menos por un tiempo. - dije acercándome a ella en un intento por tranquilizar ese manojito de nervios.

-Alex, pero... ¿dónde irás sola?- dijo ella mirándome con cariño y preocupación. Tomé su mano y con todo mi amor por ella dije:

-Lo necesito. No sé todavía el destino, pero te contaré todos los detalles en cuanto me aclare a mí misma. Te lo prometo.

-Si de verdad lo necesitas, quiero que vayas a mi casa en Sevilla. Sólo así me quedaré tranquila.- dijo mirando directamente dentro de mí.

-¿Te das una idea de cuánto te quiero? - dije y nos abrazamos con afecto sincero.

Poco después salí de su despacho y al subir al ascensor, por ese karma mío tan peculiar o por el señor *Murphy** ese de las leyes que se ríe de mí, al entrar unos grandes ojos grises me miraban impacientes.

-Alex...- dijo él, sin dejar de mirarme por un segundo. Escaneando cada una de mis células.

-Marcos...- dije yo. Sin saber si reír o llorar por esa burla situación.

-Me alegra verte- dijo él.

-¿Bajas? - dije yo intentando ser un poco indiferente. Sabía que él despertaba en mí un fuego inexplicable, pero ahora también removía dolor y ese también quemaba.

-Sí- dijo él volviéndose un poco más serio.

Un silencio incómodo que apenas duró unos segundos nos llenó el ascensor que nos quedó pequeño y cuando las puertas se abrieron en la planta baja, como dos estatuas que solo se miraban ninguno se movió.

Dos personas que se disponían a subir entraron, sin decir palabra absortos en sus asuntos. Sin más el ascensor volvió a comenzar su camino hacia arriba. Mientras Marcos y yo, solo nos mirábamos. Aquello era ilógico. Infantil.

Embriagador.

Arrancó de mí una carcajada y una risa contagiosa que no sentía en mi alma desde hacía mucho tiempo ya... y él también rió a mi lado, con esa sonrisa perfecta que me gustaba tanto. Reímos como dos niños jugando en el ascensor.

En cuanto volvió a bajar y la magia comenzó a bajar también, esta vez cuando las puertas se abrieron, salí de él sin decir una palabra y agradecí que no me siguiera. Esa noche, esos intensos ojos grises acecharon mis sueños otra vez.

** La ley de Murphy es un enunciado basado en un principio empírico que trata de explicar los hechos acontecidos en todo tipo de ámbitos enmarcando una actitud pesimista y resignada ante el devenir de acontecimientos futuros.*

Whitman.

La semana siguiente pasó volando, la presentación del libro fue un éxito rotundo y una caricia para el alma, me permitió concentrar todas mis energías en ello y disfrutar de esos momentos. En cuanto llegó el viernes me dispuse a preparar mi equipaje para abandonar Madrid.

Sara me había dado un mapa explicándome cómo llegar al cortijo en Sevilla. Me comentó, al menos una docena de veces, cómo encontrar el camino principal, se ocupó en programar el gps de mi coche y hasta avisó a su vecino de que llegaría el sábado por la tarde. *¡Una madraza total!*

Al llegar la noche dos enormes maletas y mi bolso estaban listos en el recibidor, revisaba correos electrónicos desde el ordenador, cuando llegó un correo de Marcos, un escalofrío recorrió mi espalda mientras mis mejillas se encendían al leer sus palabras:

No dejes que termine el día sin haber crecido un poco,
sin haber sido feliz, sin haber aumentado tus sueños.
No te dejes vencer por el desaliento.
No permitas que nadie te quite el derecho a expresarte, que es casi un deber.
No abandones las ansias de hacer de tu vida algo extraordinario. No dejes de creer que las palabras y las poesías
sí pueden cambiar el mundo.
Pase lo que pase nuestra esencia está intacta.
Somos seres llenos de pasión.
La vida es desierto y oasis.
Nos derriba, nos lastima,
nos enseña,
nos convierte en protagonistas
de nuestra propia historia.
Aunque el viento sople en contra,
la poderosa obra continúa:
Tu puedes aportar una estrofa.

No dejes nunca de soñar,
porque en sueños es libre el hombre.
No caigas en el peor de los errores:
el silencio.
La mayoría vive en un silencio espantoso.

No te resignes.

Huye.

"Emito mis alaridos por los techos de este mundo", dice el poeta.

Valora la belleza de las cosas simples.

Se puede hacer bella poesía sobre pequeñas cosas, pero no podemos remar en
contra de nosotros mismos. Eso transforma la vida en un infierno.

Disfruta del pánico que te provoca
tener la vida por delante.

Vívela intensamente,
sin mediocridad.

Piensa que en ti está el futuro
y encara la tarea con orgullo y sin miedo.

Aprende de quienes puedan enseñarte.

Las experiencias de quienes nos precedieron
de nuestros "poetas muertos",
te ayudan a caminar por la vida

La sociedad de hoy somos nosotros:

Los "poetas vivos".

No permitas que la vida te pase a ti sin que la vivas ...

WALT WHITMAN

Estoy aquí.

M.

Sentí que la vida me daba un toque de atención y me recordaba que Marcos
estaba allí, esperando. Que ni él, ni mis recuerdos con él desaparecerían. Los
llevaría en mí siempre.

Sus palabras y sus caricias estaban tatuadas en mi piel, el último hombre que
me había tocado no había sido mi marido, sino él. Ese hermoso hombre del
que huía porque creía que a su lado nunca me sentiría bien, siempre la sombra
de la culpa y el dolor asaltarían mi corazón.

Quise contestarle o llamarle, pero me sentía vacía. Ausente.

Esa noche lloré, me dejé arrastrar por un mar de lágrimas, sabía que tenía que seguir adelante, tomar el respiro que había programado al viajar a Sevilla y simplemente seguir...

Por la mañana con mis gafas negras ocultando mis ojos aún inflamados, buen humor y mi termo lleno de café emprendí el camino a Sevilla, serían unas 6 horas de autopista, música a todo trapo y alaridos por mi parte cantando con verdadera devoción.

Sevilla.

Definitivamente Sevilla es una ciudad preciosa, no pude pasear mucho por su ciudad solo paré a repostar gasolina, pero lo que vi me fascinó, era una de las pocas ciudades de España que no conocía y estaba ansiosa por empezar a recorrerla solo estaría a unos 35 kilómetros de allí.

Sobre el atardecer comencé a acercarme por la carretera a "Puebla del río" un pintoresco pueblo cerca del cortijo, justo cruzando el río Guadalquivir, divisé delante de un hermoso atardecer, el enorme cortijo de Sara.

Parece que se le había olvidado recordarme el pequeño detalle de que el sitio era enorme. Me acerqué a las puertas del lugar y un fabuloso portón enorme de rejas me permitía ver el edificio de blanco impoluto y de clara arquitectura rural andaluza.

Dos mastines negros se acercaron amistosamente hasta mi, a quienes saludé con cariño, eran unos perros muy simpáticos... Se suponía que el capataz y vecino encargado estaría esperándome así que me acerqué al portero pero no recibí respuesta.

Una hora después harta de jugar con mis nuevos dos mejores amigos desde el otro lado de la verja. Llamé a Sara.

Minutos después me confirmó que a través de otro vecino se enteró que; el señor Lucío, el capataz, había sido padre y estaba a kilómetros de allí en el hospital, Sara preocupada y lamentándose me pidió mil disculpas y me aconsejó quedarme en una pequeña posada en el pueblo, sólo hasta la mañana del día siguiente.

Para no preocuparle mas accedí sin rechistar y decidida a mantener mi buen humor di media vuelta y volví al pueblo.

La posada frente a la plaza, tenía buena pinta desde fuera, un cartel en la puerta decía: "Posada Buenas Fuentes del Guadalquivir". Estacioné el coche frente a ella y antes de bajar el equipaje entré a mirar el sitio.

Debajo era un bar, no estaba muy lleno, pero un par de hombres giraron para verme mientras me acercaba a la barra. Se notaba que por allí no había muchas visitas en esa época del año. El hombre de la barra amablemente y mirándome de pie a cabeza, me indicó que, girando por el pasillo detrás de la barra estaba el acceso a la posada.

Un mostrador de roble con una campanilla, algunas flores silvestres en un florero, un libro de reclamaciones y una chimenea decoraban un acceso un tanto reducido pero acogedor.

Como no vi a nadie, dí a la campanilla con insistencia. Automáticamente y matándome de un susto un hombre apareció por debajo del mostrador.

-¡Oh, dios mío!- dije aterrorizada del susto mientras le vi.

-Pero, ¿qué hace ahí? - dije nuevamente.

-Lo siento, buscaba unas facturas- dijo el hombre esbozando una sonrisa algo similar a la del hombre de la barra. *Estaba claro que era un negocio familiar.*

Aquel desconocido, que también me miró de arriba a abajo parecía divertirse con aquello. Era moreno y alto, con una amplia sonrisa... bien parecido me atrevo a decir.

- Necesito una habitación- dije mientras buscaba en mi bolso mi documentación.

-¿Es usted la amiga de los Olivetti? dijo él.

-Si, soy amiga de Sara Olivetti, es usted "el vecino" ¿verdad? - dije fijándome en sus ojos café.

-Efectivamente. Soy "el vecino", bienvenida. - dijo de manera irónica y sonriendo, mientras me ofrecía su mano.

- Lo siento, soy Alex- dije sin tocarle.

-Soy Emilio. - dijo él guardando su mano sin dejar de sonreír.

-La mujer de Lucio, Lola, se ha puesto de parto esta mañana, él siente mucho no haber estado aquí, me ha pedido que se lo diga- dijo Emilio aceptando mi

documentación para registrarme.

-Está bien, ¿cree que mañana por la mañana estará ya aquí? - dije algo ansiosa ya.

-Si seguro que si. La habitación es la 7. En esta época del año no tenemos muchas visitas, el resto están en reparación, pero esa le gustará tiene televisión y chimenea propia.- me dijo él.

-Iré por mi equipaje- le comenté, mientras me daba cuenta que tendría que desfilas otra vez por el bar donde los abuelos se daban un festín con mi culo al verme pasar, básicamente. Esta vez él me acompañó.

Emilio me guió con las maletas hasta la habitación comentándome que por la mañana el desayuno se servía a las 10 en la misma cocina, que estaba en el extremo opuesto al bar, lo que me dio cierta alegría.

La habitación era muy acogedora y tenía algo que me resultaba familiar, me recordaba a la finca en la que había crecido... donde, al igual que en ese sitio, una antigua chimenea daba luz y calor al lugar.

Una cama doble de sábanas blancas y mantas azules a la izquierda. Vestidor y baño a la derecha. Las paredes tenían algunas florecillas silvestres adornando la habitación. Era una habitación cálida y sencilla.

Al dejar las maletas cerca de la puerta dentro de la habitación Emilio se despidió de mí amablemente y desapareció.

Sin quitarme siquiera la ropa me acosté sobre la cama, estirando cada uno de mis músculos, consciente de cada sensación... fue cuando me di cuenta que me sentía cansada, haciendo un gran esfuerzo me puse de pie, saqué mi pijama de abuela, ese largo camisón de invierno blanco algo viejito, lo dejé sobre la cama y me fui directo a la bañera. El agua relajo mi cuerpo y me dejó en trance total.

Estaba en mi mejor momento, cuando me di cuenta que el agua había continuado saliendo y desbordaba por los costados. Rápidamente me acerqué al grifo y lo cerré. Lamentablemente el susto no quedó allí y una pata de la bañera se incrustó en el suelo, dejándola de lado. Haciendo que soltara un

grito de pavor.

Si intentaba moverme me mataría, estaba claro. Sin saber qué hacer, desnuda y con frío, no me quedó otro remedio que gritar...

-¡Auxilio! ¡Emiliiiiioooooo!

El Arquitecto.

En lo que me pareció una eternidad allí, sentí que entraba a la habitación Emilio, justo antes de entrar al baño grité:

-¡Espere! ¡espere! estoy desnuda, el agua se ha desbordado y la bañera está a punto de ser historia conmigo dentro.

-Me taparé los ojos- dijo él desde el otro lado.

-¿ Y cómo va a ayudarme, sino puede ver? - dije irónicamente intentando ponerme de pie al menos.

-Vale, pero... si dejamos que siga cayendo agua las viejas vigas no aguantarán más, y caerá. - dijo Emilio.

-Caerá justo en el bar. - agregó.

Dios mío, no lo podía creer... ¿dónde habían quedado mis planes de relajación lejos de la ciudad? Definitivamente no quería caer en el bar.

Tapé con mis manos todo lo que pude mis pechos y la ingle, respiré hondo y grité:

-Vale, entre.

Emilio intentando no fijarse mucho en mí, se acercó despacio haciendo crujir el suelo bajo sus pies, tomó alargando su mano una toalla y dando un pequeño salto llegó hacia mí. Justo frente a mí.

El muy idiota se estaba riendo, mientras que yo estaba hecha una furia, totalmente avergonzada y castañeteando los dientes, sin dejar de mirarme a los ojos, me envolvió con la toalla, que me supo a gloria, con rapidez y delicadeza me levantó con sus brazos que, en ese momento, me parecieron enormes y fibrosos.

Mientras que yo con los ojos como platos y en silencio le miraba hacer, lentamente deshizo sus pasos por donde entró y salimos al cuarto, para mi sorpresa salimos de el, cruzamos el pasillo y mudos los dos me depositó en el cuarto que estaba frente al mío.

Me bajó de sus brazos, y antes de volver a salir dijo;

-Espere aquí.

Intentando mantener el calor en mi cuerpo y atenta a la puerta, sequé como pude mi cuerpo y volví a enrollarme en la toalla. La habitación era más amplia que la mía y tenía unos muebles particulares, madera y acero mezclados, el cabezal de la cama tenía un bosque tallado precioso, al acercarme para ver en detalle, observé que en la mesilla de noche había algunos libros y sobre ella un diploma de arquitectura a nombre de Emilio Fuentes Laserna.

Mira por donde el casero, me admiré.

En ese momento entró él, sin mirarme dejó mi pijama sobre la cama y me indicó el baño justo al lado mío.

El pijama de abuela era calentito, pero me daba un poco de vergüenza llevarle en ese momento, no eran mis mejores pintas. Pero necesitaba salir allí y disculparme por lo de la bañera.

Salí y Emilio estaba sentado en la cama, esperándome.

-Yo... lo siento mucho- dije acercándome a él.

-Pagaré todos los daños, de verdad. - dije nuevamente y me senté a su lado.

-Tu pijama es realmente horrible. - dijo él, mirándome.

-Es calentito.- dije alejándome un poco.

-No te preocupes por los daños, mi madre me dijo que no pusiera esa bañera de patas allí, la posada tiene ya sus años, ¿sabes?

-Ya... pero de verdad que me gustaría darte dinero, sino fuese por mi...- dije insistiendo.

-Ya veremos mañana. No tengo otra habitación para ofrecerte, las estoy reparando. Duerme aquí y yo me quedaré abajo. Traeré tus maletas - dijo y se levantó.

-No, no. No puedo aceptar esto, puedo ir a otro sitio, no necesitas dormir en otro lugar. - dije yo nerviosa.

-Señora, si quisiera me quedaría aquí y compartiríamos esa cama, le sugiero que se duerma y disfrute de mis sábanas nuevas- dijo y salió.

¡Joder! dije para mi misma, abrí de mala gana la cama, viendo unas bonitas sábanas azules, me acosté, apagué la luz de la lamparilla y caí en un profundo sueño.

Eso es todo lo que recuerdo.

El Cortijo.

A la mañana siguiente, mis maletas estaban en el cuarto, evidencia de que Emilio había entrado a dejarlas. Sobre las 9 me di una ducha rápida prestando atención a mis pasos y a los grifos, sobre todo.

Me abrigué con un suéter de cuello alto blanco, unos jeans y botas, afuera, aunque con sol parecía ser un día frío. Con el cabello seco y las maletas listas a las 10 bajé a la cocina.

Claramente estaba algo avergonzada, con lo que, con precaución abrí la puerta y allí estaba el señor de la barra, don Fuentes evidentemente; una mujer, más o menos de su edad, de rostro afable; un señor muy mayor calvo y también Emilio. Todos se quedaron en completo silencio al verme llegar.

-Buenos días- dije suavemente.

-Adelante- dijo la mujer.

-Soy María, este de aquí... - dijo señalando al padre de Emilio, que me saludó sonriendo- Es Juan mi marido.

-Y este es mi padre, Antonio- agregó abrazando al abuelo.

Este me sonrió enormemente y siguió con su café.

-Es un poco sordo - dijo Emilio, mientras me señalaba sitio frente a él.

Con una sonrisa tímida me senté y enseguida María me dejó un tazón con café recién hecho. Su fragancia, hizo gruñir mis tripas y me recordó que no comía desde hacía muchas horas.

Puso también a mi lado, tostadas de pan casero, tomate; aceite de oliva y jamón serrano. Una delicia y una alegría para mi hambre voraz.

Juan, salió de la cocina despidiéndose amablemente llevándose consigo al abuelo. Con un grupo reducido me era más fácil comenzar la disculpa así que una vez di un buen sorbo al café comencé;

-Siento mucho lo de anoche, estoy dispuesta a costear la reparación- dije mirando a Emilio.

-No tienes que pagar nada- dijo María acercándose a mí.- Llevo meses diciéndole a don arquitecto aquí, que esa habitación tiene el suelo débil, pero nada...

-Yo nací aquí y sé cómo está construida esta casa y no tuve que ir a la universidad.

- agregó mirando a su hijo con claro reproche materno.

-Mamá... vamos a dejarlo, ¿vale? Tenías razón. Ahora tengo 7 habitaciones por arreglar y las dejaré como tu quieras- dijo él sonriendo, rindiéndose.

-Está bien- dijo ella dándose por satisfecha- Te veré luego bonita- y salió también de la cocina despidiéndose con un beso en mi mejilla.

Me enterneció su relación, yo no conocía lo que era tener una mamá y una familia grande. Siempre habíamos sido mi padre y yo. Había sido una solitaria hasta que conocí a Amanda y empecé a hacer amigos. Las relaciones de familia siempre me fascinaban y me atraían de modo especial y aquel era uno de esos momentos.

-Lucío ya está en el cortijo. - dijo Emilio alejándome de mis pensamientos.

-Bien, pero esta charla sigue pendiente. - le dije, mordiendo con ganas mi tostada.

- ¿Piensas quedarte mucho por aquí? - me preguntó él.

-No lo sé realmente- dije intentando desviar la conversación.

-Ya... bueno, parece que será un inusual invierno frío, avisa a Lucio para que tengas leña suficiente-agregó, dejándome sola en la cocina.

Quizás había sido mal humorada con él, pero tampoco quería entablar amistad de momento. No estaba en mis planes y quería atenerme a ellos.

Terminé mi desayuno, me despedí de todos allí en el mostrador de la recepción y salí con mi coche para el cortijo.

Al llegar, no me hizo falta tocar el portero, el portón comenzó a abrirse en cuanto me aproximé a la casa.

Los perros se acercaron y desde la puerta principal un hombre apareció, llamándoles.

Aparqué justo delante y me bajé del coche para disfrutar de unos buenos lametones de esos dos grandotes que se alegraban tanto por tenerme allí.

-¡Jeque! ¡Sultán! ¡basta ya!- gritó Lucio acercándose.

-Tranquilo, no me molestan- dije yo, acercándome también, tendiéndole la mano.

-Soy Alex. - comenté

-Lucío. Siento mucho no haber estado ayer- dijo él ofreciendo su mano, dándonos así un cordial saludo.

-Tranquilo... y ¡felicitaciones!.- dije mientras abría el coche y empezaba con su ayuda, a descargar el equipaje.

-Gracias, mi mujer y yo vivimos en la última casa del pueblo antes de entrar al cortijo, conozco a los señores Olivetti desde pequeño y mientras no están me ocupo del mantenimiento de la casa.- dijo él.

Parecía un hombre afable y amistoso. Tendría unos 40 años más o menos, de la misma edad que Emilio quizás. Dejamos las maletas en la entrada y recorrimos juntos la casa.

Era enorme, 7 habitaciones, 8 baños, cocina, dos salones, comedor; bodega, despacho, y hasta un establo. *¡Todo solo para mi!*

Él se encargaría de cualquier cosa que necesitara a pedido explícito de Sara, claro. Encendió la chimenea y me dejó a solas para darme un poco de privacidad. Se despidió y me recordó que volvería al atardecer para controlar la vieja caldera central.

Dejé mi equipaje en la habitación de invitados y comencé mi propio recorrido.

Dentro de lo que sería mi cuarto, tenía un hermoso baño con una gran bañera, lo cual me hizo sonreír y recordar la escena de anoche.

La cocina realmente amplia, a pesar de su decoración rustica tenía allí todo tipo de aparatos de cocina, a excepción de uno a simple vista.

¡Una cafetera! ¡Cómo podía Sara tener de todo allí, pero no una cafetera?

Después de la pequeña desilusión, recorrí las otras habitaciones y la bodega, tenía vinos de excelente calidad, me tenté en abrir uno, pero me pareció absurdo sólo para mi. Lo único que iba conseguir sería una linda resaca a las 12 del mediodía.

Paseando dentro y mirando las fotos familiares de Sara; recordé las fotos en mi casa junto a Noah, y también las fotos de Marcos en su piso de Madrid, aquello dio un vuelco a mi corazón, evidentemente estaban allí, eran parte de mi y los kilómetros no borrarían los recuerdos y el dolor. Salí al jardín para tomar un poco de aire y despejar mi mente, con mis dos guardaespaldas alegres de tenerme allí recorrimos un poco el lugar.

Descubrí que Jeque y Sultán tenían dos casetas justo al lado de la puerta de la cocina, dentro de una zona de lavandería. Allí agradecí ver una linda lavadora nueva.

Más allá de algunos arbustos de flores y un limonero, había una piscina con una zona de barbacoa, sillones y mesa de jardín. Una pequeña verja dividía la casa del resto de la finca. A lo lejos se veía el establo y la enorme extensión de tierra.

Caminé cerca del borde de la piscina, jactándome de mi equilibrio y observando el agua cristalina que seguro estaría congelada, cuando de repente sentí a lo lejos mi nombre, alguien me llamaba, giré para ir hacia la casa, pero mis pies y mi torpeza me hicieron caer de culo a la piscina.

Maldije mil veces mientras caía y veía a Jeque y a Sultán mirarme con curiosidad. El shock de agua fría caló en mis huesos. Salí rápidamente de ahí y corrí hacia la casa, al llegar a la puerta, allí estaba él.

Emilio.

- ¿Qué manía tienes con el agua?- me dijo observando mi mojado aspecto.

-¿Qué haces aquí? - dije de mal humor.

- Quería ver si sigues viva. Y no te queda mucho. - dijo él abriendo la puerta para mi.

-¡Me he caído a la piscina por tu culpa!- exploté en su cara.

-Vale... lo siento- dijo levantando las manos.

Me fui directo a la ducha, donde dejé que el agua caliente reanimara mi cuerpo y relajara mi sistema nervioso... ¿pero qué demonios? ¡Cada vez que él está cerca, yo estoy mojada! No podía relajarme del todo. No podía bajar la

guardia si estaba cerca. Estrés 1 - Relajación 0.

Bajé con la toalla en la cabeza, intentando ser educada me acerqué a donde estaba Emilio esperándome en la cocina y dije:

-Me gustaría invitarte a un café, pero no hay cafetera-.

- Seguro que hay, solo que no será eléctrica. ¿Has mirado debajo de la pila? - dijo él mirando mi hermoso tocado 100 % 100 algodón.

Abrí las puertas y allí estaba una vieja cafetera de las de toda la vida, algo desgastada, pero en uso seguro. Y en ese momento le odié. Me molestó que tuviese razón y hubiese aparecido por allí. ¿Qué se proponía? ¿Ligar conmigo? Ni de chiste.

¿Ser amigos? Ya tengo demasiados.

Con mala cara, le miré y dije:

-Iré a secar mi cabello. Seguro sabes dónde está el café- y salí de allí.

Al infierno.

Cuando bajé a la cocina, un humeante café estaba listo en la cafetera, Marcos estaba bajando las tazas de la alacena.

-Son casi las 15 ¿seguro que solo quieres café? ...Lola debe haber preparado alguna tarta para ti - dijo él mirándome.

-Sólo café, por favor- dije, y me senté frente a él.

Emilio sirvió los dos cafés y un incómodo silencio llenó la habitación.

Dispuesta a romper el hielo dije:

-Bueno... ¿tienes mucho trabajo por aquí?.

-Algunos proyectos en Sevilla. Pero últimamente todo mis esfuerzos están concentrados en la posada, esta algo descuidada y mis padres están mayores para preocuparles por ello.- dijo.

-Ya... eres un buen hijo- dije sonriendo.

-¿ Y tu? ¿Qué hay de ti? Lo único que sé es que eres escritora.- comentó Emilio.

-Si, no hay mucho de mi. Vivo en Madrid, soy escritora y punto- dije intentando parecer despreocupada.

Levantando una ceja, Emilio me demostró que, poco se había creído de mi declaración y como no tenía ganas de contar mas, mi táctica de distracción fue preguntarle por el establo. Se ofreció acompañarme y salimos juntos al jardín, hacía una tarde un poco fría pero aún así, agradable.

El establo no era muy grande. Habían dentro 1 semental y dos yeguas muy mansas. Me enseñó la zona donde tenían las herramientas para cuidarlos y también comentó que ocasionalmente venía a la finca con Lucío a cuidarlos.

Confirmé que tenían la misma edad ya que Emilio dijo que habían ido juntos al colegio y que eran buenos amigos. Charlamos un buen rato sobre el cortijo, el pueblo y los caballos.

Al final, estuve a gusto conversando con él, a pesar de que se había dado

cuenta de que no estaba dispuesta a compartir con él mucha información sobre mi, era fascinante escuchar cuánto le gustaban los animales y cuánto quería a sus padres. Era discreto en cuanto a preguntarme cosas personales y yo se lo agradecía. Caminamos un buen rato, mientras veíamos atardecer, era increíble lo rápido que el tiempo había pasado a su lado. En cierta manera creo que él me recordaba a Noah, tenía una sonrisa sincera y a veces parecía un hombre decidido y confiado de si y otras veces me parecía un adolescente.

Llegando a casa mientras le explicaba mi caída en la piscina y Emilio reía sin parar, Lucío nos esperaba en la entrada.

Me comentó que la calefacción estaba funcionando correctamente, las chimeneas estaban listas, y que por la mañana estaría en el establo, me dejó su número de móvil para que pudiese llamarle y se despidió, no sin antes dar unos empujones a Emilio que le respondió con un abrazo.

Cuando se fue y sólo quedamos Emilio y yo. Decidí que era momento de estar sola. Emilio debió leerlo en mi rostro y acercándose dijo:

-También me voy... tengo que seguir con las habitaciones.

-Sí, bueno...- dije yo titubeante.

-Ya nos veremos Alex- dijo él y acercándose dejó en mi mejilla un fugaz beso.

Y así se marchó. Con Sultán y Jeque a mi lado, le vimos alejarse del cortijo en su furgoneta.

Tomé una bocanada de aire y entré con mis guardaespaldas a la casa.

Con un buen libro, un pedazo de tarta de mousse de limón, que aparentemente, Lola había tenido la cortesía de preparar para mi, me acurruqué en el sillón del salón frente a la chimenea. Antes de empezar la lectura revisé mi móvil en un recuento mas o menos la cuestión iba así:

4 Llamadas de Sara.

2 Llamadas de Amanda.

1 Llamada de Marcos.

Suspiré y comencé las llamadas, primero hablé con Sara, le conté todo lo que me había sucedido. Lo de la bañera y también lo de la piscina, claro. Solo

omití lo bien que hasta el momento me caía Emilio. Aún así mi curiosidad me hizo preguntarle por él.

Sara que sabía de la vida de todo el mundo, me contó que él había vivido un tiempo en Madrid y que había estado a punto de casarse. Por alguna razón que desconocía no se habían casado y él había regresado a Sevilla. Comentó también que ella y su familia le tenían mucho cariño, tanto a Emilio como a Lucío quienes de niños solían robarles los limones.

Después de que me contara también, como iban las cosas en la editorial y los progresos en las ventas del libro colgué con ella, no sin antes agradecerle infinitamente por dejarme quedar allí.

En el segundo *round*, llamé a Amanda, otra vez mas o menos toda la misma historia, excepto que con ella, hablé también de Marcos.

Le conté lo del ascensor, también lo de su correo y la reciente llamada, mientras ella guardaba silencio. Cuando terminé desesperada por escuchar consejo, Amanda dijo;

-Alex, si de verdad quieres pasar página tendrás que ignorarle, en algún momento desistiré. Yo se que sientes culpa, se las cosas que te atormentan, pero debes tomar una determinación. Ahora que estas lejos es el momento.

-Lo se, sólo que no se realmente lo que tiene ese maldito hombre, que cada vez que se de él... en mi algo se revoluciona, algo dentro...- dije yo.

-Eso fue por el buen sexo.- dijo Amanda riendo.

-Muy graciosa- dije irónicamente- Aun siendo así, extraño a Noah... Emilio me recuerda a él.

-Ten cuidado con eso.- agregó ella.

-Tranquila él no está en mis planes.- dije segura.

-Marcos tampoco lo estaba- aclaró Amanda.

Y aquello no podía ser mas verdad y a la vez doler tanto. *¡Joder!*

- Te quiero, pero me caes fatal cuando dices la verdad - dije intentando reír.

-Cúidate Alex, solo cúidate...¿vale?- dijo Amanda.

Y así nos despedimos y colgamos. Quedaba una llamada pendiente. Solo 15 minutos después de darle vueltas y vueltas, le llamé. *¡Tercer Round!* Marqué

su número:

-Hola, soy yo...- dije casi en un susurro.

-Alex...- dijo él. Creo que estaba en ese momento algo asombrado de mi llamada.

-Necesito que te olvides de mí.- dije sin pensar.

- No, no me pidas eso...- dijo de manera determinante- dame la oportunidad de hablar contigo, aunque solo sea una vez- replicó.

-Eso no es posible, estoy en Sevilla.- dije.

-¿Qué haces allí?- dijo él.

- Creo que intento olvidar.- dije y suspiré. Hasta su voz me atraía. Me hacía daño. ¡Tenía que parar aquello!

- Tengo que colgar- insistí.

-¡No!- dijo algo furioso- Alex... no huyas, por favor- dijo suavizando el tono. Y colgué.

Mirando las llamas de la chimenea al cabo de un rato y totalmente absorta en mis pensamientos, me dormí.

Desperté cuando los primeros rayos de sol comenzaban a dejar paso a la luz. A mi lado los guardaespaldas dormían como ángeles, decidida a comenzar el día con energías, me tomé un café con leche, mas tarta y un poco de zumo.

Tendría que salir a comprar algunas cosas, y de paso dar así una vuelta por el pueblo. Me acerqué primero por el establo para saludar a Lucío y contarle que saldría, por suerte me dijo dónde podía encontrar un pequeño supermercado no muy lejos de aquí.

Me calcé mis zapatillas cómodas y salí del cortijo andando en dirección al pueblo.

Recorriendo el pueblo descubrí una tienda de artesanías muy pintoresca dónde pedí que me grabaran en una linda cerámica artística; "Posada Buenas Fuentes del Guadalquivir", seguro que a María le haría mucha ilusión, había sido muy amable conmigo y me sentía en deuda por el incidente de la bañera, también

pasé por un mercado donde compré frutas y verduras frescas. Encontré el supermercado donde compré algunas cosas más y con 4 bolsas caminé hacia la plaza. Descubrí la decoración que allí habían puesto... guirnaldas, un escenario pequeño, mesas, sillas... vamos, todo preparado para festejar las fiestas del pueblo.

Entré incrédula a la posada, esta vez por el acceso directo, sin pasar por el bar y como en la recepción no había nadie avancé a la cocina, lentamente, llamando a María.

Estaba preparando un * **gaspacho** que tenía una pinta fenomenal, se quedó encantada con mi regalo, tanto que colgó la artesanía justo sobre su cocina. Me dió dos besos amorosos en las mejillas y me contó que esa noche se inauguraban formalmente las fiestas del pueblo, dando paso luego a la navidad, estas eran muy especiales, ya que era el único pueblo de la zona que las festejaba en invierno. Se escuchaba música en vivo sobre la medianoche y luego la gente se reunía en los bares a comer y a beber.

Emocionada con aquello, me invitó a participar esa noche y no pude decirle que no, esa mujer era una santa, antes de que pudiese despedirme, removiendo la sopa y sin mirarme dijo;

sopa y sin mirarme dijo;

Era una clara invitación a subir, una insinuación de madre podría decirse, amablemente la despedí con otros dos besos, y subí las escaleras.

La puerta de la habitación estaba abierta, al acercarme se escuchaba la música de AC/DC *"**Highway to hell**" a toda leche, y pude ver a Emilio totalmente absorto en su tarea.

Sin camiseta y con unos gastados jeans tallaba en un armario un bonito diseño de unas aves. Estaba de espaldas.

No había sido prestado mucha atención antes, pero era un hombre bastante atractivo y tenía una espalda de muerte con un pequeño tatuaje justo debajo de su cuello, un tribal en forma de espiral. *¡Yo si que me iría al infierno!*

En mitad de mi análisis detallado de los músculos de su cuerpo, giró para sorprender a la espía, dejando mi rostro totalmente colorado.

Apagó la música, y se acercó a mi.
-Hola- dije intentando parecer desinteresada.

De la fiesta al parque.

La espía se había quedado casi de piedra.

- Vine a traerle un regalo a tu madre- intenté decir aclarando mi garganta.

-Ahora si que la traerás loca.- dijo él colocándose su camiseta.

-Estas ocupado...Te veo luego- dije dispuesta a huir.

-Espera... esta noche comienzan las fiestas...¿Te vienes?- dijo Emilio, queriendo sonar despreocupado.

-Si, si, me ha invitado María también, así que vendré sobre las 10.- dije sin mirarle alejándome de él.

Me despedí rápidamente y salí de allí en dirección al cortijo... mis pesadas bolsas y yo claro.

Por la tarde, después de un paseo por la finca con mis guardaespaldas peludos, preparé una tarta de chocolate y nueces, solía ser la preferida de mi padre así que de pequeña me convertí en una experta en prepararla sólo para verle devorarla en media hora, esperaba que a Emilio y a su familia le gustara tanto como a él. Después de una ducha revisé mi móvil, del cual intentaba desprenderme esos días y una llamada de Marcos iluminaba mi pantalla.

Puse mis ojos en blanco, respiré hondo y comencé a vestirme intentado alejar toda mi culpa, despejando mi mente, guardando el móvil otra vez dentro de un cajón. Esa noche lo pasaría bien. Lo necesitaba. Tomando mi abrigo y la tarta de chocolate, salí del cortijo andando hacía el pueblo.

La plaza estaba abarrotada de gente, la multitud esperaba ansiosa frente al escenario, el bar de la posada como era de esperar estaba lleno a mas no poder. Entré por el acceso a la posada buscando a mis nuevos amigos, María servía aperitivos en una bandeja en la cocina cuando llegué.

-Hola Cariño, ¡qué alegría verte de nuevo!- dijo ella en cuanto me vio.

-¡Hola! He traído una tarta. Déjame que te ayude con eso... - dije sosteniendo la bandeja.

- Gracias... Verás que sitio privilegiado tenemos en casa para las fiestas- dijo

ella rebotante de emoción.

-Claro, guíame.- dije siguiéndole por un pasillo al patio, con la bandeja y la tarta en brazos.

Subimos a una terraza preciosa llena de luces y con vistas a la plaza. María había preparado una larga mesa que estaba llena de comida y bebidas. Un par de personas, incluido el abuelo, ya estaban allí. Después de las presentaciones, miré a mi alrededor y descubrí lámparas de calor que reconfortaban en una noche fría, unas hamacas y una mesa redonda tallada. Inmediatamente supe quién era el autor.

Dejé sobre la mesa grande la bandeja y me acerqué a aquella otra para tocarla, era una obra de arte realmente.

-Se supone que es un bosque.- escuché decir a Emilio frente a mí.

- Es preciosa- dije mirando y acariciando aquella madera.

-Si...- dijo él. Que extrañamente no miraba la mesa sino a mí.

Acto con él que, me sonrojé y rogué a Dios que con esa poca luz no se notara. Emilio lucía un abrigo negro de cuello alto que le hacía lucir elegante y juvenil. Y él sí que estaba precioso.

María nos llamó a la mesa, pinchando esa burbuja a nuestro alrededor. En una mesa casi llena de comensales animados comenzó la cena. Emilio y yo nos sentamos uno frente al otro en el extremo menos iluminado, buscando un poco más de intimidad quizás.

Fue una noche encantadora, los invitados contaron historias del pueblo, reímos y bebimos y seguimos riendo y bebiendo; hasta que pasada la medianoche las campanadas de la vieja iglesia frente a la plaza nos recordaron que oficialmente el pueblo estaba en fiestas.

Nos pusimos de pie en la terraza para mirar a la banda que nos delitaba con su música sobre el escenario, algunos fuegos artificiales comenzaron a decorar el cielo y en medio de toda esa algarabía, vi como los padres de Emilio se abrazaban con cariño, en ese instante recordé el cariño de Noah y me sentí sola.

Quizás mi rostro delató mis sentimientos y Emilio se acercó aún más a mi lado sin decir una sola palabra. No sabía cuánto agradecía eso de él. Sólo estaba allí. Y me reconfortaba, aun cuando era un extraño.

Los fuegos artificiales siguieron iluminando la noche un buen rato mas, hasta que otra vez los comensales se acercaron a la mesa.

Emilio y yo nos fuimos a la hamacas.

-He bebido tanto vino que no tengo nada de frío.- dije recostándome.

-Es una noche preciosa.- acotó él, recostado en su hamaca también.

- Aquí esta noche nadie dormirá... con esta fiesta me alegra que el cortijo esté en las afueras, necesito dormir.- dije algo somnolienta. Cosa que el alcohol producía en mi, casi, con efecto inmediato.

-Yo si, mi casa esta en las afueras también.- dijo él.

-¿Qué? ¿Tu casa? - dije sorprendida.

-Claro, yo no vivo en la posada. Esto es eventual. - aclaró Emilio.

-Pues... entonces si. - dije.

-Entonces si, ¿qué?- dijo él.

-Entonces dormirás- dije yo acomodándome una vez mas.

Claro que aquella no era una conversación muy fluida, pero nos reímos bastante. Eran las mellas del alcohol y las fiestas que transcurrían a nuestro alrededor.

Estaba algo dormida cuando Emilio me susurró al oído que me llevaría al cortijo. Asentí y me ayudó como todo un caballero a bajar las escaleras, me despedí de su familia y luego subimos a su furgoneta recorriendo el camino en silencio.

La distancia era bastante corta, así que en 5 minutos estábamos frente al enorme portón.

-Gracias por traerme- dije antes de bajarme.

-No hay problema. Quiero mostrarte algo... ¿puedo pasar por ti al mediodía?- dijo Emilio mirándome.

-Claro. Y de nuevo gracias. Ha sido divertido.- dije yo.

.-Hasta mañana Alex.- contestó.

Luego salí. Abrí el portón y saludando a Jeque y Sultán entramos a la casa. Dormí bastante bien, esa noche descansé como hacía tiempo no lo hacía. Sería el alcohol o la compañía... pero no quería pensarlo. Solo disfrutarlo.

Desperté a media mañana. Un buen café y un ibuprofeno eliminaron de mi cuerpo toda la resaca. Me sentía de buen humor y animada. Escribí un par de líneas y hablé con Sara un rato. Se quedó encantada con la idea de las fiestas. Estaba segura de que esas cosas eran las que necesitaba en mi vida...

Aunque yo sabía que tarde o temprano las vacaciones debían de terminar. A las 12 en punto Emilio llegó al cortijo. Tenía muy buen aspecto también, dimos un par de besos de despedida a los guardaespaldas peludos y salimos de allí.

-Mi madre nos ha preparado unos sándwiches, los llevo detrás- dijo Emilio señalando el asiento trasero.

Una cesta de picnic ocupaba casi todo el asiento. Lo que me hizo pensar que haríamos un par de kilómetros.

-¿Dónde vamos?- pregunté.

-No seas ansiosa. Quiero enseñarte algo.- agregó él sin despegar la vista de la carretera.

-Ansiosa es mi segundo nombre. Vamos.... dímelo.- insistí yo.

-No. Y si no insistes, te dejaré que elijas la música.- dijo él.

-Esta bien- dije. Y subí el volumen de la radio, la siguiente hora y media me la pasé cantando y animando el camino, mientras Emilio no paraba de reír, claro yo era su espectáculo, aullando con mis gritos de cantante profesional de ducha.

Hasta que por fin llegamos a Pinar de La Algaida, un parque natural precioso lleno de vida y color en el margen del río Guadalquivir.

-¡Guauuuu! Es precioso- dije pegando mi rostro a la ventanilla.

-Amo este sitio, sus árboles tienen una madera muy noble, llena de vida. Tiene algo mágico, en todas las estaciones puedes visitar el lugar... Aquí se puede ver un centenar de aves distintas.- dijo él señalando hacia delante totalmente absorto.

Este era su Disney World.

Nos bajamos y sentí que el viento helado me congelaba un poco la cara y ya no me pareció tan buena idea la visita.

-Tranquila, comeremos algo en un refugio con vistas al parque- dijo Emilio ofreciéndome una chaqueta mucho mas abrigada, que llevaba en su furgoneta.
-Ya... el lifting gratuito no me viene mal.- dije intentando no perder el buen humor.

Anduvimos unos minutos por allí camino a una pequeña cabaña, con un mirador de cristal que se escondía entre unos pinos. Al acercarnos descubrí que aquel sitio era realmente encantador.

Emilio encendió la chimenea rodeada de sillones en la que justo enfrente una mesa redonda estaba dispuesta casi sobre el mirador y permitía ver todo el parque natural.

-¿De quién es la cabaña? - pregunté.

Emilio, fingió no escuchar y acercándose a la cesta que había traído comenzó a sacar los sándwiches, un poco de mi tarta de chocolate y unos refrescos. Estaba claro que la cabaña era suya.

-Vamos... ¡a comer!- dijo ofreciéndome una silla.

En poco tiempo el ambiente estaba mucho mas cálido, ese hombre si que sabía hacer fuego y era un manitas total. El silencio estaba empezando a molestar nuevamente mientras comíamos hasta que Emilio por suerte se decidió a darme una clase sobre pinos, distintas especies de árboles y de pájaros.

Era un manitas y un friki de los pájaros. Quedó claro. Le apasionaba la naturaleza. Le admiré por eso. Y presté mucha atención a todos los detalles que él me comentaba.

Terminamos de comer y salimos a dar un paseo.

Mientras el viento soplaba a nuestro alrededor, Emilio continuaba su clase de biología y yo estaba encantada, me sentía a gusto y por un instante me recordó a mi padre. Me di cuenta que Emilio era muy parecido a Noah y también a él.

Debí viajar a miles de kilómetros de allí con mis pensamientos y Emilio llamó

mi atención:

-¡Hola!- dijo agitando su mano frente a mi- Ya no seguiré, está prometido... pero ¿qué piensas?- dijo mirando directo a mis ojos.

-Me recuerdas a mi padre.- Dije sin mentir.

-Eso... ¿es bueno o es malo? - dijo él.

-Bueno- dije sonriendo.

-No me cuentas mucho sobre ti- dijo sin mirarme, dándome espacio.

-Tu tampoco.- contraataqué yo.

-Vale, es verdad.- dijo y volvió a mirarme nuevamente para continuar:

-Algún día cuando te sientas cómoda, cuéntame.

-¿Quieres contarme algo?- pregunté, sintiéndome aliviada al no sentir la obligación de contarle sobre mí.

-Dime una cosa antes...¿qué te ha dicho Sara de mí?- comentó Emilio mientras seguíamos por el sendero.

-Emmm... bueno, dijo que estuviste a punto de casarte, pero, que al final eso no sucedió y volviste a Sevilla.- dije sintiéndome algo incómoda por él.

-Me engañó- dijo él cortando el aire.

Sentí náuseas y un dolor infernal que desee con todas mis fuerzas que no se notara, mientras le miraba atónita. Completamente congelada.

Sentí odio por esa mujer y sentí un odio terrible hacía mi.

-Me engañó dos semanas antes de la boda, me lo confesó creyendo que le perdonaría pero no fui capaz.- prosiguió él.

-Cuánto lo lamento, debió ser terrible.- agregué, siendo una hipócrita total.

-Fue hace tiempo ya, desde que volví de Madrid soy mas feliz y ayudar a mis padres me reconforta todos los días, tengo a mis amigos cerca y estoy terminando mi casa en las afueras del pueblo. Es una historia superada.- dijo Emilio con seguridad.

-Gracias por ser sincero conmigo- le dije yo.

-Eres una especie de amiga, así que supongo que eso va incluido...- dijo él quitando importancia.

-¿Una especie?- dije yo fingiendo enfado -Te encanto y lo sabes- agregué en broma.

-Más te encanto yo.- replicó él en una lucha absurda.

Volvimos nuevamente a la cabaña, seguimos hablando y hablando muchas horas más; me comentó que había trabajado unos meses en la construcción de un hotel en Sevilla y yo le conté sobre mi último libro. Nos sentamos alrededor de la chimenea mientras vimos atardecer absortos totalmente en nuestra charla. Cuando se hizo completamente de noche, decidimos abandonar aquel sitio.

Subimos a la furgoneta y volvimos cantando, como dos adolescentes.

Desborde.

Después del paseo de aquel día y luego de saber lo que a Emilio le había sucedido. Volví a imponerme el exilio.

Lo había pasado muy bien, era agradable estar con él. En otras circunstancias me hubiese enamorado perdidamente de él, estaba segura, pero yo estaba rota. Quebrada por dentro. Y lo mejor era pasar el resto de las vacaciones sola. Al fin y al cabo Emilio era un desconocido. *¡un desconocido, joder!*

Y aún así mil pedazos de mí se preguntaban día a día... ¿por qué su opinión me importaba tanto?... ¿qué hubiese pasado si Noah hubiese sabido lo de Marcos? ¿Por qué Marcos seguía llamando todos los días? ¿Por qué mi piel y mi alma, de una manera retorcida, no podían olvidarle? ...y sobre todo, ¿qué pensaría Emilio, si supiera lo que yo fui capaz de hacer?

Aquella pregunta, aunque no me gustaba, quizás si tenía respuesta; si yo no me había perdonado, él tampoco lo haría.

Pasaron tres días en que el pueblo siguió de fiestas y yo sólo vi a Lucio una vez, es más, creo que se acercó a la casa para estar seguro de que Sultán y Jeque no habían devorado mis restos.

En pijama todo el día y con aspecto deplorable pasé las tardes escribiendo, pero mientras más me sumergía en mis pensamientos, más necesitaba escapar. Así que una mañana al despertar simplemente tomé aire; salí de la cama rápidamente, me duché y salí camino hacia el establo.

-¡Hola!- dije a Lucío mientras le sorprendía peinando al semental.

-Buenos días Alex. ¿Se ha recuperado ya?- dijo él.

-Creo que si.- comenté, segura de que Lucio era más astuto de lo que aparentaba y ninguno hablaba de una enfermedad.

- ¿Podría dar una vuelta con él?- dije acercándome al semental.

-Si, acérquese más. Primero vamos a continuar peinando a este loco, le gusta demasiado. Se llama Ramsés.

Me acerqué lentamente, olvidando el miedo pasé el cepillo por el lomo de Ramsés mientras le susurraba su nombre y disfrutaba de su calidez. Le caí bastante bien y pude con la ayuda de Lucío dar un paseo que me sentó de maravilla.

Sentir el aire rodear mi cuerpo fue un alivio para el alma. Hablamos un poco mientras él, montaba a mi lado a Rosita, una de las yeguas. Era un hombre afable, tan manitas como Emilio, y sabía de este campo mas que nadie. Luego del paseo, me invitó a conocer a su familia.

Acepté encantada. Así que sobre las 21 horas siguiendo sus indicaciones llegué a su casa en las afueras del pueblo.

Al golpear la puerta, una hermosa morena abrió la puerta con una gran sonrisa.

-Hola Alex, soy Lola. Adelante...- dijo ella.

-Gracias, tienes una casa preciosa- comenté mirando alrededor.

-Gracias a ti, pasa... los demás están en el salón. - agregó ella.

Le seguí unos metros y allí estaba Lucio con su bebé en brazos y Emilio con mirada expectante. Ambos me miraron y saludaron. Y yo como una idiota me sentí de piedra y sólo pude asentir con la cabeza.

Creo que fue algo incómodo y Lucio, consciente de ello, se acercó para enseñarme a su niña.

-Se llama Isabel.- dijo acercándose aún más.

-Es hermosa- encantada con aquella dulzura de niña, que dormía plácidamente en brazos de su padre.

-¿Puedo cogerla en brazos?

-Claro- afirmó él.

Y así sosteniendo a Isabel en mis brazos me senté en uno de los sillones, Lola contó la odisea del día en que se puso de parto, mientras sentía la mirada de Emilio penetrar mi alma. Después de unos minutos, Lucío tomó de mis brazos a la niña para dejarla en su cuna y nos desplazamos al comedor.

Lola había preparado todo un banquete para nosotros. Lucío y ella se sentaron frente a frente, dejando a Emilio y a mí en la misma situación. Charlamos un buen rato sobre las fiestas y también sobre algunas diabluras que cometían de

pequeños Emilio y Lucío. Aproveché para recordar que un pajarito me había comentado que también robaban limones.

Fue una cena de lo más agradable.

Al terminar insistí en ayudar. Lola se disculpó y se fue a dar el pecho a Isabel, mientras que Lucío la acompañó. Emilio trajo a la cocina todos los platos que comencé a fregar.

Y acercándose dijo:

-¿Cómo estás?

-Bien... he estado escribiendo.- dije intentando parecer despreocupada.

-Alex... ¿he dicho o he hecho algo que te haya molestado? - dijo Emilio directamente.

Y volví a sentirme fatal.

-No, no. Sólo he estado escribiendo y hoy he montado a Ramsés.

-Le has caído bien.- dijo relajándose un poco.

Para evitar la conversación personal y como siempre hago cuando me siento algo incómoda, me incliné hacia el humor y con mis manos llenas de agua le refregué por la cara una buena dosis de agua calentita.

-Ahora callado, que debo fregar. - dije intentando contener la risa.

-No sabes con quién te has metido.- dijo secando su rostro y más serio de lo habitual.

-¡Qué gruñón!- dije de manera angelical.

-Esta... me la pagas.- dijo acercándose a mi, dando golpecitos con su dedo índice en mi nariz en señal de advertencia.

-¡Shhh....! Intentan dormir a Isabel.

-¿Quieres tomar una copa en mi casa? - dijo sin rodeos.

¿Qué? Esa invitación me parecía algo mas personal, quería ir, conocer su casa, pero estaba asustada y nerviosa.

-Alex...-dijo él insistiendo.

-Es que no se si será buena idea... - dije intentando calmar mis nervios.

-No voy a matarte para luego cortarte en pedacitos.- dijo Emilio en broma.
-No, no es eso...- dije viendo en sus ojos la decepción.

Sin decir nada, Emilio se acercó aún más y miró directo a mis ojos, investigando. Buscando una razón coherente.

-Vale, está bien - me oí decir, intentando calmar la urgencia de su mirada. *¡Ahí voy otra vez...Intentando complacer a todo el mundo!*

Después de terminar de limpiar, nos despedimos de Lucio y de Lola y nos fuimos con mi coche hacía su casa.

Resultó que no vivía mucho más lejos de allí. Su casa no se veía desde el camino principal, para acceder a ella pasamos un pequeño puente por el que un arroyo cruzaba debajo y varios árboles decoraban la entrada del pequeño cortijo. *No me sorprendía aquello, llevaba en mi coche a ¡Don naturaleza!*

El cortijo se llamaba María, como su madre. Un lindo detalle, pensé. A un costado de la entrada descansaban algunas máquinas de construcción que me recordaron que todavía no estaba terminada.

Me indicó donde aparcar y bajamos del coche.

-¡Bienvenida!- dijo él haciendo una reverencia en la puerta de entrada.
-Gracioso.- dije con sorna.

Entramos a un salón rústico precioso, mientras Emilio encendía la chimenea, tarea en la que era muy hábil, aproveché y di una mirada por el lugar.

Definitivamente tenía buen gusto, su vena de decorador se había plasmado en cada rincón y el ambiente era agradable. Un poco de música, una melodía suave como blues sonaba despacio y llenaba la habitación.

Emilio me miraba desde el otro extremo, esperando alguna reacción.

-Es increíble lo que has conseguido aquí- dije por fin, rompiendo el hielo.
-Ha sido un trabajo duro.- aclaró él.

-Puedes sentirte orgulloso.- dije mientras me acercaba al fuego de la chimenea y calentaba mis manos.

-¿Qué prefieres tomar? - dijo detrás de mi.

-No lo se. Lo que tomes tú.- contesté y cuando giré ya había salido de la

habitación.

Me senté en el sofá, poniéndome cómoda. Intenté relajar mis hombros dejándome llevar por la música. Quería pasar un buen momento y me sentía bien con él. Aunque no le contara mi atormentado pasado, me agradaba su compañía. Tenía claro que no quería un romance y aunque era difícil resistirse... esa vez estaba decidida a ser mas fuerte que mis deseos. *¿No?*

Apareció frente a mi con un fresco vino blanco, servido en dos grandes copas de cristal, era un hombre atractivo, un moreno cachas en toda regla y se veía bastante sexy esa noche. Se sentó junto a mi y en ese momento sentí el aire denso y pesado. Mi corazón agitado y mi boca seca agradecieron el sorbo que di al vino, mientras Emilio no despegaba la vista de mí.

-¿Qué estás escribiendo ahora? - comentó él.

-Intento comenzar un nuevo libro. Esta vez quiero cambiar de género.- dije intentando ser adulta y mantener la conversación.

-¿Y qué quieres escribir?- preguntó.

-Una novela policial, quizás. Estoy analizando las posibilidades. - dije.

-Intriga eh...- dijo animado.

-Si...- dije sonriendo. - Me gusta el vino.- comenté.

-Quiero decirte algo... pero creo que si te lo digo, pasarás el resto de los días que estés en el cortijo, encerrada.- declaró Emilio.

-Soy como el fantasma de la ópera- dije en broma.
Pero no pareció hacerle mucha gracia.

-Me gustas.- soltó. -Se que puedo parecer un psicópata porque recién nos conocemos, pero me gustas.

- Y tu a mi- dije sinceramente. Sabiendo que ahora tendría que hablar más de lo que quería. Y que este hombre definitivamente era una persona sincera y directa. *No como yo, una mentirosa neurótica.*

-Es bueno saberlo.- dijo sonriente.

-Pero no puedo ser mas que tu amiga.... yo... estoy vacía. Tampoco me interesan los rollos de una noche...no puedo darte más que mi amistad.-le dije intentando ser sincera y sintiéndome bastante triste.

-Lo entiendo.- dijo retrocediendo un poco.- Sabré esperar.- y sonrió. Le sonreí también y me dolió el alma saber que ese esperar podría suponer demasiado tiempo.

-¿Por qué no me muestras un poco la casa? - dije para cambiar de tema.

-Claro... sí.- dijo Emilio invitándome con su mano a levantarme.

Avanzamos hacia el salón y luego hasta la cocina, me enseñó el aseo de la planta baja y luego subimos a la siguiente planta.

Arriba, solo tenía terminada una habitación con baño, que parecía ser la suya, elegante y sencilla como él y las otras tres aún estaban en reforma. Era evidente que había dedicado mucho trabajo en esa casa y que seguía en ello. Tenía buen gusto y cómo había trabajado la madera en todo aquel sitio era admirable.

Cuando volvimos a bajar y casi ya no habían mas detalles de la casa que comentar, otra vez el silencio comenzó apoderarse de la situación. Nos gustábamos. Y la tensión entre nosotros casi podía palpase. Era cada vez más evidente.

Emilio se acercó lentamente, quedando frente a frente con la suave luz de la chimenea, mirándonos. Y antes de que la situación me desbordara emocionalmente, rápidamente le dí un beso en la mejilla y me alejé aún más rápido hacia la puerta.

-Debo irme- dije casi en un susurro.

Y Emilio sonrió. Dejándome huir.

Conduje de prisa hasta el cortijo mientras mis lágrimas inundaban mi rostro, como hacía mucho no lo hacía, lloré. Lloré un buen rato dentro de mi coche aparcada en la entrada, inmóvil.

¿Qué pasaba conmigo? Me hacía daño, me torturaba a mi misma, me llevaba al extremo. Era incapaz de pensar las cosas. No podía dejar ir a Noah en mi

corazón siempre estaba él, pero tampoco podía olvidar a Marcos, y pensaba en él y en cada caricia suya a cada segundo... Y ahora cuando se suponía que pasaría unas vacaciones alejada de todo lo que me torturaba, aparecía Emilio, un hombre atento y sencillo, dispuesto a reparar cada rincón de mi. ¡Cuanto necesitaba una charla con el doctor Álvarez! ¡Cuanto deseaba por un minuto ser otra persona!

Cuando logré salir del coche helada de frío y con los ojos hinchados, Jeque y Sultán me recibieron con alegría en casa. Me acurruqué con ellos en la cama y dejé que el sueño me arrastrara y me hiciera desaparecer.

Confesión.

Desperté cerca del mediodía cuando Jeque me dió un buen lengüetazo en toda la cara y Sultán miraba ansioso desde el otro extremo deseando que les abriera alguna puerta para salir a lo que parecía un día soleado.

Con desgana les abrí la puerta de la cocina mientras me tomaba un café, sentí que a lo lejos sonaba mi móvil y corrí hacia la habitación, Sara estaba llamando, rápidamente atendí;

-¿Se puede saber por qué desapareces continuamente? No me hace ninguna gracia que desaparezcas- dijo con enfado.

Era la hora del sermón. Tomando aire me preparé...

-Lo siento, he estado paseando y conociendo a un guapo semental- dije intentando calmarle.

-¿Qué dices?- Agregó Sara.

-Ramsés.

-Así que ha dejado que lo montes... ¡bien por ti cariño!.- Su tono se había suavizado y ya era la mujer de siempre.

-De verdad lo siento, he guardado en un cajón el móvil, lo necesitaba. Pero prometo llevarlo conmigo de ahora en adelante.- insistí.

-Esta bien. Cuéntame, cómo estas.

-Bien, estoy escribiendo y mi cabeza sigue siendo un lío, pero estoy bien.- mentí.

-Bueno... tengo que dejarte. Me llaman por la otra línea. ¡Pero no olvides el móvil!- gritó desde el otro lado.

-Si....si....

Y colgó. Revisando el móvil, borré todas las llamadas perdidas de ella y por supuesto también las de Marcos. Si iba a llevar el aparato conmigo no quería tener el insistente aviso en la pantalla.

Por la tarde, con el móvil en el bolsillo, un poco aburrida decidí dar un paseo por el pueblo, lo recorrí caminado lentamente y prestando atención a cada una de sus calles, dejando la mente en blanco.

Al pasar por la posada, decidí entrar a saludar.

María me recibió tan sonriente como siempre y después de darme dos besos, nos sentamos juntas alrededor de la mesa, estuvimos solas en la cocina un buen rato y aquella intimidad dio lugar a que pudiésemos charlar de manera mas personal.

-Dime, Alex... ¿qué hace una mujer tan guapa como tu sola en esa enorme casa? dijo directamente.

Su pregunta no tenía malicia alguna y seguramente su intención era solo conocernos un poco mas, pero claro... lo de las preguntas personales no eran mi fuerte.

-Estoy de vacaciones.- dije con una sonrisa que no me creí ni yo. -Soy escritora... estoy aprovechando estar aquí para escribir- comenté intentando sonar convincente.

-No quiero inmiscuirme cariño, pero... como ahora eres amiga de Emilio, seguramente te habrá contado lo que le sucedió.- dijo hablando bajito.

-Si, me ha contado.- dije intentando que la conversación terminara allí.

-Lo pasó tan mal, sufrimos tanto todos al verle. Ahora ha renacido y es feliz... Hemos vuelto a ser una familia.- dijo ella con ilusión.

-Está contento de estar aquí.- agregué.

En ese momento apareció por allí Emilio, levantando una ceja en señal de disgusto.

-Hola....- dije poniéndome de pie.

-Hola.- dijo tajante. Y salió de allí.

María siguió con sus tareas, no sin antes decirme que de vez en cuando era un gruñón y que no le diera importancia. Mientras que yo... fui tras él. Lo encontré en el cuarto que reparaba hace unos días, esta vez no había música y él llevaba mas ropa puesta, pero todo parecía más o menos similar.

-Hey...- dije desde la puerta.

Pero no contestó. Pero que gruñón era... ¡ni que lo hubiésemos estado poniendo verde!

Me acerqué aún más hasta quedar a su lado.

-¿Sabes? he venido en son de paz.

-No me gusta que hables de mi con mi madre.- dijo.

Y me sentí bastante ofendida. ¿Quién se creía que era? Podía guardarse esa mala leche, bien adentro.

-Idiota. - dije totalmente ofuscada y salí de ahí.

Salí de la habitación, de la posada y también del pueblo. Pero del mundo no pude salir, así que me fui a la bañera en cuanto llegué y dejé que el agua calmara mis sentidos. Con todos los problemas que tenía y con la mierda que ya me sentía, don naturaleza, que de paz no tenía ni un pelo, creía que yo hablaba de él a sus espaldas. ¡Idiota!

Un rato después media dormida, me puse el pijama y bajé a la cocina, me preparé un humeante café con leche y me dispuse a disfrutarlo en el sillón mientras miraba algo en la televisión.

Eran apenas las 21 horas pero para mi, el día ya había sido lo suficientemente largo como para estar un poco adormilada.

Golpearon la puerta horas después, mientras Jeque y Sultán lloraban y agitaban sus colitas de alegría mirando la puerta. Como pude me levanté y al abrir, Emilio apoyado en el marco de la puerta miraba sin decir nada.

Nos miramos sin decir palabra un momento, hasta que decidí dar el primer paso;

-¿Vas a quedarte ahí fuera para congelarte?- dije dejando la puerta abierta y volviendo al sillón en una invitación explícita.

Entró y se sentó a mi lado, yo seguía sin mirarle, aún me sentía ofendida. Con mi evidente mal humor, no tuvo alternativa mas que plantear la conversación y dijo;

-Lo siento Alex, de verdad. Me mata que conozcas mis debilidades. Yo continué sin decir palabra, así que él continuó;

-Se tan poco de ti y tu sabes tantas cosas de mi que...me asusta. Me dices que sólo puedes ser mi amiga pero no compartes tu amistad conmigo... y me tienes perdido.

Le miré y vi en sus ojos, que realmente estaba creando caos en su vida, junté todo el valor que pude y decidí por primera vez en meses, ser sincera y abrir mi corazón.

-Yo intento alejarte de mi... sin lograrlo, ya ves- dije intentando parecer despreocupada y proseguí. -No quiero que conozcas mucho más de mi, porque quizás cuando sepas quién soy, lo que he vivido... ya no me mires de la misma manera...

-Tienes que dejarme entrar- suplicó él, sujetando mi mano. Expectante. Tomé aire y relaté:

-Mi marido murió hace unos meses en un accidente de avión cuando volvía de Nueva York. Nuestra relación llevaba tiempo deteriorada, no quería verlo pero así era, aun así nos llevábamos bien, Noah era mi pilar y mi compañero. Era mi familia. Unos días antes del accidente, estando él de viaje, tuve una aventura con otro hombre.

Mis ojos llenos de lágrimas nuevamente, le miraban directo a los ojos. Suplicando en silencio.

-No pude volver a ver a mi marido, lo perdí, perdí todo aquello que me sostenía, no he vuelto a ver a la persona con la que tuve ese romance y tampoco volví a ver a Noah.- Proseguí;

-Y es por eso que estoy aquí, Sara me ofreció pasar unas vacaciones aquí, para no terminar suicidándome una noche, básicamente. Emilio había permanecido en completo silencio durante toda mi declaración ni un músculo de su cuerpo se movió, mientras que yo me sentía aterrada.

-Tienes que decir algo...- dije suplicante.

-Estoy... sorprendido.- dijo casi en un susurro.

-Cuando me contaste lo que te había pasado a ti... yo...- Las lágrimas caían y

caían llegando a mi cuello.

En ese momento, Emilio tuvo en acto sincero y desinteresado que llegó a mi corazón. Acercándose lentamente, me abrazó. Y en su hombro sollocé un rato, hasta quedar profundamente dormida.

Desperté con el estrepitoso ruido de ollas caer al suelo. Un poco sobresaltada. Estaba en pijama, en la cama. No recordaba cómo había llegado hasta allí, ni a cuando Emilio se había ido.

Asustada por el ruido bajé hasta la cocina, y sorprendí a Emilio intentando preparar lo que parecía ser el desayuno.

Se había quedado.

No se había ido... de alguna manera había conseguido llevarme a la cama. Y ahora ahí estaba... a pesar de todo.

-Hola...- dijo sonriendo al verme.

-Hola.-susurré desde la puerta.

-Estoy haciendo tostadas. ¿Quieres café?- preguntó.

-Si, claro.- dije y tomé asiento frente a él.

Me sentía algo mas tranquila y más aún viéndole allí.

Sirvió el café y las tostadas mientras solo le miraba, se sentó frente a mí ofreciendo la taza humeante, sin decir palabra.

-Gracias, gracias por quedarte; por el desayuno; gracias por escuchar... gracias por no salir corriendo de aquí. Otra vez gracias. - dije explotando.

-Alex, tranquila...- dijo él levantando su mano.

- Es que no puedo callarme. ¿Qué pasa conmigo? - dije en voz alta.

-No te preocupes por mi, ¿si?- aclaró.

-Vamos a desayunar..

Y supe que eso sería lo último que hablaríamos de ese tema en el día.

Un beso y el olvido.

Desayunamos y Emilio se marchó, antes le invité a cenar. Y aceptó ofreciendo traer el vino.

Definitivamente sentía un peso menos en mis hombros, contarle lo que había sucedido y que aun así se hubiese quedado, suponía cada vez más admiración por mi parte. Él era un hombre sincero y honesto, capaz de dar paz a mis tormentos, al menos en ese momento.

Estaba animada y también ilusionada, iba sorprenderle con mis dones culinarios. Pasé la tarde cocinando y arreglando la casa. Preparé pollo asado relleno acompañado de patatas y verduras; una tabla de quesos variados, jamón ibérico y de postre mi famoso tiramisú.

Después de recoger mi cabello en un moño alto y de ponerme un vestido negro ceñido; y mis botas a juego, bajé al salón y puse un poco de música de mi reproductor; Norah Jones, me parecía una caricia para el alma.

A las 22, Emilio tocó la puerta de casa.

Se veía muy bien, tenía buen aspecto y parecía relajado, llevaba un camisa a cuadros y parecía un auténtico leñador. Sonreía abiertamente y parecía tan animado como yo. Era como si no hubiese barreras entre nosotros. Y nos conociéramos de toda la vida.

-Traje el vino que probaste en mi casa.- dijo llenando las copas que ya esperaban en la mesa lista.

-Gracias, me gustó mucho. Espero que te guste lo que he preparado.- dije ofreciendo la silla para que se sentara.

Le dejé en el comedor y llevé los entrantes y el pollo.

Su mirada le delató, aquello le gustaba. Y yo no podía dejar de sonreír.

-Es un banquete extraordinario, ¿no has pensado en escribir un libro de cocina?preguntó mientras le servía.

-La verdad es que no.

-Seguro ganarías mucho dinero con ello, esto esta delicioso....- dijo mientras engullía un poco de pollo.

-Me gusta más el vino.- dije guiñando un ojo.

-Estas hermosa...- dijo Emilio, mientras casi escupo el vino.

Estaba nerviosa. Y ahora se notaba. *¡Maldición!*

-Tú también.

-Alex, si fueses capaz de entender por un momento lo bella y fuerte que eres...

-No lo creas. Soy un poco monstruo. Ya vez que las cosas no me han ido muy bien.- dije yo bebiendo mas vino.

-Lo que creo es que debes dejar de hacerte daño.- mirando a mis ojos dijo. - Yo no soy juez Alex, no voy a juzgarte. Soy tu amigo- dijo entonando con énfasis esto último.

Levantando una ceja me quedé poco satisfecha con su argumento, seguro habría algo mas, pero él no lo decía.

La cena siguió cordialmente y hablamos de otras cosas, reímos tanto que hasta me costaba comer el postre. Lo pasamos bien.

Después de atacar el tiramisú, llevamos lo poco que quedaba de vino al salón. Cuando dejé las copas sobre la mesilla baja, Emilio tomó mis manos y mirándome comenzamos a bailar muy lentamente. Sonaba; **"Come away with me."** Todo a nuestro alrededor desapareció y mientras sonreíamos y nos dejábamos llevar por la música, nuestros cuerpos estuvieron cada vez más y más juntos.

Él bajando su mirada posó sus labios tiernamente sobre los míos y respondí su cálido beso, disfrutando de su dulzura. Le dejé saborearme y me gustó. Fue sensual... intenso.

Después del beso seguimos bailando un poco más, sin hablar. Intentando leer la mente del otro, preguntándonos en silencio, qué era aquello.

Era una sensación intensa, Marcos también era prácticamente un extraño; tambien me unía una gran atracción, aun así Emilio que también lo era la conexión era distinta quizás hasta mas profunda. Más sensata.

Mi traicionera mente, me recordó todo lo que había vivido en los últimos meses. Recordé a Marcos, y también a Noah. Y mi corazón dió un vuelco. Con la respiración acelerada, me quedé paralizada.

Emilio me miraba sin dejar de analizar cada pulsación y en su inmensa comprensión fue capaz de hacerme sentir mejor. Nos sentamos en el sillón y comenzamos a charlar distendiendo el ambiente. Relajándome.

Pasada la medianoche nos despedimos en la puerta, se acercó despacio y dejó en mis labios un suave y casto beso de despedida. Le saludé luego desde la puerta y cuando se marchó, me apoyé sobre ella intentando vaciar mi mente de todo aquello y de toda mi vida en general.

Recogí el salón, la cocina y me fui a la cama. Había sido un día agotador. Por un lado me aterraba la idea de involucrarme sentimentalmente con Emilio, poder hacerle daño me asustaba. Por otro lado, estaba Marcos y con él aunque todo me parecía difícil y casi imposible todavía soñaba con cada milímetro de su ser todos los días. Recibía al menos una llamada suya diaria y se comenzaba a tornar insoportable para mí huir de él. En otro lado de toda esa situación burda y retorcida, recordaba con dolor a Noah... y a nuestra vida juntos, nuestras charlas, nuestra casa...

Las vacaciones no eran precisamente como yo esperaba. Definitivamente nada, era como yo esperaba.

Desperté al mediodía, había tardado mucho en dormirme unos intensos ojos grises asaltaban mis sueños y estuve inquieta casi toda la noche por ello. Después de darme un baño y de tomar un café decidí salir a dar una vuelta con Ramsés.

Pasé el día paseando por la finca, al atardecer decidí entrar al cortijo a comer algo. Mis tripas empezaban a rugir.

Me acomodé en el sillón acurrucándome con las mantas mientras merendaba un poco de tiramisú. Con el ordenador sobre mis piernas, me propuse revisar los correos electrónicos de hacía al menos 3 días, encontré uno de Marcos;

Por favor, necesito que contestes a mis llamadas. Necesito hablar contigo.

Estoy en Sevilla. Tengo la esperanza de verte.

Yo necesito... saber de ti.

Aquí estaré.

M.

Lo borré y seguí con lo mío sin lograr concentrarme por supuesto. Mi pensamientos ya estaban muy lejos de allí.

El móvil comenzó a sonar. Marcos llamaba. Era la hora en que solía a hacerlo todos los días.

Le atendí, después de debatir unos segundos conmigo misma, creí que de alguna manera su urgencia era también la mía.

- Alex...Alex. - oí que decía con insistencia.

-Hola- susurré.

-¿Todavía estás en Sevilla?

-Si. Pero ya te he dicho que no es buena idea vernos.- aclaré.

-¿Puedo visitarte?... sólo para hablar un poco. - dijo en súplica, ignorando por completo mi negación.

-No lo sé, no es buena idea.- dije intentando sonar convencida.

-Pienso en ti todos los días. Y se que también piensas en mi. Deja que me acerque Alex...- dijo totalmente seguro.

- Tengo que colgar.- añadí.

-No ¡espera maldición! ¡deja de huir!- gritó desde el otro lado.

Y colgué.

Sólo había conseguido enojarlo. Sacarlo de si. Era un idiota.

Si, yo era una idiota total.

El móvil volvió a sonar, distrayéndome de ello. Estaba vez era Emilio quién llamaba.

-¡Hola preciosa! - dijo con buen humor.

-¡Hola precioso!

-Mañana tengo que ir a Sevilla, tengo una gala la noche siguiente en el centro de convenciones. Pensé que quizás te gustaría acompañarme...- dijo él.

-Me pillas de sorpresa...-dije intentando decidir.

-¡Vamos! será aburrida y tediosa. Necesito una amiga conmigo... además tengo un piso allí, podemos quedarnos y podemos también recorrer la ciudad por el día...- insistió.

- Esta bien, vale... me apunto.

-¡Genial! Pasaré por ti a las 10. Hasta mañana preciosa.- dijo alegre.

-Adiós precioso.

Quizás salir un poco me sentara bien. Necesitaba distraerme.

Esa noche Marcos apareció en mis sueños, le vi en mi cama.

Le soñé durmiendo desnudo de espaldas a mí, mientras le acariciaba sus hombros y oía su respiración yo le decía; Olvidame para que te olvide...lo repetí varias veces y luego desperté, agitada y totalmente empapada en sudor sintiendo un fuego recorrer mi cuerpo y mi alma.

Me dí una ducha, preparé mi maleta, llame a Lucio para avisarle que estaría fuera, desayuné y a las 10 y unos minutos Emilio llegó a buscarme.

El ático.

El camino a Sevilla se hizo bastante corto, no dejé de admirar sus paisajes en el camino mientras conversábamos animadamente.

Muy cerca de la catedral, aparcamos y entramos a un edificio bastante antiguo en muy buenas condiciones donde Emilio tenía su piso. El ático con vistas a la catedral era muy bonito y entre la decoración industrial y rustica, cómo todo aquello que venía de él, encontré su impronta. Definitivamente ese hombre dejaba huellas en todo lo que tocaba y en muy buen sentido.

Distinto al mío, estaba claro.

Emilio me dio un corto paseo por el interior, tenía dos habitaciones con baño, aseo, cocina, salón y una enorme terraza que destacaba no sólo por sus vistas, sino también por la disposición en que todo aquello se encontraba, tenía una chimenea de jardín y amplios sillones , además de una barra de bar, una barbacoa y algunas plantas.

Dejé mi maleta en el cuarto y respiré con alivio al darme de cuenta de que no habíamos hablado de ello, pero no estaba claro si dormiríamos en la misma habitación. Era algo que no quería pensar. Por suerte Emilio, que era mucho mas sensato que yo, no había comentado nada. Pues sabía que para mi era un paso por así decirlo.... difícil.

Olvidando el tema, tomé mi bolso con mi cámara de fotos y bajamos a pasear. Caminamos por las callejuelas más concurridas y también por las mas perdidas de la ciudad, Emilio fue un excelente guía turístico, así que le invité a comer. Después de pasear, de admirar su catedral, degustar sus delicias culinarias y hacernos varias fotos recorrimos el camino al ático por la orilla del Guadalquivir.

-Dime una cosa, ¿de qué se trata lo de mañana?- dije.

-Es una reunión anual de arquitectos, diseñadores de interiores, fotógrafos y parte de la alta sociedad de Sevilla, se presentan futuros proyectos para grandes empresas, entre ellas la construcción del edificio del que estuve a cargo el año pasado ¡una plasta total! - dijo él con desagrado.

-¿Eres parte de uno de los proyectos y no habías dicho nada? Eso seguro es importante...- le dije consternada.

-Me importa el trabajo en si, no el reconocimiento Alex... no se me da bien lo de ser el centro de atención- dijo quitando importancia, mientras levantaba sus hombros.

-Pues, si voy con uno de los agasajados... tendré que ponerme de punta en blanco.- agregué yo.

-Me gusta que seas mi acompañante, si vas de "punta en blanco" pasaré desapercibido... todas las miradas estarán puestas en ti.- aclaró mirándome. Aunque quisiera sonar gracioso no fue así. Fue tierno y me hizo sentir bien, aunque solo fuese una tontería.

Le sonreí abiertamente y seguimos caminando. Al llegar al ático, como era de noche ya, Emilio encendió la chimenea de la terraza, se puso un delantal con el que se veía bastante gracioso y me invitó a salir para ayudarle hacer una pequeña barbacoa para dos.

Abrigada, con una enorme chaqueta suya salí a la terraza con dos copas de vino y me puse a su lado para controlar todo el proceso, mientras me contaba sobre el ático;

-Compré el ático hace varios años, el sitio se caía a pedazos, pero para mi tenía algo especial ¿Sabes? mis padres y mi novia de aquel entonces me dijeron que era una locura que invirtiera mis primeros ingresos después de la facultad aquí...comentó.

-Es muy agradable.- le dije observando el sitio y bebiendo un poco de vino.

-Invertí en él mucho tiempo, esfuerzo y dinero. Pero al final ha quedado como yo deseaba, a sido paso a paso, lentamente...- dijo acercándose a mi.

-¿Seguimos hablando del ático? - dije entrecerrando los ojos y alejándome un poco.

-¿Tu qué crees? - replicó él alejándose y continuando con su tarea.

-Creo que iré por mas vino.- y salí de allí rápidamente, mientras oía que Emilio reía.

Cenamos casi en silencio. Estábamos tan cansados que la cena y el vino nos dejaron como zombies. Al terminar de fregar, después de despedirnos en el pasillo, Emilio se retiró a su habitación a ducharse y a dormir; y yo me dispuse hacer exactamente lo mismo.

El día viernes por la mañana, me levanté temprano y salí del ático prácticamente a hurtadillas, necesitaba compararme un vestido nuevo y quería comprarlo sola. Le dejé a Emilio una nota sobre la encimera, justo al lado de la cafetera. Lo vería poco después de despertar, estaba segura. Era un adicto al café, igual que yo.

Recorrí algunas tiendas y cuando estaba por darme por vencida, encontré el vestido perfecto. Largo, de color negro y de satén, bastante sexy... al tener cuello alto y mangas largas daba una delicadeza formal y sobria, acorde con la velada. Salí de la tienda totalmente entusiasmada y absorta en mis pensamientos, me puse las gafas de sol otra vez y cuando comenzaba a caminar por la acera oí que gritaban mi nombre.

Giré para dar con la persona que me llamaba y ahí estaba él.

El vestido.

Marcos agitaba su mano y se acercaba a grandes pasos hacía mi. En dos segundos estaba frente a mí. Tan hermoso y sexy como siempre, llevando unos jeans y camisa celeste.

Yo estaba de piedra, totalmente congelada.

-Alex...- dijo abrazándome.

-Hoo...hola...- dije yo, sin poder creerme aquello, respirando su agradable aroma.

-¿Qué haces aquí? agregué alejándome un poco.

-Estoy visitando a mi hija y a mi madre... ¿qué haces tu aquí? - dijo él, observándome con atención.

-Ya sabes... necesitaba distancia.

-¿Puedo invitarte un café?... sólo uno- agregó- viendo la duda en mis ojos.

-Esta bien. Crucemos- dije señalando el bar que teníamos frente a nosotros.

Nos sentamos e intenté ocultar la bolsa con el vestido detrás de mí, definitivamente no iba a contarle de la cena, ni de Emilio. No me parecía oportuno para nada.

Nos trajeron dos cortados y Marcos inició la charla;

-No comes bien... has bajado de peso.- dijo serio.

-Por favor... eso no viene a cuento ahora. - dije de mal humor. Evidentemente seguía siendo tan mandón como siempre.

-¿Por qué no contestas mis llamadas o mis correos? - dijo directamente.

-Necesito distancia, tienes que entenderlo...

-Pero... yo quería hablarte, al menos tomar un café como ahora... podría solo escucharte, solo eso...si me dejaras.

-No lo se, no es buena idea, nosotros no somos amigos.- repliqué.

-Pero podríamos.

-Tengo suficientes amigos ya... - dije recordando al que había dejado durmiendo en el ático.

-Lo siento mucho Alex, siento que hayas tenido que perder a tu marido y lo digo de verdad, sin ser hipócrita.- dijo él mientras tomaba mi mano.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante y el dolor en el pecho de siempre me inundó por completo. Tenía que escapar de él, de sus ojos. De su abrumador perfume, de su piel. Me estaba quemando por dentro, necesitaba escapar.

-Me tengo que ir.- dije seriamente intentando mantener la compostura, mientras me ponía de pie.

Marcos tiró levemente de mi, sin dejar de mirarme, suplicando con sus hermosos ojos grises.

Me sentí tan débil, que elegí una vez mas, mentir para escapar de allí.

-Me pensaré lo de ser amigos. ¿Si?- dije mientras me soltaba de él e intentaba sonreír.

-Estaré esperando.- dijo sonriendo.

Y fue lo último que vi ya que salí de la cafetería como alma que lleva el diablo.

Caminé hacia el ático, con la cabeza llena de pensamientos, llena de recuerdos y totalmente absorta de todo, en pocos minutos ya estaba en la puerta. Tomé una bocanada de aire profundamente y entré.

Emilio trabajaba en un pequeño discurso que daría al terminar la velada, se le veía totalmente concentrado frente a su ordenador, así que después de saludarnos, guardé el vestido y me fui a la bañera.

Un relajante baño me sentaría muy bien después del estrés. Dejé escapar de mi la tensión y mi mente voló. Noah, Marcos y Emilio. Noah, Marcos y Emilio. Y otra vez a empezar. Era como la historia sin fin e iba a necesitar dar mucho de mi para finalizarla.

Unos suaves golpes en la puerta me distrajeron por completo al cabo de unos

minutos, Emilio estaba del otro lado;

-Alex, he terminado, cuando quieras bajamos a comer.- dijo.

-Vale, ahora salgo..- grité poniéndome de pie con cuidado.

-¿Necesitas ayuda? - dijo él muy pícaro.

-Estoy muy bien. Gracias. - dije sonriendo.

Sequé mi cabello, me vestí y bajamos. Después de dar un paseo nos sentamos a comer cerca de casa.

-Estas algo distraída...- dijo Emilio mirándome con mucha atención.

-No... sólo tengo un poco de sueño.- dije intentando disimular.

-¿Segura? Es que, no lo sé Alex pareces la misma mujer que vi hace ya algunas semanas.- agregó.

-¿Que quieres decir?- pregunté.

-Pareces ausente.- dijo precipitadamente.

-Lo siento... a veces me pierdo en mis pensamientos. Pero te prometo que después de una siesta estaré lista para esta noche- dije intentando animarnos.

Y así fue, después de la siesta, me tomé mi tiempo para agasajar mi cuerpo. Con un poco de música en la habitación y dándole espacio a Emilio, me encerré en el cuarto. Dedicué atención a cada una de las tareas, cepille mi cabello y lo alisé, recogéndolo por un costado. Me apliqué crema humectante en mis piernas y brazos; y me puse un lindo sujetador negro de encaje con la tanga a juego. Luego maquillé mi rostro y apliqué un poco de perfume en mi cuello.

Me puse los tacones y me paré frente al espejo. Me veía bien, me costaba reconocer a la mujer del espejo, pero era yo. Por momentos parecía que me comería el mundo y por momentos me sentía indefensa y sola.

Soltando un largo suspiro, me puse el largo vestido que se ceñía a mis curvas perfectamente y con el pequeño bolso negro de piedras brillantes salí de la habitación.

Emilio estaba de espaldas a mi, sirviendo dos copas de vino en la barra junto

a la cocina. Vestía un esmoquin negro que le sentaba muy bien. Él sí que lucía realmente sexy.

Aclaré mi garganta, para verle girar. Estaba muy guapo esa noche.

-Estas hermosa...- dijo acercándose a mí. Me dió un beso en la mejilla, luego me ofreció una de las copas.

-Estas... bueno, estas muy bien con ese traje- dije sonriendo, algo avergonzada por mi cumplido.

-Brindo por ti Alex... ¡estas radiante!.- dijo chocando suavemente nuestras copas.

-Y yo por tí.-dije sonriendo.

Cuando llegamos al centro de convenciones, esculturas de hierro adornaban la entrada y coches de lujo llenaban el aparcamiento. Había mucha gente en la entrada. Nos recibieron nada más pasar las puertas dos hombres vestidos de etiqueta también, Emilio me los presentó como; el señor Vonderheide y el señor Kahufman. Dos inversionistas alemanes para los que había trabajado. Estuvimos rodeados de un gran grupo de gente que se acercaba a saludar a Emilio, y a los que él me presentaba. Exhausta de saludar gente, le susurré al oído a Emilio que iría a buscar algo para beber a la barra y me alejé sigilosamente de allí. Para no gustarle ser el centro de atención se le veía bastante bien y animado, hablaba de su trabajo y era evidente que aquello le apasionaba.

Esperaba en la barra que me atendieran, cuando el camarero dejó justo a mi lado un margarita. Le miré sorprendida y respondió;

-Lo ha pedido para usted el caballero del otro extremo- dijo señalando. Me estiré un poco para ver al desconocido, pero no vi a nadie. Hasta que apareció a mi lado nuevamente él.

Otra vez él.

Marcos lucía un traje negro impoluto y me miraba seriamente.

No decía ni una palabra, ni yo. Que estaba petrificada.

-¿Qué haces aquí?- dije rompiendo el silencio entre nosotros.

-Soy parte del equipo inversor.- dijo mirándome intensamente.

- Oh...- pude articular.

-No voy a preguntar qué haces aquí, porque ya te he visto acompañada.- dijo

dirigiendo su vista al gran salón.

-Si, si. He venido con un amigo.- dije intentando quitar importancia.

-Pensé que ya tenías demasiados amigos.- dijo mirándome nuevamente muy seriamente.

Me quedé muda con aquello. En la red que había tejido con omisiones y mentiras estaba enredada y pérdida. Verle allí, me había dejado fuera de combate totalmente. Estaba por contestar algo... aunque solo fuese un balbuceo, cuando de repente apareció Emilio.

-Te habías perdido.- dijo depositando un suave beso en mi mejilla.

Marcos le dio una mirada cruel y muy seria. Mientras yo totalmente ruborizada por aquello, me alejé un poco y sonreí sin muchas ganas.

-Emilio, este es Marcos Schweinsteiger, uno de los reporteros gráficos que trabaja en la editorial... parte del equipo inversor.- dije señalando hacia él.

-Él es Emilio Fuentes Laserna, arquitecto jefe de uno de los proyectos.- agregué. Y ambos sin mucha simpatía se dieron la mano.

El desagrado de Marcos era evidente para mi, rompiendo la incomodidad del momento dijo Emilio;

-Un placer conocerle...

-Lo mismo digo, si me disculpan...- agregó Marcos y se marchó de allí con una sonrisa de lado.

-¿Te apetece un margarita? dije yo, intentado sonar despreocupada.

-Si, claro.- dijo un poco confundido Emilio.

-¿Sabías que tu amigo es parte del grupo inversor para el que trabajo?- me preguntó.

-No tenía idea hasta que le he visto aquí.- agregué tajante.

Estaba claro que aquello había sido raro para todos. Bebimos nuestras copas y al cabo de unos minutos comenzó a sonar música en el salón. En el centro la gente comenzaba a bailar.

Minutos después Emilio estaba algo inquieto.

-Oye... vas a decirme qué sucede.- dije.

-Si te invito a bailar... ¿Lo harías?

-Claro que sí. ¡Vamos!- dije, y nos encaminamos al centro del salón.

Bailamos un poco, mientras mi mente no danzaba precisamente al compás, di disimuladamente algunas miradas alrededor, sabía que él estaría mirando y eso me volvía loca.

Cuando terminaba una canción y comenzaba otra Marcos se acercó a nosotros.

-¿Podría invitarle esta canción?- Dijo Marcos ofreciendo su mano, mirándome directo a los ojos e ignorando por completo a Emilio, quién sentía que cada vez me apretaba más y más hacía él.

Miré a Emilio y siendo educado me soltó lentamente para alejarse un poco, no sin antes decir;

- Estaré por aquí...- Ignorando también él a Marcos.

Le vimos alejarse. Y Marcos se aferró a mi posesivamente mientras comenzamos a bailar.

-¿Se puede saber qué haces?- dije con enfado y disimulo.

-Bailo- dijo sonriendo.

-Esto no es gracioso.- dije intentando evitar sentirme embriagada por el perfume de su piel.

- Tienes razón, no lo es. No quieres ser mi amiga, pero si eres su amiga.- dijo cerca de mi oído enfatizando en la última parte y con claro enojo.

-No es lo que tu crees.- defendí.

- Podrías explicármelo...- replicó.

-Es complicado....- dije - Te he prometido pensarlo, y lo haré. Pero no compliques esta noche...- proseguí mirándole en suplica.

-Esta bien. Pero no me gusta.

-Y tu no le gustas a él.- dije yo.

Terminó la canción en ese momento y cuando estaba por retirarme del centro del salón el señor Vonderheide, me invitó a bailar. Educadamente acepté aunque aquello no me hacía ninguna gracia.

Mientras nos movíamos, vi por el rabillo del ojo a Marcos en la izquierda del salón, observándonos y luego vi en el otro extremo a Emilio, observándonos también.

Parecía que tenía guardaespaldas.

¡Qué noche por Dios! Me era difícil concentrarme en disimular y bailar bien, con esos dos mirándome. Por fin la canción terminó y anunciaron que comenzarían las presentaciones.

Emilio se unió rápidamente a mi y caminamos juntos hasta quedar frente al pequeño escenario. Aunque no mencionó a Marcos, no necesitaba decirme nada, le caía tremendamente mal. Presentaron dos edificios residenciales, un centro comercial, y un hotel, ese era del que se había hecho cargo Emilio. Concretaron también, la fecha para una gran subasta de lujo y mostraron algunos de los cuadros restaurados pertenecientes al centro de convenciones. Para finalizar Emilio subió al escenario y contó sobre futuros proyectos; agradeció a los inversionistas y al personal. Le vi muy seguro y alegre, le aplaudí con esmero, estaba realmente orgullosa de él.

Toda esta gente le apreciaba mucho y demostraba lo bueno que era en su trabajo. En cuanto estuvo a mi lado, abrazándome, me dio un cálido beso en los labios. Yo me ruboricé hasta los pies con aquello, pero se le veía tan contento que no dije nada y sonreí.

No vi a Marcos por ningún sitio el resto de la noche, después de aquello nos relajamos mucho más en la barra del bar y bebimos varias copas de champagne antes de salir de allí.

Para cuando llegamos al ático yo ya había bebido una cantidad de alcohol considerable aunque solo tenía sueño y algo de mareo. Nada más entrar me bajé de los tacones... ¡me estaban matando!

-Ufff... ¡que alivio!- dije tambaleando un poco.

-¡Ehhh....ten cuidado enana!- dijo Emilio cerca de mi, sosteniéndome por la cintura.

-¡No soy enana!- dije con enfado, girando para quedar justo frente a él.

-Si....una enana preciosa- dijo él acercándose aun más.

-No se si deberíamos...

-No te haré daño...- insistió él.

-Pero... ¿y si te hago daño yo?- pregunté.

-Bésame, de una vez.- reclamó.

Y eso hice. Recorrimos nuestros labios tiernamente, fue sensual y erótico. Él sabía de maravilla, y besaba con dedicación. Nuestras manos recorrieron nuestros cuerpos, mientras avanzábamos con torpeza hasta la habitación.

Cuando llegamos hasta el borde de la cama, rápidamente Emilio se colocó detrás de mí para bajar el cierre de mi vestido, cada vez que se abría el vestido, depositaba en mi espalda suaves besos cálidos, repletos de ternura. Cerré mis ojos y disfruté de cada sensación.

-Eres hermosa- dijo sobre mi cuello, para luego girarme para quedar nuevamente frente a él.

Caímos a la cama, embelesados en nuestros besos, Emilio era un amante desinteresado y atento. Cuidadoso...

Lo siento.

Desperté con las primeras luces del amanecer, el ático era bastante luminoso y aquello fue mi despertador. La noche anterior no hubo sexo, recuerdo los intensos besos y nada más, efectivamente me había quedado dormida. Aquello me había salvado de cometer una locura, estaba claro.

Sigilosamente me puse la camisa de Emilio, fui al baño y salí del cuarto, hacía la cocina.

Bebí un vaso de zumo de una sola vez, estaba sedienta... y aunque tenía cara de dormida, me sentía bastante bien. Recogí mi cabello en un moño alto y me dispuse a preparar el desayuno.

Preparé una tortilla, café y hasta unos muffins de almendras. Cuando terminaba de calentar la leche, Emilio apareció por allí con cara de dormido...

-Buenos días- dije algo avergonzada desde el otro lado de la barra.

-Buenos días. Yo buscaba eso...- dijo señalando su camisa.

-¿Desayunamos?- dije ofreciéndole una taza de café con leche mientras sonreía.

-Mmmm... huele muy bien.- dijo él.

-Hice muffins... llevo despierta unas 3 horas, creo.

-¿Está todo bien?- dijo levantando una ceja.

-Si, si. Es que tenía sed...- dije, pensando que realmente parecía estar todo bien.

Nos sentamos en la mesa y desayunamos con tranquilidad mientras veíamos la tele, de a ratos Emilio se acercaba y me daba un suave beso, o me hacía cosquillas; o tocaba mis manos. Todo era relajado y sencillo. No mencionó nada de la noche anterior, era todo un caballero. Se ofreció a recoger la mesa y yo aproveché para escabullirme, me di una larga ducha pensando en todo lo que había sucedido.

Lo nuestro con Emilio era confuso y peligroso. Yo no podía ofrecerle nada de

mi. Ni siquiera realmente una amistad. Otra vez había actuado sin pensar. Otra vez me había involucrado con un perfecto extraño. *¡No aprendía de mis errores!*

La idea de hacerle daño me seguía persiguiendo y el terror me paralizaba en cuanto lo pensaba. Él era agradable, paciente, comprensivo y sincero. Y yo... Yo una egoísta.

Cuando estuve lista y salí al salón. Emilio hablaba por teléfono y se despedía amablemente del señor Vonderheide. Acercándose dijo;

-¿Te apetece ir a una barbacoa enseguida?

-Claro...

-Vale, pues el señor Vonderheide tiene un cortijo en las afueras, estaremos cerca del pueblo así que luego nos vamos para Puebla del Río si quieres.- aclaró él.

-¡A prepararnos entonces!- comenté.

Con las maletas listas, nos subimos a su furgoneta y nos alejamos de la ciudad.

-Estas muy callada...- comentó Emilio sin despegar la vista de la carretera.

-Tengo un poco de sueño, bebimos bastante...- dije mientras estiraba un poco mi espalda.

Tenía sueño, si. Pero también tenía en mi cabeza un remolino enorme de sentimientos que no sabía canalizar. El doctor Álvarez me tendría en su consulta varios días, en cuanto volviera a Madrid.

Encendí la radio para escuchar un poco de música y calmar mi mente.

Llegamos al cortijo del alemán y rápidamente los coches aparcados en la entrada delataron que seguramente dentro estaría mas o menos la misma gente que había visto por la noche. Y quizás uno en particular.

Mis nervios se dispararon.

Nos recibió la señora Vonderheide a quién había conocido en la gala, era una mujer muy amable mas o menos de la misma edad de Sara y aun que su

castellano sonaba algo gracioso era muy agradable. Nos guió hasta el jardín donde preparaban la comida, saludamos a los invitados entre ellos... claro, ¿cómo no? y con mi suerte. Marcos.

MARCOS.

Era uno de los inversores, él me lo había dicho, así que era normal que fuese una de las visitas de la casa. Estaba tan guapo... llevaba una camisa gris a juego con sus ojos y sonreía abiertamente.

Bueno me sonreía a mí. A Emilio no.

Fue bastante embarazoso verle de nuevo de allí, suponía para mí un estrés enorme. Ese era el precio que estaba pagando por ser tan poco adulta y responsable con mi vida...estaba claro. *¡El karma!*

La comida transcurrió tranquila, estuve excepcionalmente callada mucho rato, mientras que, aunque Marcos y Emilio no se dirigieron palabra si les vi mas animados a ellos.

Cuando finalizó el postre, la señora Vonderheide se ofreció acompañarme hasta el baño, su casa era enorme y no creo que hubiese llegado hasta los aseos si ella no me hubiese guiado.

Cuando abrí la puerta para salir, Marcos estaba justo delante, con un brazo apoyado sobre el marco bloqueando mi salida.

-¿Qué haces aquí?- dije desesperada.

-¿Es tu novio?

-No, es un amigo, te lo he dicho. - aclaré.

-Pero te abraza y te besa... y yo no.- dijo más serio aún.

-Marcos, por favor...- supliqué.

Y se abalanzó sobre mí, besándome. Reclamándome, con ansias y deseo.

Mis piernas se convirtieron en gelatina y mis brazos instintivamente recorrieron su cabello, respondiendo esa urgencia, no era lógica. No tenía sentido. Y era cruel. Pero ese deseo caló en mi alma y en mi corazón.

El sonido de gente acercarse, me sacó de aquel torbellino de sensaciones tan abrumadoras y me alejé diciendo;

-Vete, por favor...

-¿Me llamarás? - preguntó.

-¡Vete!- grité.

Y se alejó de allí, dudando y muy serio. Cuando él cruzaba el pasillo, Emilio caminaba hacia mí, se miraron, pero Marcos avanzó tan rápido que Emilio sin llegar a mi lado y serio dijo;

-Me voy... ¿vienes?

¡Dios mío! Necesitaba estar sola, salir de allí. Necesitaba huir. ¡Joder! ¡Joder!

-Si... si. - dije casi en un susurro, intentando mantener la compostura.

Nos despedimos de todos, menos de Marcos que ya se había ido, claro y nos subimos a la furgoneta, Emilio estaba serio y yo algo inquieta, pero ninguno de los dos hablaba.

Unos kilómetros antes de llegar al pueblo, Emilio se desvió un poco y salió de la carretera parando la furgoneta, haciendo esta un fuerte ruido por el brusco freno.

Preocupada y confundida, grité;

-Pero...¿Qué haces?

-¿Cuántos kilómetros faltan para que me cuentes que ese hombre es con quién te habías acostado?¿Cuándo pensabas contármelo, después de que te acostaras de nuevo con él? ¿Después de que te acostaras conmigo? ¡No soy idiota!-dijo Emilio lleno de ira hacia mí.

-Lo siento, pero no creo que sea de tu incumbencia. - dije defendiéndome y avergonzada.

-Tienes razón, no lo es.- balbuceó.

Me sentí terriblemente mal, le estaba haciendo pasar muy mal momento. Así que decidí bajar un poco las defensas.

-Lo siento Emilio... ese es un tema difícil para mí. Te tendría que haber dicho

que era él, pero no me siento orgullosa de mis actos y por eso me cuesta abrirme. dije buscando su mirada.

-Siento haberte gritado.- dijo aun sin mirarme a la cara.

-Mírame.- dije en un susurro.

Y sus ojos tiernos se posaron en mi. Me acerqué y le di un suave beso...

-Lo siento.

Seguimos los pocos kilómetros otra vez en silencio, aquella discusión seguro no había terminado, pero al menos ya estábamos en el pueblo.

Cuando llegamos al cortijo de Sara, le invite a quedarse, pero amablemente Emilio se negó, le había herido y eso me dolía aun mas a mi.

Se marchó rápidamente, y después de que Sultán y Jeque me saludaran con gran alegría dejé las maletas en el suelo, y exploté tirando un adorno de porcelana de la chimenea, me tiré al sofá a descargar mi ira y toda mi locura e insensatez en un llanto desenfrenado.

Era una mujer despiadada. Una viuda negra.

Egoísta, y mentirosa. Y todo el mal que hacía se volvía hacia mi. Ni siquiera Emilio, en su infinita dulzura conseguía hacer de mi una buena persona. No podía dejar que nadie se acercara a mi.

No podía. No debía.

Esa misma noche, después de una ducha, preparé todas mis maletas. Arreglé la casa, dejé un sobre para Lucío contándole que me marchaba dándole las gracias, me despedí de mis guardaespaldas llorando como una magdalena y por último antes de salir, dejé sobre la cafetera otro sobre para Emilio. La carta decía;

Lo siento...

Sabes que si me quedo aquí tarde o temprano te haré mas daño. Tarde o temprano dejarás de regalarme esa dulce mirada; y tarde o temprano perderé a la única persona que ha conseguido dar algo de luz en mi vida.

*No olvidaré que, allí donde hay alguien que me quiere como tu lo haces, ese será el lugar mas bonito del mundo. Y por eso te llevaré conmigo siempre.
Adiós.*

Antes de llegar a la carretera, pasé por la posada y mentalmente me despedí de todos, las lágrimas no dejaban de caer... no sabía cuando pararían, hacía horas que había dejado de tener control sobre ellas, simplemente se deslizaban por mi rostro humedeciéndolo todo y arrastrando un poco de mi.

Orden.

Llegué a Madrid cerca del mediodía, entré a una casa desolada y con olor a encierro, abrí todas las ventanas, limpié un poco y luego de una ducha me senté en el sofá a mirar todo el correo atrasado.

Después de poner orden llamé a Amanda, sobre las 21 horas llegó con unas hamburguesas para cenar.

Hablamos mucho esa noche, le conté todo. Esta vez no omití absolutamente nada. Amanda parecía estar de piedra mientras me oía, asentía en mi relato, pero no decía nada.

-Vamos, di algo... cuando te quedas así me das mucho miedo.- le dije.

-Alex... algunas cosas las piensas demasiado y otras... bueno, digamos que no te lo tomas con mucha calma.- dijo mirándome a los ojos.

-Soy un desastre.

-Un poco, quizás. Pero este es un buen momento para que te concentres en ti, en algún momento tendrás que perdonarte, ¿no crees?.

-Eso pretendía yendo a Sevilla.

-No, lo que hacías era huir. Escapar. Escapar de ti.... y cariño, no puedes olvidar tu vida, solo tienes que aprender a llevarla contigo.- aclaró tiernamente ella.

-Joder, siempre tienes razón.- dije bebiendo de una sola vez la copa de vino.

-¿Sabes qué?- dije mientras Amanda me miraba incrédula.

-Esta vez me iré más lejos.

Y soltamos una carcajada las dos...

-Visita tu psicoanalista primero.- declaró ella mofándose de mi.

Con cara de desagrado, serví más vino en las copas y seguimos conversando, pero esta vez de su familia, y del trabajo.

Dos horas después las dos dormíamos en el sofá del salón.

Al día siguiente después de que Amanda volviera a su hogar, llamé a Sara y quedé en pasar por la editorial esa tarde. Aunque era un territorio difícil de

pisar, ya que podría cruzarme con Marcos, decidí que mi vida debía continuar.

Estaba planeando vender mi casa para viajar un poco y salir de allí. Pero primero, debería convencer a Sara de que sería seguro, o sería capaz de encerrarme en algún sitio.

Ya en la editorial, sentadas en los pequeños sillones de su despacho, le comenté lo que había decidido, seguramente mi mirada de súplica, le convenció y le dejó más tranquila. Se ofreció a ayudarme a vender la casa, dijo que se encargaría de encontrar comprador ella misma.

Sara siempre había sido igual conmigo, todo el peso que ella pudiese quitar de mis hombros lo cargaría con amor. Siempre había sido mi ángel y yo la apreciaba muchísimo por todo ello y por más.

Salí de allí satisfecha por nuestra charla y rápidamente abandoné el edificio.

En tres semanas preparé mis muebles, hice una exhaustiva limpieza y metí en cajas todo lo que pude. Regalé unos cuantos trastos y hasta me deshice de mi coche por muy buen precio.

No tuve noticias ni de Marcos, ni de Emilio. Uno probablemente estuviese esperando mi llamada y el otro probablemente me estaría aborreciendo. Guardé en un trastero que alquilé la mayoría de mis muebles y todas las cosas de Noah, no estaba dispuesta a regalarlas, no en ese momento al menos.

Compré un billete a Maputo, Mozambique. Allí unas personas voluntarias de un refugio social, llamado *Smile* me esperarían para trabajar con ellos. A través de su página web me había puesto en contacto y estaban encantados de recibirme, visitarles suponía ganarme con el sudor mi trabajo y total entrega; la comida y la cama de cada día. No sé por qué supuse que ayudar a quienes lo necesitaban me liberaría de mis miserias y no estaba completamente segura de con qué me encontraría allí, pero no iba a sentarme a ver mi vida pasar.

Estaba harta. Necesitaba dejar de odiarme. Y si podía hacer algo por los demás, al menos mi vida no sería en vano.

Vendí mi casa y me comprometí a dejarla libre en 10 días, así que me propuse

disfrutarla a cada momento, era más que una parte de todo lo que era Noah para mi. En cada rincón había algún rastro nuestro y en cada habitación recordé con cariño alguna escena de nuestra vida juntos. Sería una despedida larga y dolorosa, pero al menos sería una despedida.

Una semana antes del viaje, visité al doctor Álvarez. Como siempre en nuestras citas se mostró serio y de alguna manera paternal. Le conté la mayor parte de todo lo que había sucedido semanas atrás y también le conté mis planes. A pesar de que sus respuestas siempre eran ambiguas esta vez, se mostró contento por mi decisión.

Por primera vez salí de allí satisfecha, todo parecía marchar sobre ruedas. Aunque Amanda y Sara, no podían ocultar la preocupación, me apoyaban cien por cien. Y eso me animaba mucho más. *Las extrañaría con locura, estaba claro...*

Una mañana, días antes del viaje, salí a correr por el parque, cuando volvía a casa un coche negro se aproximó a mi lentamente, miré sorprendida quitándome los auriculares de la música que estaba escuchando, a la vez que la ventanilla del asiento del acompañante bajaba.

Marcos.

-¿Puedo acercarte a casa?- gritó desde el otro asiento.

Enojada por tremendo acecho, grité;

-¡Que te den Schweinsteiger!- y seguí corriendo.

¿Quién demonios se creía que era? Este acoso, tenía que terminar de alguna manera. Ensimismada en mis pensamientos, por el rabillo del ojo vi que aun seguía avanzando lentamente a mi lado.

¡Maldije mil veces! pero no paré, seguí avanzando. Al llegar a casa, justo cuando estaba por entrar. Marcos, llegó hasta la puerta.

-Si no te vas ahora mismo, llamo a la policía.- dije enojada.

-Vale, vale...- dijo levantando sus manos.

-Ahora me voy, solo que no me dejas otra opción Alex...¿por qué prometes cosas que no cumplirás...?¿No crees que tienes un poco de responsabilidad en que me sienta como un loco, esperando por días a que decidas llamarme?- dijo

enfadado también y continuó;

-Te he buscado por medio Sevilla; por la editorial, por todos lados...

-Tienes razón y lo siento. No debí prometer nada.- aclaré mirando en todas las direcciones posibles, para esquivar su mirada.

-¿Puedo pasar?- dijo acercándose.

-¡No!- aclaré poniendo distancia entre nosotros. Si le dejaba pasar, si dejaba que entrara y viera que me iba, haría más y más difícil ese momento.

-¿Qué te parece si tomamos algo esta noche?- dijo- puede ser por aquí, dónde tu quieras... si me das la oportunidad de hablar contigo un rato, prometo dejarte en paz. ¿Es un trato?- preguntó.

Lo pensé un momento y decidí que quizás así, dejaría de aparecer en cada sitio al que iba. Quizás así se olvidara de mí, quizás así le olvidara también...

-Esta bien, a dos manzanas de aquí en el bar "Fenicios", te veo allí a las ocho.- dije dando media vuelta para desaparecer rápidamente dentro de casa.

Y eso fue todo, le oí alejarse y respiré profundamente detrás de la puerta. Intenté mentalizarme el resto del día en que quizás, era una prueba mas para comprobar de una vez que si no salía de aquí, me devoraría a mi misma. Tenía que ser capaz de sentarme a hablar con él y explicarle que lo nuestro no sería posible, tenía que ser capaz.... Me lo debía a mi misma y se lo debía a él también.

Cuando llegué al bar, Marcos me esperaba en una de las mesas del fondo. Me acerqué a él y me senté.

-Me alegra verte...- comentó sonriendo.

-Me gustaría decir lo mismo, si esto no fuese un especie de chantaje.- dije mirando a sus ojos. Aunque sabía que por dentro estaba realmente alterada y nerviosa, intentaba aparentar tranquilidad y confianza.

-No me has dejado otra opción.- seriamente contestó.

-Yo no quiero herir tus sentimientos, ni rechazarte porque sea de piedra, tienes que entender que es difícil para mí estar a tu lado.- dije sinceramente.

-Lo entiendo y no pretendo, ni quiero, ni deseo, que te sientas mal, ni obligada

a verme... aunque no lo parezca, claro- agregó. - Solo que me gustas mucho. Muchísimo... y es difícil para mí también. He estado en Sevilla por ti, te he buscado por media ciudad, he vuelto aquí a buscarte.... ¡Joder Alex! yo también estoy cansado de perseguirte... - continuó.

Sus ojos grises, brillaban y brillaban mientras iluminaban su rostro, mantuve mis fuerzas y no dejé que mis impulsos me acercaran a él y continué la charla;

-Me voy de Madrid, ya no estaré aquí y así podrás olvidarme- dije.

-¿Dónde vas? - preguntó.

-Si te lo digo, aparecerás por ahí y no quiero. Tienes que dejar que me encuentre a mi misma.- declaré buscando en su mirada algo de comprensión.

-Aunque no lo creas, parte de mi te entiende. Una vez necesité hacer lo mismo...

-Lo sé, y por eso te agradecería que no lo hicieras más difícil y solo lo dejáramos así. Dos personas que sienten una gran atracción por la otra, pero que tienen caminos distintos.- declaré intentando permanecer en mi postura.

-No quiero olvidarte... - dijo acercándose un poco mas.

-No lo hagas entonces, recuerda que por un instante lo fuimos todo... y sigue adelante. Como lo has hecho antes.- dije acariciando su rostro.

-Me tengo que ir- agregué, poniéndome de pie.

Acarició mi mano, la beso tiernamente mirando mis ojos y dijo;

-Adiós Alex...

Soltándome. Dejándome. Librándome.

-Adiós Marcos...- susurré.

Salí de allí convencida de que nos despedíamos, pero nos llevábamos dentro.

Caminé a casa en la oscuridad y el frío, algunos adornos de navidad ya colgaban en las casas, recordándome que pronto llegarían las fiestas y que esta vez yo las pasaría fuera.

Me sentía triste. Muy triste, pero aun así no lloré, ese día internamente mi conciencia me decía que había actuado bien, que era momento de buscar un

nuevo rumbo en mi vida. De buscar un orden.

Mozambique.

La despedida en el aeropuerto fue breve ya que no quería alargar la situación. Amanda y Sara me despidieron entre besos, abrazos y algunos sollozos. Con mi mochila a cuestas me despedí con una sonrisa desde detrás de un panel y decidida me embarqué en un vuelo de 14 horas hacía Mozambique.

En el pequeño aeropuerto me esperaban Jack y Alice dos americanos voluntarios de la asociación *Smile*, que llevaban allí tres años. Se mostraron muy amables conmigo nada mas llegar y por suerte hablaban español y portugués, cosa que agradecí ya que sin ellos no hubiese podido llegar al refugio. Yo no tenía tanta práctica con el portugués, aunque esperaba conseguirla. La ciudad era mucho mas grande de lo que yo había imaginado, pero dónde íbamos estaba varios kilómetros fuera de allí.

Recorrimos 4 horas en un jeeps, el conductor, los dos americanos y yo. Llegamos a una zona llamada Quissico, donde alrededor del refugio solo había una pequeña aldea de no mas de 60 personas. A lo lejos podía verse la inmensidad del océano Índico. Aquel sitio era una maravilla, un paraíso.

Sentí una emoción enorme mientras nos acercábamos, como si algo inmenso y poderoso me sostuviera.

Cuando llegamos y el coche paró, varios niños se acercaron corriendo hacía nosotros. Se abalanzaron sobre mí, riendo y encantados conmigo, yo desde luego quedé fascinada. Atónita por el recibimiento, Alice se acercó a mi, para confirmarme que eran unos niños encantadores y de que estaban muy felices, pues ella les había comentado que llegaría sus nueva colaboradora.

Entraron conmigo y Alice al refugio, me enseñaron las zonas; tres mesas largas en el centro con taburetes y sillas a su alrededor formaban el comedor, que también funcionaba de aula para las clases por las mañanas. La cocina era bastante precaria así como el resto de las instalaciones, baños y habitaciones incluidas, allí todos los ambientes eran abiertos y amplios para permitir la entrada de la brisa del mar.

Dejé mis cosas sobre la cama que me habían asignado y nos sentamos en el

amplio comedor a charlar con Alice, esta vez solas.

-Estamos encantados de que estés aquí, dos manos más, siempre nos vienen bien.- dijo Alice contenta.

-Bueno... yo estoy muy ilusionada.

-Te cuento mas o menos las tareas- dijo.- Por la mañana preparamos el desayuno, los niños se acercan a tomar su tazón de leche y luego se quedan casi todo el día aquí. Luego comienzan las clases, yo me encargo de la mayoría de las clases, pero ahora que estás aquí serás la responsable.

-No se si mi portugués es lo suficientemente bueno...- dije preocupada.

-Tranquila, te sorprenderá saber que la mayoría de estos niños dominan buena parte del inglés, el castellano y el portugués, además de su jerga nativa. Por acá pasan muchas personas de vez en cuando. Todos vienen a dar su granito de arena... y ellos aprenden muy rápido.

-Seguimos un itinerario escolar que nos facilitan las Naciones Unidas, te daré todo el material y te enseñaré por dónde vamos.- Prosiguió- Cuando terminan las clases, que nos llevan parte de la tarde también, ellos regresan a la aldea y nosotros... bueno, nosotros nos relajamos un poco.- aclaró Alice con su sonrisa sincera y su aire juvenil.

-Te iré contando sobre la marcha, pero cualquier cosa que necesites Jack y yo siempre estamos por aquí. ¡No hay mucho donde ir!

-Gracias por la información... una pregunta, ¿cómo soportas este calor?- dije sofocada.

- Te acostumbrarás...

Y así fue, aunque los primeros días fueron muy difíciles. *¡Tremendos!*

Alice se encargaba de las cuestiones administrativas y la limpieza, constantemente charlábamos por horas, fui bastante reservada y no comenté casi nada sobre mí, de manera que Alice me contó casi todo sobre ella, era profesora de filosofía en la Universidad de Stanford en California, había pasado por Mozambique años antes cuando viajaba con su familia y se había enamorado del lugar, luego de años de estrés laboral decidió tomarse un tiempo sabático aquí, me confesó que estaba algo enamorada de Jack desde

hacía unos meses, pero que era un viudo solitario y malhumorado. Era el médico de la zona con lo que pasaba la mayor parte del tiempo en la aldea, conocerle por tanto se hacía un poco complicado, en mi interior saber que era viudo provocaba cierta empatía en mí hacía él, aunque era reticente a hablar conmigo y con todos en general.

Mis tareas consistían en ayudar en la cocina y en preparar e impartir las clases, básicamente. Día tras día.

A cargo de la cocina estaba Elina, una señora mayor muy amable que vivía con nosotros en el refugio colaborando desde hacía muchos muchos años y aunque no pertenecía a la aldea le tenían mucho aprecio por su sincero cariño y su alma caritativa. De alguna manera su bondad me recordaba un poco a Sara...

La mañana que nos conocimos me saludó sonriente y a los pocos minutos ya éramos compinches, tenía un gran sentido del humor, decía que mis ojos estaban tristes y por eso se empeñaba, en el transcurso de nuestras tareas, en hacerme reír.

Las primeras clases fueron complicadas, descubrí que mi portugués era tremendamente malo, pero clase tras clase logré hacerme con él y también con los niños pasando de ser el bicho raro de rizos rubios a la; Señorita Alex. Era educados y amables conmigo, de vez en cuando alguno me regalaba alguna cosilla, recibí regalos tales como; un tarrito de arena, un par de frutos exóticos, una servilleta con corazones y hasta un tarrito de cristal con pececillos. Todos formaban un collage en mi mesilla de noche.

El calor y las picaduras de insectos fueron huesos mas duros de roer y acostumbrarme a ello me tomó algo de tiempo. Al cabo de dos meses fui completamente inmune.

Trabajaba de sol a sol y por las noches, cuando el sol desaparecía y todo estaba mas tranquilo, solía escabullirme para caminar hasta llegar al mar, mojaba un poco mis pies y luego me sentaba en la orilla con una linterna en mano, bolígrafo y papel, escribía todos mis pensamientos dejando volar mi mente, relajando mi alma y mi corazón.

Extrañé mi casa, mis amigos, mis costumbres, mi coche, hasta mis comidas... por supuesto extrañé a Noah; a Emilio y a Marcos. Lloré bastante, varias noches y de alguna manera con el paso de las semanas les dejé ir. Me repuse de ello, trabajando duro todos los días. Esforzándome al máximo. Le escribí cartas a todos. Cartas que metí en una botella y deje ir en el mar. Cartas de amor, de perdón y de amistad.

Descubrí que podía ser fuerte física y mentalmente, di lo mejor de mi y a cambio recibí la estabilidad mental y la paz interior que necesitaba.

Una mañana, después de llevar casi 4 meses allí, Jack y yo nos subimos al Jeeps camino a Maputo, debíamos recoger provisiones. El camino de 4 horas me parecieron una eternidad, pues ese hombre no soltaba palabra. Sus monosílabas contestaciones me parecían insufribles, pero bueno, me hice a la idea y cuando por fin llegamos a la ciudad me sentí aliviada.

Esa tarde aproveché para llamar a Sara y también a Amanda, se pusieron muy contentas con mi llamada y aunque fueron breves, me llenaron de energía e ilusión. Por muy poco dinero conseguí en una tienda del mercado un cuaderno forrado en cuero, que usaría para aprovechar la vuelta escribiendo. También compré un par de globos y guirnaldas para adornar el comedor. Quería hacerles una fiesta a los niños.

Ya a la vuelta y con el jeep lleno de cajas de medicinas y alimentos, me acomodé para escribir mientras Jack iba concentrado en la conducción.

Pocos kilómetros antes de llegar, sucedió lo increíble.

-¿Eres escritora?- me preguntó.

-Si... lo era... lo soy.- le conteste sorprendida.

- Ajam..

-Me alegra que me hables...

-No soy muy conversador.- aclaró.

-Lo he notado... Alice me ha contado que llevas tres años aquí, ¿de dónde eres?

-Soy de San Francisco. Cirujano jefe del ***Pacific Medical Center**.-dijo con una sonrisa de lado.

-¡Si que vienes de lejos!- dije sorprendida.

Asintió y parecía terminar la conversación allí pero recordé lo que Alice me había comentado...

-¿Hace mucho falleció tu mujer? pregunté y debo decir en mi defensa, que sin ninguna malicia.

-¿Qué? Te lo ha dicho Alice ¿verdad?... esa mujer no sabe callarse... ¡No voy hablar de eso contigo!.- dijo mirándome como si fuese yo un bicho desagradable y repugnante.

-¡Vale!- grité yo, cruzando mis brazos y finalizando así la conversación y la posibilidad de entablar amistad.

Poco quedaba para llegar, así que el silencio incomodo duró por suerte poco tiempo. Cuando llegamos ya era de noche, en la entrada nos recibieron Alice y Elina, nada mas bajarnos y con notable ofuscación dando un portazo, el cascarrabias de Jack se alejó a su habitación resoplando.

-Tu si que sabes enfadar a un hombre.- dijo admirada Elina.

No dije palabra y ayudé a descargar el jeep en silencio. Alice buscaba en mis ojos alguna respuesta, pero yo no estaba de humor para hablar. Además no entendía como una joven tan amable como ella se podía haber fijado en un hombre como ese.

La noche se hizo larga para mi, di vueltas y vueltas, había sido bastante grosero conmigo... pero quizás me había faltado algo de tacto con el tema. Quizás para él era difícil hablar de ello y yo mas que nadie lo entendía.

No dejé que el mal humor me consumiese y empecé el día con energía como siempre. Decoramos el comedor con los niños y nos acercamos al mar para mojarnos los pies y celebrar el carnaval, fue un día divertido y muy animado. Sin Jack, a él no le vimos en todo el día.

***Pacific Medical Center;** *clasificado entre los 10 mejores hospitales de los Estados Unidos.*

El médico.

Una de esas noches en mi rutina diaria, salí del refugio y cuando me acercaba a mi habitual zona de escritura, una pequeña hoguera y un hombre solitario contemplaban el mar.

Me acerqué un poco más para cerciorarme de que efectivamente el hombre era Jack y cuando estaba por dar media vuelta para marcharme el crujido de algunas ramas secas delató mi presencia.

Jack me miró fijamente poniéndose de pie, sin cara de enojo, mas bien de tristeza... y no dijo nada.

-Lo siento, ya me iba... - dije lamentándome.

-Quédate, si quieres. - dijo él sentándose.

Por un segundo debatí en mi interior, pero al final decidí quedarme y me acerqué para sentarme a su lado.

-Tu hoguera es mas divertida que mi linterna..- dije rompiendo el hielo, intentando sonar graciosa.

-Hoy es el aniversario de nuestra boda, hace tres años que en este día vengo aquí para encender una hoguera en su nombre.- dijo él sin mirarme.

Y no hacía falta que dijera mucho más. Sabía que se refería a su mujer. Por fin vi al hombre detrás del monstruo, le vi y me enterneció profundamente. Decidí abrirme con él, con ese extraño con él que compartía mucho más que el refugio...

-Perdí a mi marido hace poco en un accidente de avión...

-Hanna murió en mi mesa de operaciones, hace 6 años. - dijo con los ojos llorosos mirando al mar.

-Lo siento... - dije en un susurro mirándole.

-Y yo...- Y me miró.

Nos quedamos callados un rato más, contemplando el mar y la inmensidad de estrellas, hasta que el fuego comenzó a extinguirse. Él se puso de pie y amablemente extendió su mano para ayudarme a ponerme en pie.

-Gracias... y quería decirte cuanto siento que mi pregunta te haya sentado mal el otro día. De verdad lo siento.

-En realidad debería disculparme yo, he sido maleducado y tu aún así has sido amable conmigo, así que... ¿tregua de paz?- dijo extendiendo su mano para sellar el pacto.

-Tregua.- y extendí mi mano también.

Desde ese día, Jack y yo compartimos una bonita amistad, de pocas palabras, pero amistad al fin. Es raro pensarlo pero a veces no es solo el amor lo que une a las personas, también lo hace el dolor. También las miserias y los fracasos nos unen.

Con paciencia y con un trabajo de hormiga enorme fui incluyendo a Alice en nuestras charlas para así acercarles más. *¡Alex la casamentera!*

Me reía mucho cuando les veía, ella se ponía nerviosa y él era vergonzoso, vamos... que eran dos adolescentes en toda regla. Me partía de risa, pero me alegraba mucho por ellos. Ambos tenían un corazón enorme y se volvían locos. A pesar de que al principio Jack evitaba todo tipo de relación paso a paso fue abriéndose, permitiendo que la felicidad inundara su corazón con la dulzura que Alice le regalaba.

Elina, que parecía mi sombra desde que los tortolitos se escapaban a la playa, me contaba sobre ella y su familia a menudo; pasábamos horas conversando, una tarde me preguntó;

-¿Qué pasó en tu vida mi querida Lilka (nombre postizo que me había puesto)? preguntó.

-¿A que te refieres?- contesté despistada.

- Me refiero a que; no cuentas mucho sobre de ti, pareces solitaria y triste de vez en cuando... y a veces pareces perdida allí adentro.- dijo señalando mi cabeza. ¿Por que buscas ahí, lo que deberías sentir aquí? - dijo acercándose, poniendo su mano sobre mi corazón.

- Porque ya me he equivocado muchas veces...- declaré.

-Mi querida Lilka, eres joven y preciosa... tienes cosas que vivir y a veces nos cuesta entenderlo pero las cosas malas y la tristeza también forman parte de la vida- ¿sabes que significa Lilka? - preguntó.

Y en señal de ignorancia levanté mis hombros hacía ella.

-Significa; guerrera. Tu eres una guerrera niña, solo que algún día dejarás de luchar aquí...- dijo señalando mi cabeza.

- Cuando se lucha, se hace desde aquí.- dijo señalando mi corazón.

-Es difícil Elina, es difícil...

- Necesitas unos abrazos y ya verás.- dijo acercándose para darme un abrazo sincero y cariñoso.

- Gracias...

Y sin mas, continuamos en nuestras labores.

Las cosas en el refugio continuaron con normalidad, Alice y Jack compartían habitación, así que por las noches sola en el cuarto sentía el peso de la soledad. La incertidumbre de estar tan lejos de España, tan lejos de todo.

A la misma vez me reconfortaba sentirme feliz con mis nuevos amigos que de manera totalmente desinteresada me habían acogido para brindarme su amistad y su cariño. Los niños eran un cariño para mi alma y una bendición, pues animaban cada uno de mis días.

Una tarde, antes de que las clases terminaran una mujer de la aldea se acercó corriendo al refugio en busca de Jack, su hermana estaba teniendo un parto muy difícil y no lograban encontrarle.

Yo que sabía que era la hora de su siesta, corrí a buscarle.

Saltó de un susto de la cama en cuanto le conté lo que pasaba y corrió conmigo en dirección al jeep, Alice y Elina se quedaron con los niños.

Llegamos en un santiamén hasta allí y todos nos esperaban ansiosos. De un momento a otro me di cuenta que yo no podía ayudar demasiado, mis conocimientos médicos eran precarios y la sangre hasta me daba impresión, por lo bajo comencé a maldecir por no haberme quedado en el refugio, seguro

Elina ayudaría mucho mas aquí.

Ya no tenía vuelta atrás, siguiendo como una autómatas a Jack entramos en la choza donde una joven mujer, lloraba y gritaba desconsoladamente, varias ancianas alrededor le ponían paños de agua fresca sobre su frente y miraban expectante al doctor.

-Vamos a ver... - dijo Jack examinando la barriga de la joven.

Yo miraba atónita sin mover un musculo, pero impaciente pues no sabía en que ayudar, hasta que él dijo;

-Tengo que practicar una cesárea ya, creo que está asfixiándose con el cordón...dijo abriendo su maletín.

-¿Qué hago?- me oí decir. Mientras él me miraba sorprendido.

-Ustedes sujeten sus manos y sus piernas- dijo señalando a las mujeres. - Y tú coge una de las botellas de alcohol y baña los instrumentos con él.- dijo mirándome a mi.

Con mi torpeza y los nervios a duras penas el alcohol caía sobre aquellos instrumentos quirúrgicos, era todo nervios. Jack se acercó a mí un momento y colocando su mano en mi hombro dijo;

-Tranquila, lo harás bien

Le miré y tomando fuerzas me concentré en mi tarea.

Cuando terminé una de las mujeres le había dado a la joven algún brebaje que le había dejado semiinconsciente, Jack había arremangado su camisa de trabajo, mientras que con el otro frasco de alcohol, limpiaba y desinfectaba sus manos y brazos.

Sin titubear y con gran agilidad, abrió con el bisturí el vientre y de a poco se hizo con el bebé, desenredando el cordón. A mi aquello me parecía surrealista, pero magnífico a la misma vez.

Salí de mi ensoñación cuando Jack me gritaba que tomara al bebé en brazos con la manta que una de las ancianas estaba ofreciéndome.

Torpemente pero con cuidado sostuve en mis brazos esa pequeña criatura

mientras él cortaba el cordón umbilical para poder ocuparse de la mamá. El pequeño lloraba en mis brazos, mientras una de las ancianas, lo limpiaba de a poco diciendo unas palabras en su idioma nativo. Evidentemente estaban rezando y agradeciendo por él, totalmente emocionada, mis lágrimas empapaban mi cara y mi cuello mientras veía ese pequeño ser que mis brazos sostenían. Nunca había sentido en mí la vena maternal hasta ese momento. Con Noah habíamos decidido que sería un plan para el futuro. Un futuro que evidentemente no tuvimos. Las mujeres que me rodeaban me señalaron un taburete dónde me senté sin despegar la vista del bebé.

Un rato mas tarde, Jack apareció frente a mí, con cara de cansado;
-Es hora de llevar al bebé con su madre...

-Si...- susurré poniéndome de pie. Me acerqué a la joven que esperaba ansiosa y le deje su bebé sobre su pecho.

Jack se despidió de las mujeres que estaban dentro y nos guió hacia fuera. Los hombres que allí esperaban agradecieron con un asentimiento generalizado de sus cabezas la humilde acción del doctor. Cuando nos subíamos al jeep, la anciana que había lavado al bebé se acercó a mí y me ofreció un pequeño trozo de tela manchada de sangre.

Sin saber exactamente qué significaba y sin decir nada, asentí en señal de respeto y ella desapareció. Ya dentro, Jack dijo;

-Significa que te agradece que su nieto haya nacido.

-Ha sido...- dije, y no pude terminar. Jack tomó unas de mis manos agregando;

-Lo has hecho muy bien.

Y sin decir mas, puso en marcha el jeep y volvimos al refugio cansados, pero satisfechos.

Regreso.

Semanas después del nacimiento del pequeño angelito, me di cuenta de que llevaba ya un tiempo en el refugio.

Dormía bien, comía bien, escribía de vez en cuando y me sentía de maravilla. Estaba en paz conmigo misma. Es un poco cruel pensar o creer que algunas de las personas que llegaban al refugio escapaban de alguna situación, pero a la misma vez es gratificante pensar y saber que no solo dejaban su granito de arena y su inmenso cariño, sino que se iban siendo mejores personas.

Sentí que era el momento de volver a casa, de volver a Madrid. Había estado imaginando comprar una casa en las afueras para dedicarme plenamente a la escritura desde hacía unas semanas ya. Una tarde lluviosa me despedí, con el corazón acongojado, de todos mis niños. Era un momento triste, estaba claro que era una despedida, pero también era un agradecimiento mutuo infinito. Guardaría siempre conmigo sus regalos y sus sonrisas.

Jack y Alice me confesaron días antes de marcharme que esperaban un hijo. Estaban totalmente ilusionados, eufóricos y ansiosos por su bebé. Habían preparado un pequeño viaje a Mapute para dar a luz en el centro de salud de la ciudad, cuando el bebé estuviese preparado para llegar al mundo. Me prometieron que si era una niña, le llamarían Alex. Llena de amor y cariño nos abrazamos y nos despedimos con afecto, definitivamente éramos amigos. Amigos para siempre.

Por último, antes de partir hacia el aeropuerto, me despedí de mi querida Elina. Se había mostrado taciturna y despistada en los días anteriores, se sentía triste por mi partida y aquello me retorció el alma, esa tarde tomó mis manos y dijo;

-Recuerda que eres una guerrera...tienes mucho para dar pequeña Lilka. ¡Sal al mundo!

-Te llevaré en mi corazón Elina, estoy segura de que volveremos a encontrarnos...dije en un sollozo.

Nos abrazamos, mientras Jack subía mi equipaje al jeep y agitando mi mano,

conteniendo las lágrimas me despedí del refugio, prometiéndome a mi misma volver algún día.

En el camino hacía Mapute disfruté y guardé en mi cada uno de los paisajes de ese hermoso lugar, mientras Jack respetaba mi silencio. Entre nosotros se había creado una especie de código de *no invasión* que agradecíamos uno del otro. Después de todas mis malas relaciones con los hombres a lo largo de mi vida, en él había encontrado un verdadero amigo.

Después de despedirme nuevamente de Jack antes de pasar los controles de seguridad, me encaminé nuevamente con mi mochila a cuestras hacía el avión. Esa vez tenía la certeza de que la mochila era mucho menos pesada.

Llegué a Madrid agotada por el viaje, había planeado darle la sorpresa a las chicas, sabía que me odiarían por ello, pero a la misma vez nos pondríamos todas muy contentas. Pasé la noche en un hotel cercano al aeropuerto, deje mis maletas en la entrada de la habitación y observé mi reflejo nada mas entrar.

Era yo, de piel un poco mas morena y con el cabello mas largo, pero era yo. La de siempre, una mujer algo indecisa pero valiente, joven y visceral.

A la mañana siguiente alquilé un coche y me encaminé a la editorial, al llegar me escabullí por los pasillos hasta llegar al despacho de Sara para concretar mi sorpresa.

Tengo que decir que se quedó de piedra la pobre. En shock. ¡ *Pero feliz!* Salimos de allí animadas después de charlar un rato y nos fuimos a casa de Amanda. Otra que quedó en shock.

Horas pasaron hasta que de noche ya, Sara se despidió y se marchó a casa. Cuando estuvimos solas, Amanda me contó que una tarde, días después de que me fuera, pasaba por la que era mi casa y vio un hombre llamando a la puerta.

Aunque no le conocía creyó reconocerle por todo lo que le había contado de él. Aparcó su coche y bajó.

Emilio estaba en Madrid.

No le contó exactamente dónde estaba yo, ni él tampoco lo preguntó, pero era claro que había estado buscándome. Con desilusión se había marchado de allí despidiéndose cordialmente de Amanda.

-No lo se Alex... ese hombre se veía realmente triste. - dijo Amanda.

-Le hice daño, he sido egoísta... quisiera decirle muchas cosas, pero si me acerco a él probablemente vuelva a herirle.

- ¿Y cómo te sientes ahora?

-Bien, me siento bien a pesar de todo. Tengo ganas de instalarme de nuevo aquí, ¿sabes?... empezar de cero. No quiero huir.- aclaré ilusionada.

-¡Bien! Eso es lo importante ahora.- dijo ella animándome.

Una hora más tarde salí de allí hacia el hotel, Amanda se había quedado fascinada con todo lo que le había contado sobre Mozambique, el refugio, los niños y mis amigos. Había sido la experiencia más enriquecedora y llena de ilusión de mi vida, no podía evitar emocionarme en cada recuerdo.

La semana siguiente con ánimo y un enorme café cada día, visité varias casas de las afueras, una en particular me gustó bastante. Tenía un amplio salón, cocina, comedor, despacho y baño en la primera planta, y dos habitaciones con baño en la planta superior. Un precioso jardín en la parte trasera y un lindo camino de robles en la entrada. Parecía un buen sitio para crear mi hogar. Una casita como de cuentos, que estaba tan solo a media hora del centro de la ciudad.

Agradecí el buen precio por el que había vendido mi casa anterior, ya que con ello pude permitirme comprarla. Me instalé unos días después y con la ayuda de Amanda y su marido, trasladé algunos de mis antiguos muebles e instalé otros nuevos que compré. En menos de 3 semanas, concentrando todas mis energías en ello, ya parecía un hogar de verdad.

Terminaba de colocar un espejo en el recibidor cuando Sara llamó un viernes por la tarde. Me avisaba del baile anual de la fundación de la editorial, para el día siguiente.

En principio me negué rotundamente a asistir, por más de una razón. No tenía pareja, no quería pasarme toda la velada escuchando a críticos literarios, no

me apetecía en lo absoluto tener que ponerme a buscar un vestido adecuado y tampoco quería tener que cruzarme a ya sabemos quién. Luego Sara me explicó que el director ejecutivo de la editorial, el señor Valdemoro, estaba interesado en conocerme y en que le contara sobre mi viaje, además de que claro, era una excelente oportunidad para hablarle sobre mis libros y dejar por todo lo alto a mi editora. Así que en favor de ella terminé aceptando, a regañadientes y haciéndole prometer que sería mi pareja durante toda la noche sin excepciones.

El sábado por la mañana me vi en la obligación de recorrer un par de tiendas para comprar algún vestido, con evidente mala leche ya, me decidí por uno color rosa pálido, largo y con un escote pronunciado. Era sexy pero sofisticado, ideal para la noche.

Intentando mantener los nervios a raya, ya con mi precioso vestido y preparada en el recibidor de mi nuevo hogar, esperé contemplando una vez más mi reflejo, hasta que Sara llegó a las 21 horas en punto.

Mi Autoría.

Llegamos con nuestras mejores galas, nada más entrar nos saludaron varios directivos de la editorial, todos parecían bastante ansiosos sobre mi. Al parecer el rumor era de que había hecho algún tipo de retiro espiritual por África después de la muerte de mi marido.

Me sentía bastante molesta con todo aquello, no me tomé la molestia de afirmar ni de negar nada, no eran más que conversaciones triviales y banales, lo veía claramente, y mientras mas lo pensaba, más me enfurecía. Me escabullí en cuanto pude a la barra, emborracharme lo suficiente como para escupirles en la cara unas cuantas verdades, me animaría mucho, pero por otro lado, no quería perder mi trabajo con ellos. *¡Una putada!*

Me serené pensando que algún día sería capaz de ello estando bien lúcida. Me decidí por un vodka con hielo y me alejé a un rincón observando a la gente del lugar. A lo lejos vi a Sara hablando animadamente para un par de escritores, mientras le sonreía irónicamente di el último sorbo al vodka y cuando estaba por alejarme de allí el señor Valdemoro se acercó hasta mi.

-Señora Stefan, ¿disfruta de la gala?

-Si, si...- dije aclarando mi garganta con disimulo.

-Estoy seguro de que, si escribe sobre Mozambique, tendremos un lugar en alguna otra categoría dentro de la editorial...

-No lo sé, ahora mismo no está en mis planes señor Valdemoro...

-Estoy seguro de que podrá incluirlo... podría pasar por mi despacho y lo discutimos...- dijo acercándose, mirándome de arriba abajo lascivamente.

¡Dios mio! El jefe; del jefe de mi jefe estaba insinuándose... En ese momento mi cara estaba de mil colores de vergüenza, repulsión y enfado...

Estaba por contestar... algo que seguramente me hubiese valido mi reputación y mi trabajo en la editorial, cuando una voz detrás de mi contestó:

-No creo que deba. ¿Nos permite un momento?

No fue necesario darme la vuelta para saber de quién era esa voz, su tono grave y cálido... su seguridad al hablar lo decía todo.

La cara del señor Valdemoro se convirtió en un poema. Y se alejó de allí sin

decir palabra.

Un segundo después Marcos estaba frente a mi. Como una roca, serio. Impenetrable.

-¿Qué haces aquí? - pregunté desbordada por su presencia. *¡Su presencia en un bonito traje gris!*

-Podrías agradecermelo...¿no? Mañana estarías arrepentida si te hubiese dejado contestar.

-Gracias- dije rápidamente sin despegar la vista uno del otro.

-Me alegro de verte...- dijo acercándose aún más.

Instintivamente me alejé un poco. Desviando la mirada.

-Me alegra que hayas conocido un pedacito de África...¿Mozambique?- preguntó. Estaba claro que había oído los rumores.

-Si...- dije intentando relajarme.

-Tu jefe ha sido un miserable y seguro en otro entorno le hubiese partido la cara, pero creo que sí podrías escribir sobre ello...

-No.- contesté rotundamente.

-Lo respeto.- dijo lanzando hacia mi esa mirada sensual y posesiva que siempre sentía que arrasaba conmigo.

-Te... tengo que buscar a Sara...- dije titubeando.

-Ya nos veremos.- comentó alejándose un poco y sonriendo.

Me alejé también yo intentando no concentrarme en los latidos de mi corazón que parecía querer escapar de mi, mientras buscaba ansiosa a Sara. Dos vueltas por el lugar después y nada. *¡La iba a matar!*

Cuando le había hecho prometer de que no me dejara sola, me refería justamente a eso, tiene un corazón de oro la condenada... pero siempre se olvida de las personas con las que llega a un sitio, seguro se habría ido ya. Habla tanto que no se entera de nada... siempre igual.

¡Uff! que enojo cargaba... Sin pensarlo más, salí de allí para buscar un taxi.

Volví a escabullirme de toda la gente y me alejé un poco de la entrada del edificio para poder encontrar un taxi. El dolor en los pies me estaba

asesinando lentamente así que, caminé unos cuantos metros más haciendo un gran esfuerzo y me saqué los malditos zapatos.

Como toda una dama recogí un poco mi vestido, mis zapatos en una mano; mi pequeño bolso en la otra y esperé unos minutos hasta que pasara un taxi, al principio pensé era una tontería tener que llamar, alguno pasaría de un momento a otro. Sentía como el frío se colaba por mis piernas y mi espalda, le sentía recorrerme pacientemente. Estaba tan enojada que no podía pensar y ya no estaba convencida de esperar.

Abrí mi bolso dispuesta a llamar... cuando el Mercedes negro que yo ya conocía aparcó frente a mi.

Inmediatamente Marcos bajó del coche y comencé a decir;

-¡No...no, no! ¿Qué haces aquí? ¿Es qué me espías?- dije poniendo una mano delante

-¿Qué dices?- acercándose.- ¿Piensas seguir pasando frío?- aclaró cuando ya estaba cerca de mi.

¡Mierda! ¡Mierda!

Sin decir nada, sintiendo que el enfado me consumía por dentro, me subí al coche.

Marcos se subió también, claramente le hacía gracia mi enojo y no lo disimulaba para nada. Nos pusimos en marcha...

-Idiota- susurré mientras el coche se deslizaba por la carretera. Y él no paraba de sonreír.

Siguiendo mis instrucciones y sin decir muchas palabras en media hora llegamos a casa. Estaba claro, ahora él sabría dónde vivía. Eso no me hacía mucha gracia, si se ponía en plan acosador tendríamos un problema. Me sentía tan atraída hacía él como siempre, pero estaba segura de que no quería tener nada que ver con él en ese momento.

Aparcó delante y un silencio incómodo nos rodeó.

-Gracias...

-Tienes una casa preciosa, parece de cuento...- comentó él observando la fachada. Y no pude evitar emocionarme un poco por ello.

-Si... eso parece. Gracias de otra vez...

-De verdad me ha gustado verte.- dijo mirándome.

Tomé aire y con una sonrisa salí de allí, pude ver antes escapar por completo que él sonreía también. Lo nuestro nunca habían sido las palabras. Había sido mucho más.

Sabía que en ese momento una conversación no nos llevaría a nada, así que solo salí de allí y entré a casa dispuesta dejar fluir mi vida y sobre todo a no perderme a mi en ella.

Con el pijama puesto, algo mas relajada y cómoda en la calidez de mi cama, le envié un mensaje poco amistoso a Sara recordándole su crueldad y tranquilamente me dispuse a dormir.

La mañana siguiente desperté temprano con una llamada de Sara, se disculpó un par de veces, hasta que cedí como siempre e hicimos las paces. Le conté sobre el asqueroso señor Valdemoro, y tanto ella como yo repudiamos el gesto poco apropiado. Le pedí absoluta discreción, ya que era realmente embarazoso y terminamos hablando sobre mi regreso a casa. No quise mentirle así que le conté la verdad. Marcos me había traído a casa.

-¿Me estás diciendo qué te has vuelto a casa con ese bombón y aun así estabas enojada? gritó desde el otro lado.

-Si, no tiene nada que ver. Tu me dejaste plantada y él se ofreció.- aclaré.

-¡Uuuuhhh...!- animaba ella.

-¡Basta niñata!

-Alex... cariño, algún día tendrás que volver a salir con hombres, ¿no?.

- Seguro que ellos no me dejan plantada.- Ironiqué.

Poco después nos despedimos y yo decidí salir a dar una vuelta por Madrid, era domingo y seguro que encontraría algo interesante que hacer en la ciudad.

Después de desayunar en una cafetería del centro, pasee un buen rato por Gran Vía una de las calles mas concurrida por sus tiendas y cafeterías, entre otras atracciones.

Compré algunos adornos para casa, uno de ellos un reloj grande de pared con la forma de África, me pareció una linda manera de recordar en casa el

pedacito de mi corazón que estaba allí con todos ellos.

Luego pasé por una librería, hice lo que todos los escritores hacemos y pocas veces contamos... busqué mis libros y los coloqué a la vista.

Satisfecha con ellos, seguí paseando por allí y entonces vi en exposición el libro de fotografías de Marcos. De manera automática me acerqué a él.

En la portada una fotografía de la sabana africana cubría todo el libro con solapas. Decía en letras pequeñas; MI AUTORÍA, Por Marcos Schweinsteiger. En la solapa, decía;

Mi Autoría; representa la creación de una secuencia de fotografías por África, que entran un viaje desde dentro hacia fuera. Relatan la vida en las distintas ciudades del continente y las experiencias del autor a través de las imágenes de quienes representan la cultura y la idiosincrasia del lugar. Un regalo a nuestros sentidos.

En la contracubierta encontré una foto de Marcos, mostrando solo medio rostro, mientras escondía la otra parte detrás de él con su brazo. Tan serio y seguro de sí como siempre. Y absolutamente atractivo.

Sin siquiera abrirlo, para echar una miradita, tomé uno y me encaminé a la caja registradora. Como sosteniendo un pequeño tesoro.

Un par de horas después, en casa ya, me relajé en mi nuevo sofá con una manta sobre mis piernas, tomé el libro entre mis manos y lo abrí, en la primera página leí;

"La atracción de las almas consiste en reconocer que tú tienes lo que la otra persona necesita para que tu alma crezca, y que ella tiene lo que a ti te hace falta. " J. Gray.

Aquello me paralizó. Muy probablemente la elección de esa frase estuviese dedicada a su mujer, sería lógico creerlo y afirmarlo. Pero por otro lado en lo más profundo de mi ser, leerla provocó un nudo en mi garganta... Si era dedicado a ella en pocas palabras, demostraba cuanto amor sentía por ella y su recuerdo....

Y si no se basaba únicamente en ella y tenía algo que ver conmigo.... aquello

tenía un significado especial. ¿Sería una incrédula? ¿aquel hombre me atraía tanto que era capaz de imaginar o de albergar algún tipo de ilusión por una simple frase?

Solo había llegado a la primera página y ya me sentía en un remolino de sensaciones. No me sorprendía... todo en cuanto se refiriera a él era así.

En las páginas siguientes descubrí unas fotografías alucinantes acompañadas de relatos sobre ellas, devoraba con ansia cada una de las palabras, e inconscientemente imaginaba su voz contándome sobre ellas. Reconocí algunas que él me había enseñado el día que pasamos en su ático y me estremecí al verlas.

Realmente era un fotógrafo increíble, había viajado mucho indudablemente y reflejaba tal cual él me había contado que deseaba, algunas de las miserias mas oscuras del hombre. La pobreza; el dolor, las necesidades básicas insatisfechas y la ternura en los ojos de niños abandonados. Las horas pasaron sin mas mientras disfruté como una obsesa.

Marcos creaba en sus lectores el mismo caos que en mi vida, nos retaba a pensar... a emocionarnos; a enamorarnos y a odiarnos a la vez. Horas después, agotada mentalmente después de mirar una y otra vez las fotografías, me quedé dormida allí mismo.

Un nuevo proyecto.

La mañana siguiente después de correr un rato por el parque, comencé mis tareas en casa, ese día tocaba poner orden, colgué sobre la chimenea el precioso reloj y hasta coloqué un pequeño mueble en el recibidor.

Mientras realizaba las tareas intentaba no mirar el libro de Marcos que estaba justo en la mesilla del salón para así no tener que recordarlo. Aun así sentía que ese pequeño objeto me llamaba con malicia. Una llamada al teléfono me sacó de mi ensoñación.

Sara.

-Cariño... ¡Tengo excelentes noticias para ti...!

-Dime...- contesté ansiosa.

-Ha pasado por aquí el señor Valdemoro...quiere ofrecerte un proyecto en conjunto con el alemán.- prosiguió- No sé qué pasó exactamente en la gala... pero me ha parecido bastante sincero... y antes de que digas nada, es una excelente oferta ¡Excelente!.

-No entiendo nada.- dije anonadada.

-Yo creo que él sabe que tienes un inmenso potencial y el libro de Schweinsteiger es un éxito... Juntos pueden crear algún tipo de libro juntos sobre África. ¿No crees que es buena idea?

-No. No lo veo.- dije rotundamente.

-Vamos.... piénsalo un poco y pasa por aquí mañana. ¿Sí?- continuó ella.

-Adiós Sara... Adiós.- y colgué.

Lo que me faltaba. Justo lo que me faltaba...

Después de comer y darme una ducha, pasé el resto del día analizando la situación.

¿Qué intenciones tenía el señor Valdemoro? Sabía que era un pez gordo, absolutamente dedicado a la editorial y la llevaba muy bien de hecho. Había oído que era un hombre amable, viudo; y por lo que había comprobado no

tenía problemas para conseguir lo que quería en cuanto a mujeres se refería.

¿Por qué todos se empeñaban en que escribiese sobre África?... me preguntaba. Eran mis recuerdos, no mis éxitos de venta. No estaba dispuesta a vender lo que con tanto cariño recordaba. ¿Qué pensaría Marcos de todo aquello? ¿El estaba dispuesto a trabajar como profesionales juntos?

Reconozco que por un momento pensé en llamarle... pero al final decidí esperar para hablar con Sara y así disipar mis dudas.
A la mañana siguiente cuando Sara llegó a su despacho yo ya estaba allí.

Me explicó, que el señor Valdemoro había pasado por allí y había aclarado que me debía unas disculpas, pero que también quería que formara parte de un proyecto conjunto con Marcos, tenía ganas de que habláramos en persona, exponer las ideas en las que había estado pensando y ver que podíamos formar. Era un apasionado de África y confiaba que nuestras experiencias en el terreno tanto como para crear, según sus palabras, "algo nuevo".

Escuché atentamente a Sara sin decir palabra. Mientras mi cerebro analizaba en detalle todos los posibles escenarios. Ninguno me gustaba del todo.

-Vamos Alex... ¡es una oportunidad increíble!... deja de mirarme así- agregó.

-Es que necesito que entiendas, que no quiero tener que exponer los recuerdos y todo lo que viví allí. Es... es especial para mi... ¡joder!

-Esta bien, creo que entiendo... pero ¿y si crearas algo distinto, si partieras de una base nueva?

-¿Y qué sentido tendría?- pregunté perdida en todo aquello.

-Bueno, es cuestión de buscarlo... pero si el jefe máximo de editorial te propone algo como esto, deberías pensarlo, ver cómo puedes plantearlo sin sentir que invade tu privacidad... ¿me entiendes? - dijo ella mirando directo dentro de mi.

-Lo sé, todos los buitres de allí fuera- dije señalando el pasillo- esperan algo así... y mi carrera es una de las pocas cosas que tengo en esta vida, ¿crees que podré hablar con Valdemoro?

-Estoy segura que si... a mí me pareció bastante accesible y le conozco un poco mas.- aclaró.

-Será incómodo. Muy incómodo...- dije suspirando y poniéndome de pie. Fui hasta los ascensores en dirección a la última planta. El último despacho. Nada más presentarme a la recepcionista, el señor Valdemoro me recibió.

-Adelante Alex... - comentó desde el escritorio.

Ese hombre no sólo tenía un despacho enorme con todos los lujos sino que gozaba de unas impresionantes vistas de la ciudad.

-Buenos días...- dije acercándome un poco. *¡Uff... que situación complicada!*

-Tome asiento.- y señaló una de las sillas frente a él.

-Ha llegado en muy buen momento, espero al señor Schweinsteiger también.- dijo observándome con detenimiento y prosiguió. - Quiero decirle que agradezco su discreción, y le pido que me disculpe si en la gala me propasé un poco con usted.

Yo seguía sin decir nada, absolutamente nada. Expectante.

-Soy un hombre solitario, pero que de vez en cuando me gusta tener la compañía de alguna joven mujer... no puedo avergonzarme de ello, pero si disculparme con usted, claro... es muy guapa. Además de su increíble talento... Por tanto de nuevo, le pido por favor mis mas sinceras disculpas.- aclaró.

-Queda disculpado. - dije suavizando un poco mi postura. *¿Quién era yo para juzgarle en todo caso?*

El teléfono sonó confirmando la llegada de Marcos. Minutos después se unió a nosotros en el despacho.

Con su habitual seriedad se sentó a mi lado, expectante. El ambiente era bastante tenso en ese momento para los tres.

-Me alegra que hayan venido los dos.- agregó Valdemoro.

-He venido por cortesía y educación, soy un trabajador independiente de esta editorial...- agregó Marcos que parecía que no venía de buenas. Pero antes de poder seguir, el señor Valdemoro le interrumpió.

-Vale, veo que también serán necesarias las disculpas con usted...- prosiguió- no sé qué tipo de relación tienen...pero...

-No, no... no.- dije yo levantando mi mano- y continué- el señor

Schweinsteiger y yo mantenemos una relación estrictamente profesional.- Estaba hecha un furia, acalorada y avergonzada. Evité mirar a Marcos para no ponerme peor.

-Entiendo.- contestó Valdemoro, mirando a Marcos, a quien al parecer todo aquello le hacía gracia.

-¿Podemos quedar en paz?- preguntó Valdemoro.

Marcos y yo nos miramos por primera vez desde que estábamos sentados allí, intentando descifrar lo que el otro pensaba y asentimos. Aunque francamente no tenía ni idea de que pensaba él.

-¡Perfecto! ¡Perfecto!- dijo animado Valdemoro- Quiero que sean libres de crear lo que les apetezca, libro... fotografías, exposiciones... lo que prefieran, les doy libertad.

Me sentía emocionada por todo aquello, no podía creer lo que estaba oyendo. Mi emoción era bastante evidente, aunque Marcos permanecía tan impoluto como siempre, yo quería saltar de alegría. Tener carta blanca para crear a nuestro antojo era realmente increíble. Bajo esas condiciones seguro podríamos trabajar.

-¿Cuales son las condiciones?- preguntó Marcos mucho mas astuto que yo.

-El plazo es un año y debe ser trabajo en equipo. El seguimiento del proyecto lo haré yo mismo.

Volvimos a mirarnos...

-Por mi parte acepto.- agregó Marcos sin dejar de mirarme.

-Y yo...- dije sumergiéndome en ese mar gris de sus ojos.

Formalizamos el compromiso firmando el contrato y salimos de allí. El señor Valdemoro nos despidió con un apretón de manos a cada uno y aunque a Marcos seguía sin caerle del todo bien yo estaba encantada con la nueva oportunidad para mi carrera.

Nos subimos al ascensor sin decir nada. Ese sitio se nos quedaba siempre pequeño . Él decidió romper el hielo;

-Bueno... creo que nos veremos seguido.
-Si...- comenté yo, mientras intentaba calmar mis nervios.
- ¿En tu casa o en la mía?- preguntó.
- ¿Qué?- pregunté absorta en mis pensamientos.
-Alex...¿de verdad que esto te emociona, no?

-Muchísimo- afirmé convencida. Aunque tenía mis dudas sobre trabajar con él, la proposición había sido mucho mas de lo que esperaba.

-Me gustará trabajar contigo.- agregó acercándose un poco.

-Eh... ¡Quieto ahí!- dije alejándome- Si no puedes ser profesional doy marcha atrás a todo esto ahora mismo.

-Esta bien, esta bien. Si quieres que sea así, lo aceptaré. No me acercaré a ti, no intentaré besarte, ni tocarte... hasta que me lo pidas.- aclaró.

-Eso es, nada de nada. No te lo pediré, somos profesionales ¿no?.- insistí.

-Ya veremos...- dijo riendo irónicamente.

El ascensor abrió las puertas en la planta del despacho de Sara y cuando salía, Marcos desde el interior añadió;

-¡Te haré una visita!

Cuando caí en cuenta, las puertas habían cerrado y el ascensor bajaba.

¡Maldición!

Entré al despacho sorprendiendo a Sara, le conté lo que habíamos acordado, por supuesto quedó fascinada y salí de allí. Tenía una llamada importante que hacer.

Al llegar a casa llamé a Jack, después de 4 intentos logré comunicarme con él, se mostró ilusionado y alegre por mi noticia, sus palabras y su aliento me tranquilizaron bastante. Me contó como iba todo por allí y no pude evitar emocionarme, conteniendo las lágrimas agradecí sus palabras y su amistad, envié mi cariño y mis saludos a los demás , incluida a la pequeña Alex, que había nacido hacia unos días y colgué.

Desde que habíamos afianzado nuestra amistad, supe que era una persona sensata y concienzuda, su opinión era muy valiosa. Infundía confianza en mí y siempre me animaba a superarme al igual que Sara.

Con renovadas energías, me dispuse a investigar un poco sobre África, tomando de referencia el libro de Marcos, pasé horas y horas absorta en la recopilación de información... me concentré tanto en ello que finalmente me quedé dormida casi al amanecer sobre el escritorio.

Por la mañana después de una ducha y con bastante sueño, preparaba mi desayuno cuando el timbre de casa sonó.

Al abrir, Marcos apareció allí con su sonrisa condenadamente sexy, llevando unos jeans claros y camiseta blanca, escondiendo sus bellos ojos detrás de unas gafas de sol negras.

De nuevo... ¡Maldición! ¿Como se suponía que iba a superar este ataque a mis sentidos?

-Buenos días Stefan...

-Pasa Schweinsteiger- dije permitiendo que entrase.

-Estaba preparando café, ¿te apetece uno?- dije intentando mantener la cordialidad e intentando relajarme.

-Claro- dijo él quitándose las gafas y mirando con atención cada detalle del salón.

Para mi tenerle allí era una tortura, su figura grande y esbelta parecían llenar todo el lugar, y la atención que ponía al observar todo allí, me hacía sentir como si me estuviese desnudando. Rompiendo mis pensamientos fui a la cocina por las tazas de café.

Cuando volví, observaba mi escritorio... su libro estaba allí.

-Estuve investigando un poco... -aclaré algo incómoda.

Nos sentamos frente a frente en los sillones del salón, justo frente a la chimenea coronada por el reloj de África.

Él seguía sin ser muy conversador evidentemente. Aun no decía palabra.

-¿Tienes alguna idea de por donde empezar?- pregunté.

-Muchas.- agregó mirándome con detenimiento.

- Vale, pues podemos ir creando una lluvia de ideas y vemos que sale de todo esto...- intentando concertarme solo en el proyecto.
- Tenemos que ir viajar a Africa- dijo, poniéndose aún más cómodo en el sofá.

-¿Qué? No...no...

-Vamos, Alex... sabes que aquí no conseguiremos material, esto no es África... aunque cuelgues un bonito reloj en tu pared- comentó molesto por mi negativa.

-Primero que nada, no te metas con mi reloj ¿Estamos?... Y segundo...segundo, es una locura...¡es una locura!- dije hiperventilando. *Él y yo solos... de viaje... no... no y más ¡No!*

-Dime una buena razón por la que esa idea no sea el mejor plan- agregó él seriamente.

-No me parece buena idea dadas las circunstancias de esto...- dije señalándonos.

-No te entiendo. - dijo claramente disfrutando con mi bochorno.

-Eres un idiota lo sabes ¿no?

-Si mal no recuerdo, ya me lo habías dicho.- continuó- vamos.... sabes que es una buena idea, tenemos tiempo de planearlo, no tiene que ser ya mismo, pero tarde o temprano tendremos que ir, necesito material fotográfico...

-Esta bien, esta bien... lo pensaré.

-Gracias- afirmó satisfecho.

-Ahora si me disculpas tengo una cita importante.- dijo poniéndose de pie dando un sorbo al café.

-Oh.. si, si... tengo cosas que hacer yo también, así que...- dije levantándome también intentando parecer despreocupada.

Nos acercamos a la puerta, la abrí y antes de salir; y dejar esa estela de su embriagador aroma que me volvía loca.... agregó;

-Nos veremos Stefan.

¡Pero... que demonios! ¿De dónde sacaba toda esa arrogancia? Cerré mi hermosa puerta de un fuerte golpe, ofuscada por su comportamiento y por el mio... estaba claro que aquello seria difícil. Pero no permitiría que arruinara

tan inmensa posibilidad. Le estrujaría el cuello antes...

Pero como eso no pasó, me bebí el resto de su café. Enojada. Excitada y ansiosa sobre ese nuevo proyecto.

Cena y café.

Los días siguientes mediante dos correos electrónicos bastante escuetos acordamos con Marcos recopilar información para contrastarla luego juntos. Sitios que visitar, contactos que hacer, entrevistas, fotografías, documentaciones y mucho más.

Agradecí que mantuviera las distancias y respetara mi petición, así pude concentrarme totalmente en mis tareas. Pasaron dos semanas hasta que volvimos a vernos.

Me invitó a pasar por su ático del centro, pero me negué y preferí invitarle a casa, así me sentiría mucho más cómoda y tranquila.

A la hora acordada llegó cargando su material, su brillante sonrisa despampanante encendió mis sentidos y me mantuve en estado de alerta desde el momento en que entró a mi salón. Aunque los días anteriores se había mantenido distante, pasar tanto tiempo con él no sería para nada fácil, estaba convencida de ello.

Trabajamos un par de horas concentrados en nuestro trabajo y en nada más, siempre intentando mantenerme alejada de él y evitando cualquier contacto físico, al cabo de un rato; llegando el mediodía nos tomamos un breve descanso.

Estábamos frente a frente en los sillones del salón, nos habíamos bebido dos tazas de café cada uno y mis tripas empezaban a rugir de hambre.

-¿Te apetece comer conmigo?- dije poniéndome de pie.

-Claro... déjame ayudarte.- comentó animado acompañándome a la cocina.

-¿Qué prefieres...?

-Buena pregunta...- contestó él observándome.

Levanté una de mis cejas y agregé;

-Pasta.

Vale, pues haremos primero la salsa... ¿sabes algo de cocina?- pregunté señalándole con mi cucharón.

-Nena... se todo lo que hay que saber.- agregó sonriendo.

Mentira. Mentira.

Sonriendo los dos nos pusimos mano a la obra, mientras trituraba unos tomates, y buscaba la carne en el frigorífico, le dejé la difícil tarea de pelar y cortar un poco de cebolla.

El grandullón, con poca habilidad claramente, me dejó sorprendida pues no soltó lagrima, así que le di más tareas para mantenerlo ocupado; picó un poco de ajo y también de pimiento rojo. Con todos los ingredientes más la carne picada en la olla, no faltó mucho tiempo para que los aromas se fuesen colando a nuestro alrededor.

Hablamos relajados durante un rato, nos reímos y limpiamos a la misma vez los cacharros que íbamos ensuciando. Todo un trabajo en equipo. Me preguntó sobre mi experiencia en África y no dudé en hablar como una cotorra de todo aquello, las palabras me salían a borbotones, él me miraba ilusionado y atento a cada uno de mis relatos.

Cuando los fettuccine estuvieron listos, nos sentamos en la mesa redonda de la cocina, frente a frente a degustar nuestra creación.

-Me encanta la pasta...- comenté.

-Y a mi...- murmuró mirándome.

Teníamos apetito. De pasta y de nosotros. La tensión era casi palpable, pero estaba decidida a luchar contra ella con todas mis fuerzas.

Después de comer, Marcos con un suave beso en la mejilla se despidió de mí en la puerta de casa, diciendo:

-Me gusta tenerte en mi vida de nuevo...

Le vi alejarse en su coche, completamente muda... mientras sentía que mis tripas seguían rugiendo y ya no era de hambre...

Habíamos pasado un buen rato, había sido agradable poder charlar con él, reír y sentirme relajada al menos un rato.

Teníamos entre mano muchas ideas para el proyecto, la mitad del tiempo nos la habíamos pasado discutiendo y tratando de convencer al otro de lo que pensábamos, pero había estado bien. Había sido una mañana gratificante y

satisfactoria.

El día siguiente, Marcos llamó por la tarde;

-Stefan...

- Swanstaiger...

- Valdemoro nos ha invitado a cenar en su casa, pasará a recogerte a las 21 horas.- agregó él.

-Mejor voy en mi coche (mi reciente adquisición) y te veo allí. Dime la dirección...

-Como prefieras...- dijo seriamente.

Intentaba ser una chica astuta y el ir en mi coche me aseguraba un recorrido tranquilo y pacífico vacío de tensión sexual.

-Te lo envío por mensaje. Nos vemos allí...- y colgó.

Este hombre iba a volverme loca, por momentos era amable y parecía relajado... era agradable oírle. Mientras que otras veces me parecía... un energúmeno. En cuanto recibí minutos después la dirección del señor Valdemoro me di por satisfecha.

A las 21 horas en punto llegué a las puertas de la enorme mansión... *¡vaya casoplón tenía Valdemoro! ¡Madre mía!*

Llevaba un pequeño vestido gris, zapatos negros y chaqueta negra, a juego con mi bolso negro...estaba animada y ansiosa por la velada. Marcos llegaba en ese momento en que me acercaba a la puerta, le esperé y se acercó sonriente hasta mí sin apartar su vista de mis piernas.

-Estas preciosa...- agregó cuando estuvo a mi lado.

Él lucía un traje sin corbata azul marino y camisa blanca, olía a recién afeitado... y a ducha.

-También estas precioso- agregué sonriendo sin mirarle.

Nos recibió un ama de llaves muy amable que nos guió hasta el amplio salón. Le dejé mi chaqueta a ella y se despidió. Minutos después aparecía el señor Valdemoro, amablemente nos condujo hasta el comedor, allí estaba todo servido, un modesto banquete para tres.

Valdemoro en la esquina de la mesa, Marcos a su derecha y yo a su izquierda. Hablamos sobre el proyecto mientras la cena transcurría serenamente, le contamos algunas ideas y él se mostró animado. Marcos también parecía relajado. Era el momento del día de esa faceta suya. Mejor que me prepara para cuando llegara la otra, esa me gustaba un poco menos... aunque me resultaba igual de atractiva.

Mi ensoñación se vio interrumpida cuando el señor Valdemoro, me preguntó directamente;

-¿Cuándo tienen planeado viajar a África?

-Ehhh... bueno...- intenté contestar pero me vi atascada. Me había estado resistiendo a esa idea...

-Necesitamos tiempo, en un par de meses probablemente, estamos buscando contactos.- agregó Marcos con seguridad, salvándome de aquello.

-Vale... pero no lleguéis con el agua al cuello.- contestó Valdemoro.

Suspiré aliviada mientras le agradecía a Marcos con la mirada. Tarde o temprano tendría que enfrentarme a viajar con él... tarde o temprano tendría que volver a África para revivir lo bueno... y también todo lo malo que me llevó hasta allí.

Para cuando sirvieron el postre yo ya volvía a estar animada. Salimos del comedor al terminar y Valdemoro nos guió hasta su biblioteca, allí había un sin fin de objetos de África...

Vamos ... ¡todo el continente estaba allí dentro.!

Mientras admirados contemplábamos los cuadros y las esculturas, él nos confesó que su mujer había sido la impulsora de su afán por ese sitio... habían recorrido juntos el continente durante al menos tres años antes de tener que luchar contra un cáncer que se llevó a su mujer, dejándolo viudo siendo aún muy joven.

Increíblemente me resultó tierno que aquel señor mayor, pretendiera mediante estos objetos sentir cerca a su mujer... quizás los dos hombres de esta sala eran mas parecidos de lo que estarían dispuestos a afirmar. De repente aquello tuvo más sentido para mi. Entendí por qué nos llamó a los dos.... Comprendí que en su fuero interno ese hombre pretendía darnos algún tipo de ayuda o

lección.

Marcos se disculpó y salió de allí en busca de los aseos. En cuanto él salió, me acerqué a Valdemoro que sonreía abiertamente.

¡Que viejo pícaro!... pensé.

- Todo esto me recuerda a mi mujer- susurró él.

-Entiendo.- comenté observándole fijamente.

-Alex... no pretendo ofenderle con todo esto se lo aseguro...- Evidentemente intuía que yo me había dado cuenta o que sospechaba de sus intenciones.

-Sólo dígame una cosa...¿qué pretende con todo lo del proyecto?

-Creo que usted y Swanstaiger necesitan volver allí y estoy seguro de que encontrarán un buen desenlace para todo esto. - agregó de manera sincera.

-Es mas complicado de lo que usted cree, pero... y hablando estrictamente del proyecto, daré lo mejor de mi...

-Nunca hemos hablado de otra cosa Alex...- dijo sonriente y se giró para quedar de espaldas a mi admirando un cuadro precioso de la sabana Africana. Marcos entró en la habitación, y al cabo de unos minutos nos despedimos de Valdemoro, agradeciendo la cena y salimos de la inmensa casa los dos a la vez.

Me acompañó hasta mi coche caminando en silencio hasta llegar a la puerta.

-Bueno... ha sido interesante.- dije observándole.

-Si... supongo que este es el momento en que te invito a un café y me dices que no... -aclaró.

-Eso creo...- dije entrando al coche.

-Buenas noches Alex...- susurró dándome un suave beso en mejilla.

-Buenas noches...

Ya en el coche, a los pocos kilómetros observé que el mercedes iba detrás de mi. Mi corazón agitado me pedía tomar un café con él. Contarle lo de Valdemoro... hablar sobre África, sobre él... sobre mi. Encontrar otro tipo de intimidad entre nosotros. Sentirme menos sola al menos esa noche. Sentirle cerca de mi sin tocarnos.

Unos metros mas adelante paré el coche al borde de la carretera, Marcos aparcó su coche justo detrás de mi y se bajó algo preocupado.

Se acercó a mi ventanilla y dijo;

-¿Estas bien?... ¿ qué ocurre?

-¿Conoces algún sitio donde tomar un café a estas horas?- pregunté sonriente.

-Claro.... sígueme.- declaró sorprendido y sonriente también.

Unos kilómetros mas adelante, una cafetería de carretera de buen aspecto iluminaba con un cartel la entrada. Aparcamos los coches, uno al lado del otro y bajamos, Marcos sonreía abiertamente.

Tomó mi mano y entramos al lugar. Estaba prácticamente vacío y aunque era bastante acogedor la iluminación era bastante escasa.

Nos sentamos en una de las mesas frente a frente. Enseguida el camarero se acercó; pedí un capuchino y Marcos un cortado.

-Bueno ¿por qué has cambiado de opinión?- pregunto él ansioso por oírme.

- A veces a las chicas nos gusta invitar a nosotras...- declaré.

-La verdad Alex...- dijo acercándose y mirando directamente a mis ojos.

-No tenía ganas de volver a casa, a veces me siento sola...

-A veces me pasa también... me alegra que me invites a acompañarte.

-Me gustaría que pudiésemos ser amigos, me agrada cuando te relajas y eres amable... quiero esto- dije señalándonos- poder hablar...

-Aunque alguna vez te lo pedí.... no creo que pueda ser tu amigo.... pero lo intentaré. - dijo de manera sincera.

Llegaron nuestro cafés, dejando su promesa en el aire... y continué.

-Los dos tenemos que intentarlo. Tenemos mucho trabajo por delante...hemos firmado un contrato.

-Llevaba mucho tiempo esperándote y no quiero verte huir de nuevo. Creo que sabré comportarme, no te preocupes- dijo alejándose un poco con frialdad. Y otra vez parecía volver el energúmeno. Le di un sorbo a mi café antes de decirle alguna barbaridad, pero intenté calmar las aguas;

-Por cierto, gracias por salvarme con lo del viaje....

-No es nada. Pero entiendes lo necesario que es, ¿no?

-Claro que si, sólo necesito... tiempo.- declaró observando atentamente el mar gris de sus ojos.

-Mientras tanto tu libro me sirve de guía.- dije.

Interesado en ello preguntó; -¿Qué opinas de él?

-Creo que es justo lo que deseabas... y debes estar muy orgulloso de él.

-No siempre obtengo todo lo que deseo.- aclaró irónicamente.

Mi corazón agitado quería escapar de mi pecho y saltar a sus brazos, solo con mirar el brillo de sus ojos. Una parte de mí lo deseaba con locura como siempre. Pero otra parte me mantenía inmóvil allí.

-Creo que es un libro fantástico y como base nos viene de maravilla.- continué intentando obviar su comentario.

-Gracias por tu opinión desinteresada...- agregó.

-Viajo a Sevilla mañana, ¿te parece bien acompañarme? y antes que digas que no... te prometo que es una invitación seria y profesional; un inconveniente me obliga a viajar, pero me gustaría continuar el ritmo de trabajo que hemos establecido.- continuó;

-En casa de mi madre hay muchas habitaciones y mucho espacio para trabajar. Te lo aseguro...

-No se Marcos... no lo veo muy claro. - contesté dudando.

-Por favor Alex... por favor, me urge ir, pero ahora que medianamente nos entendemos me aterra pensar que las cosas cambien. - dijo.

Fue tremendamente sincero y me derretí por dentro por ello. Pero no logré decidirme.

-Déjame pensarlo esta noche.

-Esta bien.- asintió.

-Bueno... ¿vamos? - dije poniéndome de pie.

-Si, déjame que me acerqué a la barra a pagar.

-No... no. He invitado yo.- dije dando pasos rápidos hasta la barra.

Pagué y salimos juntos, mientras Marcos sonreía por mi iniciativa.

Nuevamente nos acercamos en silencio hasta el coche, mientras mi mente no paraba de darle vueltas a su invitación...

-Mañana salgo en un vuelo privado a las 16 horas desde el aeropuerto, habrá un sitio para ti en el. Espero verte allí.- dijo acercándose un poco tomando una de mis manos.

-Lo pensaré...- susurré.

Me estiré y poniéndome de puntillas le di un suave beso en la mejilla y me subí al coche.

-Buenas noches Marcos- agregué desde la ventanilla.

-Buenas noches Alex...

Conduje hasta casa en silencio, absorta en mis pensamientos como siempre... ¿era una buena idea ir a Sevilla? me preguntaba una y otra vez.

No calmé mis pensamientos en casi toda la noche así que cuando el despertador sonó apenas había dormido dos horas y ni el café lograba reanimarme de la montaña rusa en mi interior.

Otra vez Sevilla...

Mas tarde, cerca del mediodía, llegué a la conclusión de que si superábamos trabajar juntos en Sevilla unos días, estaríamos listos para viajar a África. Quizás como viaje de prueba si fuese una buena idea acompañarle.

Me impondría algunos límites, sobre todo nada de beber alcohol cerca de él y nada de contacto físico de ningún tipo. Mantener siempre la cordialidad y la profesionalidad. Dicho esto a mi misma, me dispuse a preparar la maleta.

Llamé a Sara antes de salir de casa y le conté que estaría fuera con Marcos, la muy graciosa se emocionó como una adolescente y nos despedimos. *¡Si supiera!*

A las 16 horas llegué con un poco de retraso, ya habían embarcado todos. Amablemente una señorita me acompañó, después de los controles, hasta el pequeño avión. Marcos me miraba desde su asiento ansioso y sonriente en cuanto me vio entrar.

Me senté a su lado sonriendo también sin mirarle. Era una locura, pero allí estaba decidida a sobrevivir esos días a su lado.

-Bienvenida...- dijo sin dejar de mirarme.

Le miré con una amplia sonrisa. Y nos preparamos para despegar.

El viaje fue bastante corto y ameno, Marcos me contó la razón por la cual el viaje.

Su hija Carla, tenía problemas en el colegio, a medida que iba creciendo se iba haciendo cada vez mas y más rebelde. La madre de Marcos, Azucena, le había llamado desesperada pues ya no sabia que hacer con ella.

Le noté preocupado por aquello y triste a la misma vez, en se momento desconocía que él y Carla mantenían una relación un tanto fría y distante... aunque por su aspecto algo sospeché de aquello.

No quería inmiscuirme y no pregunté nada. Pero la relación que tenía con su hija me mantenía alerta.

Un chófer nos esperaba en las puertas del aeropuerto, subimos nuestro equipaje y nos pusimos rumbo a las afueras del centro de Sevilla. No pude evitar recordar a Emilio, todo Sevilla me recordaba a él, una parte de mi corazón se sintió muy triste y le extrañó. Intenté que Marcos no notara en mí la desdicha que cargaba en ese momento y me dediqué a mirar por la ventanilla en silencio, mientras él hablaba por teléfono con su abogado al otro lado del asiento.

Ya en las afueras una preciosa mansión enorme se alzaba frente a nosotros, a medida que nos acercábamos una mujer salió de ella y nos esperó en la puerta. Tendría unos 60 o 65 años, de tez blanca y cabello negro, con una inmensa sonrisa parecida a la de Marcos. *Supe quién era con solo mirarle un momento.*

En cuanto salimos del coche se acercó a abrazar a Marcos.

-Marcos...que alegría verte cariño.

-Hola mamá...- dijo él correspondiendo el abrazo.

-Esta es Alex, estamos trabajando juntos... -agregó soltándose.

-Alex... encantada, soy Azucena.- declaró mientras me daba dos besos.

-Un placer señora, tiene una casa preciosa.

-Gracias cielo... pero no me digas señora- declaró, tomando mi brazo y guiándome hacia dentro.

Marcos y el chófer bajaban el equipaje mientras Azucena me conducía a un precioso salón de estilo clásico muy elegante y refinado como parecía ser ella.

-Madre... nos ponemos cómodos y luego bajamos, ¿te parece bien?- declaró a nuestras espaldas Marcos.

-Claro, si.. si. Adelante Alex.

Seguí a Marcos admirada por el lujo de aquel sitio y subimos las escaleras.

Una vez arriba;

-Tu madre es encantadora.

-Esta emocionada, nunca he traído.... a nadie...- declaró.

Sonrojada por aquello, me concentré en mis pasos y llegamos al final de uno de los pasillos, él abrió la puerta y una habitación blanca impoluta apareció frente a nosotros.

-Este es tu cuarto. El mío es el de al lado.. .-dijo él.
-Es inmenso...- dije abriendo mis ojos como platos.
-Voy a cambiarme y te veo abajo... te dejo, intimidad...- aclaró y se marchó.

Cerré la puerta y observé aquel sitio, era acogedor y todo se veía impecable.
Un sitio con buen gusto, estaba claro.

Arreglé mi cabello, cepille mis dientes, retoqué mi maquillaje y me cambié de camisa. Bajé al cabo de unos minutos de nuevo al salón.

En uno de los sofás, junto a Azucena una niña, casi adolescente ya, rubia de preciosos ojos grises me observaba detenidamente igual que yo a ella.

-Carla, ella es Alex... mi compañera de trabajo.- dijo Marcos acercándose a mi, invitándome a sentar.

-Hola...- dijo tímidamente.

-Hola Carla.- sonriente contesté.

Me senté junto a Marcos que parecía alegre también y enseguida una sirvienta de mirada afable se acercó con café, leche, te y pastas.

El silencio reinaba en la sala. Un segundo después Carla dijo;

-¿Puedo subir a mi habitación abuela?- mirando a Azucena.

-Quédate con nosotros Carla.- contestó Marcos.

La niña le dio una mirada fulminante, mientras que Azucena le suplicaba a Marcos con la mirada. Un momento incómodo en el que, obviamente no dije absolutamente nada.

-Vete.- contestó Marcos mirando con desaprobación a su madre.

Cuando la niña estaba ya arriba. Él agregó...

-Tienes que dejar de consentirle todo madre.

-Hubiese hecho un berrinche y no me ha parecido apropiado- contestó ella preocupada claramente por mi presencia.

-No... no se preocupe por mi.- dije intentando darle tranquilidad.

-Tranquila Alex... Carla siempre se comporta así.- dijo Marcos aparentemente ofuscado.

-Bueno... cuéntame, ¿a qué te dedicas exactamente Alex?- dijo Azucena cambiando de tema rotundamente.

-Soy escritora
-¡Que bien!... cuéntame más.

Y pasamos un rato de lo mas agradable, le contamos con Marcos un poco sobre el proyecto y claro, ella se mostró ilusionada por aquello. Un rato después Marcos ya volvía a estar relajado y animado.

Un rato mas tarde pasamos al comedor a cenar, esta vez Carla bajó y nos acompañó aunque no pronunció palabra en toda la cena. Intentaba no mirarle fijamente pero ella tenia sus pequeños ojos grises puestos directamente en mi y comencé a pensar que mi presencia no estaba ayudando mucho.

Por suerte Azucena era una mujer educada y atenta y conseguía que la conversación fuese fluida manteniendo un ambiente distendido y agradable. Al terminar la cena, Carla y su abuela se disculparon y se retiraron arriba juntas. En ese momento Marcos, que había permanecido algo mas callado durante casi toda la velada, se ofreció a enseñarme la biblioteca.

Caminamos al otro lado del salón y entramos en ella, era un sitio bastante amplio y lleno de lujos como el resto de la casa, las inversiones inmobiliarias a las que esta familia se dedicaba parecía que les iban de maravilla, pensé.

-Aquí podemos trabajar tranquilos...- dijo él interrumpiendo mis pensamientos.

-Es muy buen sitio- contesté mientras miraba a mi alrededor.

-Ahora mismo no me apetece para nada trabajar en realidad.- dijo mientras me observaba- Verte observando la biblioteca, me recuerda otro sitio... especial. Estaba claro, que estaba recordando la noche que pasamos juntos en el hotel... sentí que el calor invadía mis mejillas y no quise mirarle.

-Hoy no veo necesario ponernos a ello, tranquilo.- comenté.

-Alex...- dijo acercándose. Tanto que sentía su respiración en mi nuca.

Espere un momento antes de hablar, evidentemente estaba cumpliendo su promesa, no me tocó. Ni dijo una palabras más.

Tomé un bocanada de aire y me giré para verle, para encontrarme con ese mar gris absorbente...

-Creo que será mejor subir a descansar y mañana encontramos hueco, ¿te parece bien?- pregunté.

-Claro...- contestó con desgano.

Subimos en silencio los dos mientras él sostenía mi mano, me gustaba que lo hiciera, me agradaba mucho sentir solo su mano sosteniéndome. De alguna manera era para mí especial. Un gesto sincero y sencillo del que, ni mi mente ni mi corazón se resistían.

Dejó sobre mi mano un beso y nos despedimos en la puerta de mi habitación.

Déjà vu.

La mañana siguiente desperté a un día un poco fresco y gris; abriendo de a poco los ojos le vi a mi lado observándome.

Perfecto. Recién duchado, impecable en su camisa blanca. Sólo mirándome con su sonrisa de lado... absolutamente sexy.

¿Quién puede despertar bajo esa mirada y no caer en la tentación de saltar a sus brazos? ¡Era un shock de belleza matutina a la que no estaba acostumbrada definitivamente!

-Buenos días preciosa...- dijo- He llamado a la puerta, pero tienes el sueño profundo parece.

-Buenos días- articulé, mientras instintivamente me tapaba un poco el pecho.

-Te espero abajo para desayunar- comentó, levantándose del otro extremo de la cama y saliendo de allí.

Muerta de espanto por mi aspecto deplorable de las mañanas y mi mal humor recurrente antes del café, me decidí por abandonar esas bonitas sabanas de seda y me levanté de allí.

Mas despierta y animada media hora después bajé al salón... pero allí no había nadie. Avancé por un pasillo lateral y encontré en la cocina a Marcos disfrutando del café con el periódico en mano. Se veía tan serio como siempre, absorto en la lectura.

-Hola... - dije aclarando mi garganta.

-Hola... Carla y mi madre han salido temprano de compras, me ha parecido buena idea aprovechar el tiempo para salir nosotros también.- comentó él.

-¿Salir?- pregunté mientras me acomodaba frente a él en el desayunador.

-Si, conozco a un tipo de la ciudad que trabaja para una Organización en Tanzania. He pensado en hacerle una visita, ¿qué te parece?

-Buena idea.- declaré.

Y así terminamos nuestro desayuno animados. En menos de una hora ya estábamos camino a la ciudad de Sevilla.

De alguna manera sentía una especie de **Déjà vu* al entrar en el casco antiguo de la ciudad, solo que otro hombre me acompañaba esta vez.

Marcos aparcó justo delante de una cafetería cerca del río Guadalquivir. En la acera nos esperaba un señor mas o menos de la misma edad de Azucena con cabello y barba totalmente gris.

- ¡Marcos!- saludó animadamente con un abrazo el hombre.
- ¡Hola James!- dijo él y luego agregó;
- Esta es Alex Stefan, mi compañera de trabajo
- Encantada- comenté ofreciendo mi mano.
- Un placer, soy James Miller. Para servirle... - correspondiendo mi saludo.

Finalizadas las formalidades entramos a la cafetería.
Zumos de naranja para mi, más café para Marcos y un vodka con hielo para James.

Los tres entramos en conversación rápidamente. James era un periodista jubilado de Inglaterra que había vivido 13 años en Tanzania, se habían conocido con Marcos mientras él estaba en África también. Ahora era responsable de los enlaces en España con una organización de ayuda humanitaria en esa zona. Percibí que era un hombre de mundo, de buen humor y jocosos, algo desprolijo y despreocupado por su aspecto, pero bastante agradable.

Le hablamos un poco sobre el proyecto y se ofreció a contactar con la gente en Tanzania para recibirnos en cuanto estuviésemos decididos. Y también, amablemente nos dio el número de dos personas más de contacto con las que podíamos entrevistarnos en Kenia.

Después de que el caballero bebiera a las 12 del mediodía tres vodkas más, nos encaminamos a la puerta. Cuando salíamos ilusionados y animados los tres, James mucho mas que nosotros; nos acercábamos al coche para despedirnos y vi justo en frente de la acera un hombre firmemente observándonos.

Recuerdo a la perfección la desilusión en esos ojos. Esa mirada confusa y triste. Iba a acercarme a él absorta en su presencia, cuando desapareció de un

momento a otro luego de que cruzaran la calle un par de coches.

Emilio desapareció de allí.

Marcos pareció darse cuenta de mi reacción aunque no entendía bien por qué y amablemente aunque sin perder pista de mi, mantuvo entretenido a James el tiempo suficiente como para retomar fuerzas y volver cerca de ellos para despedirnos por fin del amable caballero.

Cordialmente nos despedimos y subimos al coche mudos. Él me observaba sin saber que decir. Y yo estaba anonadada. Alegre por verle de nuevo, triste por él. Confusa. Perpleja.

Por fin unos kilómetros antes de la casa, Marcos rompió el silencio entre nosotros.

-¿Qué ha pasado Alex?- dijo- Dime algo por favor...

-Creí ver a alguien eso es todo. No me apetece mucho hablar de ello.

-¿Te importa si al llegar tomo un baño y luego seguimos con el trabajo...?- agregué.

-Claro, estaré hablando con Carla sobre su cumpleaños.

-¿Su cumpleaños?- pregunté.

-Es este fin de semana y hemos tenido... "diferencias" con respecto a la organización de la fiesta.

-Oh... bueno si necesitas ayuda con eso, puedo colaborar...

-Gracias, pero ella es muy reservada y una cabezota total.- dijo.

-Mira quién habla...- ironicé, haciéndole reír.

Llegamos a casa y aun seguíamos solos. En la habitación me desvestí con rapidez y me fui a la bañera.

Dejé que el agua aclarara mis sentidos y reconfortara mi piel. ¿Qué había sido aquello? ¿Debería llamarle por teléfono? Me parecía vivir en una dimensión paralela dónde revivía una y otra vez escenas similares. ¿Qué pensaba Emilio? Le había dejado atrás de manera cruel, pero en cierta manera era mi forma de protegerlo... pero dudaba de que él lo hubiese entendido así. Tenía que hablar con él, tenía que verle. Explicarle que no quería, ni quiero hacerle daño.

Si, tenía que ir a buscarle.

Me puse de pie y me sequé rápidamente absolutamente convencida, me cambié y cuando estuve lista, di dos golpecitos en la habitación de Marcos.

Un segundo después sorprendido abrió la puerta.

-¿Puedo pasar?- pregunté.

-Adelante...- contestó dejándome espacio para entrar.

Su habitación era aún mas grande que la mía y también era de un blanco impecable, algunos libros sobre un escritorio y algunas fotografías se posaban sobre la chimenea que había allí, me acerqué hasta ella intentando mantener la distancia entre nosotros.

- ¿Tu... podrías prestarme tu coche? - pregunté dejándolo totalmente sorprendido.

-Explícate Alex. Porque se qué hay algo que no quieres contarme. - agregó perdiendo un poco los nervios.

- He visto a mi amigo... a Emilio. - declaré en rendición.

-Oh... ya veo. ¿Y quieres explicarle que no nos estamos acostando, verdad?- dijo acercándose.

-Es complicado Marcos.- dije mirando el fuego de la chimenea.

-Si es lo que quieres, no voy a oponerme, pero no juegues conmigo Alex... establece tus prioridades.- dijo dejando las llaves sobre la cama y saliendo de la habitación con claro disgusto.

¡Mierda! Lidiaría con él mas tarde... ahora iría paso por paso. Solo podía rogar recordar el camino hasta el apartamento de Emilio... si es que aún seguía allí.

Bajé rápido y salí de allí sin encontrarme con nadie por suerte, conduje de nuevo hasta la ciudad y cuando estaba acercándome al apartamento no estaba segura de que iba a decirle, me había quedado casi en blanco, aunque en ese momento me bastaba solo con verle una vez más. Había evitado ver en él esa mirada durante el tiempo que pasamos juntos y al final no fui capaz de evitarla. Se había decepcionado de mi y de lo que vivimos y por una razón que mi mente desconocía era importante para mi que él, solo él no se sintiera así. Culpa, remordimiento.... lo que sea. Pero allí estaba... agitando mi corazón,

hirviendo mi sangre.

Aparqué justo debajo, mientras la tormenta se acercaba y los rayos iluminaban parte de la noche, toqué el timbre varias veces, pero nadie abrió. Al cabo de unos minutos cuando ya había comenzado a caer las primeras gotas, una amable señora bajaba del portal dejando la puerta abierta, sin pensarlo entré y subí al ascensor.

Toqué el timbre de su puerta insistentemente un par de veces hasta que por fin abrió la puerta. Emilio me miraba sorprendido y con evidente cara de disgusto.

-Hola...- dije en un susurro.

-Te has equivocado de dirección.- comentó tajante.

-No es lo que tu crees, por favor- dije levantando mis manos para no ser interrumpida- te prometo que no es lo que crees, es difícil... es más complicado de lo que imaginas, pero solo estamos trabajando juntos, y aunque nos acostáramos... que ciertamente no ha sucedido... eso no cambiaría en nada todo lo que un día te dije, siento mucho haberte alejado de mi de ese modo, solo intentaba protegerte. Mi amistad es todo lo que podía y puedo darte. Eres el hombre mas espectacular que conozco y en otras circunstancias me habría enamorado perdidamente de ti. ¡Mírate.... eres perfecto!.

- Te quiero y siempre te querré, pero no soy yo la mujer que te hará feliz.- terminé con lagrimas derramándose por mis mejillas exhausta y abatida.

Dejé escapar un suspiro nada mas terminar mi confesión y le miré directo a los ojos... su expresión no había cambiado. No movió ni un músculo de su cuerpo, ni dijo nada. Nos quedamos allí mudos.

-Entiendo- articulé por fin y me subí al ascensor dispuesta a bajar mientras él seguía en el portal.

Salí del edificio mientras la lluvia empapaba mi cuerpo, abatida y desilusionada. Me acerqué al coche y escuché detrás de mí su voz.

-Tu también eres una mujer espectacular, deberías empezar a creértelo.- dijo muy cerca de mí.

Giré y me abalancé sobre él. Nos abrazamos en silencio mientras la lluvia nos bañaba a los dos.

-Lo siento mucho... - declaré.

-Y yo...

Nos soltamos... y mirando en la profundidad de sus ojos descubrí el corazón puro que siempre había sabido que estaba allí.

-Vete, estará preocupado por ti.

-Ya nos veremos...- comenté, sabiendo que quizás eso no ocurriría jamás.

-Si...- contestó y abrió la puerta del coche.

Me subí sin dejar de mirarle totalmente mojada y congelada. Puse en marcha el coche... y salí de la ciudad sin mirar atrás. Di un par de vueltas antes de poner rumbo a la gran mansión, necesitaba ordenar mis ideas. Todavía confusa, pero algo mas tranquila, me di cuenta, lo mal agradecida que había sido con Marcos, me había traído a casa de su madre y yo había huido de allí como una adolescente olvidando su cordial hospitalidad, había empapado su precioso deportivo, y había pretendido que entendiera mi urgencia como si él adivinara todo lo que pasaba por mi mente, siendo que yo nunca había atendido las suyas. No tenía suficiente con su hija...sino que yo le daba un problema mas.

Era necesario que me disculpara esa noche también con él.

Al llegar a casa, ya pasadas las once de la noche, en el amplio salón Carla estaba recostada sobre el regazo de su padre totalmente dormida, habían estado mirando una película y se había quedado dormida allí mismo. Nada mas asomarme con preocupación Marcos me miró, aún seguía algo mojada. Desde lejos y en silencio articulé un; LO SIENTO. Que claramente entendió.

Subí despacio las escaleras hasta mi habitación. Una vez dentro, me deshice de la ropa mojada y me di una ducha caliente, cuando entré en la habitación envuelta en una bata de baño y con la toalla en la cabeza, Marcos me esperaba sentado en la cama, con cara de cansancio, algo triste.

-Te he traído un té caliente.- dijo aún serio, mirando la taza humeante en la mesilla.

-Gracias...- comenté sentándome a su lado.

-Quiero pedirte disculpas. He sido tremendamente egoísta contigo. Y lo siento mucho.- dije.

Él continuaba sin mirarme y dando un suspiro comentó seriamente;

-Lo mejor será limitarnos exclusivamente al trabajo. No necesito explicaciones.

Su comentario me hirió profundamente, estaba decidida a hablar con él... a por fin darle palabras a todo lo que sentía por dentro, pero era tan orgulloso como yo. Y me había cerrado las puertas. Estaba vengándose, o castigándome por mi comportamiento y eso me dolía y me desanimaba, me hacia dudar. Era en ese instante ese energúmeno que detestaba y necesitaba alejarme de él. No le permitiría ver una lagrima mía, así que poniéndome de pie, agregué;

-Tienes razón y de nuevo...lo siento.- mientras abría la puerta y le invitaba a marcharse.

Sin mirarnos si quiera, salió de la habitación. Y fue en ese momento cuando me di permiso para llorar.

**Déjà vu* : es un tipo de amnesia del reconocimiento de alguna experiencia que sentimos que ya hemos vivido previamente.

Adolescente.

A la mañana siguiente muy temprano bajé sigilosamente a la biblioteca. Cuando Marcos entró unas horas después yo estaba ensimismada en mi trabajo.

-Buenos días- dijo acercándose a mi silla.

-Buenos días- contesté, seriamente también.

-Me ha enviado un correo el contacto de Sierra de Leona, a través de mis amigos de *Smile*, he conseguido entrevistar al director de **Médicos sin Fronteras*, estoy esperando la confirmación de conexión.

Asombrado por mis avances y dejando a un lado nuestros problemas Marcos se acercó aún más a mi y sentándose a mi lado nos adentramos en nuestro trabajo. Al cabo de un rato conseguimos la conexión, ansiosos los dos, pudimos saber de primera mano la situación en el país.

Tres horas después, algo cansados ya, el rugido de mis tripas nos hizo reír un buen rato...

-Definitivamente nos vamos a comer.- dijo él.

-¿Y tu madre y Carla?

-Siguen con lo del cumpleaños. Carla quiere tener un dj.... y mi madre le sigue el juego.

-¡Que guay!- dije sonriente.

-Si... muy guay- ironizó mientras entrecerraba sus preciosos ojos.

Después de montarnos en su coche, Marcos me llevó a un precioso restaurante con vistas a la ciudad, el sitio era realmente encantador y después de pedir la comida, sintiéndome a gusto decidí romper el hielo.

-Se que hemos acordado mantener nuestra relación en lo estrictamente profesional y estoy totalmente de acuerdo- afirmé levantando mis brazos en señal de paz- pero quería ofrecerte mis disculpas otra vez.

-Esta bien Alex, es un tema que doy por terminado.- contestó metiéndose en su coraza de hierro.

-Bien

-Bien- agregó.

El resto de la comida nos limitamos a hablar de los contactos que habíamos recopilado y de la posible fecha del viaje a África. Discutimos un buen rato este aspecto por diferencias irreconciliables, pues no llegamos a ningún puerto ese día. Pero en mi interior sabía que mis buenos argumentos comenzarían a agotarse en breve.

Después de la exquisita comida, volvimos a casa, Marcos se encerró en la biblioteca a hacer unas llamadas y yo me dirigí a mi habitación, al subir las escaleras la música de **Justin Bieber* sonaba estrepitosamente desde la habitación de Carla.

Me acerqué un momento y por la puerta entre abierta le vi bailando frente al espejo, toda una adolescente, ensimismada en la música y en su aspecto. Me vio... sorprendida y avergonzada corrió a apagar el dispositivo y la música se detuvo.

-Lo siento... no quería asustarte- articulé del otro lado.

Ella me miraba sin decir nada aun...

-Me ha contado tu papá que quieres un dj en tu cumpleaños. ¡Eso es muy guay!declaré.

-Eso le he dicho... pero no le ha hecho gracia.

-¿Puedo pasar? - pregunté.

-Si...- contestó titubeante.

La habitación era una mezcla rara, de muñecas, posters de bandas musicales y sabanas de hadas. Definitivamente era la época mas complicada de su transición.

-Me gusta tu cuarto...- comenté.

Poniéndose ella delante de las muñecas, intentando esconderlas, dejó al descubierto un vestido blanco bastante infantil a un lado del espejo.

-¿Ese es tu vestido de cumpleaños?

-No... si. Bueno es el "apropiado".- enfatizó.

-Mmmm... podríamos buscar otro...- comenté pensando que era quizás un modelo bastante infantil para ella.

-¿En serio?- me preguntó ella mirando con ilusión.

-Déjame a mi.- agregué.

Carla miro detrás de mi, poniendo sus ojos como platos y ruborizándose.

Sabía que él estaba detrás de mi.

-Hola.... están aquí.- comentó Marcos.

-Si, Carla me estaba contando de su cumpleaños y le he dicho que mi regalo tendrá que elegirlo ella.... ¿te importa dejarme tu coche?- pregunté angelicalmente.

-Claro...¿les acompaño?- preguntó incrédulo.

-Estaremos bien.

Bajamos intentando disimular la emoción y nos subimos rápidamente al coche dejando atrás la mirada de incredulidad de Marcos.

Nada mas hacer un par de kilómetros soltamos unas carcajadas jocosas y alegres por nuestra osadía. La aventura iba viento en popa y Carla parecía cada vez mas contenta, fui directo a la tienda donde había comprado mi vestido para la gala. Nada mas entrar le pedí a la dependienta que nos diera varios vestidos acorde a la edad de ella para probarlos.

Carla desfiló para mi con algunos modelitos, el ultimo que se probó le sentaba de maravilla parecía una señorita sin hacerle ver ni mas mayor, ni más niña. De color rosa, un poco ceñido a su cuerpo y largo hasta los tobillos, de mangas tres cuartos y con un pequeño escote decorado con pedrería. Parecía una princesa sonriente, tremendamente parecida a su padre. Me di por satisfecha pagando y observando la alegría con la que ella recibía la bolsa con el vestido.

Salimos de allí y nos tomamos unos batidos antes de volver a la mansión. Acordamos que escondería el vestido hasta el día del cumpleaños para que

fuese una sorpresa y para que Marcos no opinara sobre él.

Carla se mostró agradecida y prometió guardar el secreto. Volvimos y llegamos al salón risueñas, mientras Azucena y Marcos no daban crédito de nuestra nueva amistad.

-Subo a mi habitación- comentó Carla aun sonriente, llevándose el vestido, para esconderlo en mi armario.

-Vaya....- asombrada comentó Azucena.
Me senté en el sillón mientras ella decía;

-Definitivamente Alex tienes un don con la gente. Carla es como Marcos, son de un carácter...un tanto especial. Sin embargo trabajas con él y haces buenas migas con ella. - prosiguió- ¡Increíble!

No pude evitar solo sonreír mientras Marcos no despegaba los ojos de mi. Azucena se disculpó y nos dejó solos en el salón mientras ella iba a la cocina a echar un vistazo a la cena que estaría lista en breve.

Ante la mirada escrutadora de Marcos, comencé a sentirme un poco acorralada. Era tremendamente perspicaz.

-¿Dónde habéis ido?- preguntó
-De compras.

-Alex... yo no soy mi madre. Me alegra que Carla te aprecie, pero tienes que saber que es una niña todavía y se sugestionona fácilmente.

-¿Perdona? ... primero deberías saber que ya no es una niña, aunque te empeñes en ello... y también deberías saber que si insinúas que soy una mala influencia, ¡pues no me hubieses traído a esta casa! - Dije escupiendo esas últimas palabras en su cara y con total enfado.

Ofendida, di media vuelta y me alejé hacía las escaleras, subiendo dije;

-Discúlpame con tu madre. He perdido el apetito.

Me encerré en el cuarto convencida de que había ayudado a Carla a mostrarse tal y como es; y tal como se siente. ¡Y ningún tirano iba a apaciguar mi

convicción!

Después de ponerme mi pijama me acosté, no conseguía conciliar el sueño, pero escuché a Marcos entrar en la habitación continua. Al cabo de un rato. Escuché su puerta nuevamente, seguido de unos suaves golpes en mi puerta.

Automáticamente de un salto llegué a la puerta y abrí.

Me miraba aún con recelo... pero algo triste, sin decir palabra le invité a entrar. Nos sentamos en mi cama y comentó;

-Es difícil mantenerse solo en lo profesional ¿eh?...

Yo seguía sin pronunciar palabra así que él comentó de nuevo;

-No ha sido mi intención ofenderte. Lo siento...

-Esta bien.- articulé.

-Mi relación con Carla pende de un hilo, básicamente hasta hace unos años ni siquiera me hablaba...- siguió- yo pasé casi toda su infancia fuera... primero perdido en el alcohol y luego en África... Ni siquiera quiere vivir conmigo en Madrid... todo con ella me cuesta, me parece difícil y me niego a que crezca, me niego a que me conozca, sepa cosas de mí y confirme que he sido un monstruo, un padre terrible...

Abatido a mi lado, sentí pena por él, tomé una de sus manos y dije;

-No eres un monstruo. Conseguiste salir adelante a pesar de todo.

- Para ella soy un ogro....¿te ha dicho que tiene novio?

-No hemos llegado a esa parte...- comenté.

-Me lo ha confesado hoy mi madre, porque a mi ella no quiere contarme nada...

- Marcos... yo crecí con mi padre, solo eramos él y yo. Y nunca le conté nada, es esta etapa de su vida. Estoy segura de que ella te quiere, solo que necesita relacionarse más, con mujeres y gente de su edad...¿entiendes?

-Tienes que ser mas flexible con ella, pasar tiempo juntos... conocerse, salir, pasear... Pero no te culpes por lo que has vivido, disfruta de que aun tienes a parte de tu familia...

-¿Porque eres tan especial?- dijo buscando en mis ojos la explicación. Sonreí sin decir nada. Mientras permanecíamos absortos uno en el otro.

-¿Puedo quedarme a dormir aquí?- preguntó.

-Marcos...- agregué en desacuerdo.

-Solo dormir, lo prometo.... hemos acordado que no haré nada a menos que me lo pidas.- insistió.

-Esta bien.- dije mientras nos acomodábamos en la cama.

Apoye mi cabeza en su pecho, mientras me rodeaba con un brazo, en breve su suave respiración se acompasó a la mía, dejándome arrastrar por ese remanso de tranquilidad hacía mis sueños.

***Médicos Sin Fronteras;** *es una organización médica y humanitaria internacional que aporta su ayuda a las víctimas de desastres naturales o humanos y de conflictos armados, sin ninguna discriminación de raza, sexo, religión, filosofía o política.*

***Justin Bieber;** *es un cantante y compositor canadiense seguido por muchas adolescentes alrededor del mundo.*

Íntimo.

Nos despertamos mas o menos a la misma vez, todavía no amanecía. Sus ojos grises aún más intensos no despegaban la vista de mi... estaba a mi lado casi como lo había soñado.

Me acerqué un poco más a él y tomando mi barbilla para sostenerme la mirada, buscó en mis ojos alguna señal para besarme... mientras mi corazón parecía no caber en mi pecho, dejé atrás mis miedos y la culpa.

-Bésame...- susurré despacio.
Y lo hizo.

Delicadamente nos besamos degustando ese placer, nos recorrimos con la boca, nos buscamos con pasión. Fue íntimo y pasional... y lentamente él fue quedando sobre mí.

Su pecho aprisionaba el mío, mientras sentía mi piel hervir.

La tenue luz de la habitación nos bañaba, no parábamos de besarnos y de saborearnos. Sus manos recorrían mi cuerpo, le sentí en todos lados, en mis piernas, en los muslos, en los pechos, en los brazos.... como si tuviese mil manos y todas ellas me sostuvieran a la vez.

Se alejó un poco de mí, sus ojos brillaban y su respiración se sentía tan acelerada como la mía, me miró profundamente y dijo;

-Alex...dime lo que quieres, dímelo cielo. Te prometí que...

-Hazme el amor- dije determinante, soltando los botones de mi pijama sin dejar de mirarle.

Todos los pensamientos negativos se detuvieron allí mismo al dejar atrás esas palabras. Su cálido cuerpo y cada caricia fueron un remanso para mi alma, le sentí viril y fuerte.

Acariciar su pecho y su espalda me hacían sentir cada vez más extasiada, mi cuerpo entero le reclamaba mientras le recordaba, mi piel tenía memoria de cada zona que besó, de cada parte que lamió y también reclamó.

Nos saboreamos con placer y me entregué en cuerpo y alma, porque ese hombre no solo despertaba en mi un instinto sexual voraz, sino que mi corazón danzaba y revoloteaba en mi ansioso por amarle, por querer más y más de él.

Con las primeras luces del alba, nos quedamos dormidos, no habíamos dicho muchas palabras, pues sabíamos que sobraban.

Unas horas después, desperté y antes de abrir mis ojos decidí, mientras le sentía dormir a mi lado, que le quería en mi vida... a pesar de todo. Aunque aquello fuese una tarea difícil por la que luchar cada día. Cuando por fin abrí los ojos, me levanté despacio y fui a tomar una ducha rápida.

No había terminado aún cuando Marcos apareció por allí con el cabello algo alborotado y con una mirada sensual. Nos sonreímos al unísono y le dejé entrar a la ducha, nos tomamos un largo tiempo mientras nos acariciamos con el jabón, fui atenta y cuidadosa al recorrer con la esponja cada parte de su cuerpo, mientras de él solo se escuchaba un suave jadeo.

-Es mi turno- declaró cuando su excitación ya era más que evidente.

Con una sonrisa dejé la esponja en sus manos, sin perder tiempo; pero suavemente, hizo que apoyara mis brazos en la pared quedando de espaldas a él, recorrió mis piernas, mis nalgas y mi espalda, se acercó un poco a mi y dijo;

-Eres escandalosamente sexy Alex...- Dejando caer la delicada esponja a sus pies. Y provocando un escalofrío que recorrió mi cuerpo.

Segundos después le sentí dentro de mi, me recliné hacia él invitándole a penetrarme más profundo, mis jadeos y los suyos se unieron perdiéndose en el sonido del agua caer, sus manos me sujetaban por las caderas, mientras continuaba una y otra vez moviéndose. La sangre me hervía, mi cuerpo entero burbujeaba y no tardé en llegar al clímax, cuando una de sus manos comenzó acariciar mi clítoris, excitada por su pasión, minutos después también él se dejó arrastrar por esa locura que nos devoraba.

Al cabo de un rato, salimos de la ducha, limpios de nuevo, Marcos atentamente secó mi cuerpo, sintiéndome como una reina y su sirviente, le dejé

hacer, solo por verle sonreír, cuando se envolvió él también en otra toalla salimos del humeante baño y nos sentamos en la cama, uno frente al otro.

-Crees que si hablamos, la magia desaparecerá...- comenté.

-Contigo nunca se acaba la magia, nena. - dijo dejando un suave beso sobre mi frente.

¡Fiesta!

Marcos salió de la habitación minutos después, no habíamos hablado casi nada, pero nos había bastado. Sequé mi cabello, me cambié y bajé animada al salón, el estómago me rugía de hambre, no había cenado y había gastado energía suficiente como para sufrir una lipotimia en breves momentos, así que me acerqué a la cocina. Antes de entrar oí a Azucena hablar...

-Cariño, vas a contarme que sucede entre tu y Alex...- preguntaba a Marcos.

-Trabajamos juntos.- dijo tajante.

-Sabes que nunca he sido indiscreta, pero me gustaría saber que pasa entre ustedes, ella parece ser una mujer excepcional...- dijo Azucena.

-Y lo es, es la mujer más maravillosa que he conocido... por eso no voy a contarte nada. - declaró animado él.

Sentí un bufido salir de los labios de ella y rebosante de alegría entré en la cocina, dando los buenos días, Azucena me ofrecía una mirada escrutadora de la que no podía escapar mientras Marcos solo me sonreía. Desayunamos los tres, y al cabo de unos minutos ella salió de la amplia cocina, dejándonos solos en absoluto silencio.

-Bueno... mañana es el cumpleaños de Carla, ¿me ayudas a elegir un regalo?- dijo por fin.

-Claro, vayamos algún centro comercial.- contesté animada.

Llegamos al enorme sitio, animados y riendo, nos habíamos pasado casi todo el camino discutiendo de política, pero aún así, y aunque no estábamos de acuerdo en la gran mayoría de las cosas, el ambiente era distendido y agradable, me sentía cómoda y le veía animado; más jovial y alegre.

Rodó uno de sus brazos por mi hombro y recorrimos las tiendas así, como una pareja normal, por fin después de un par de horas encontramos el regalo perfecto, una preciosa pulsera de plata con incrustaciones de piedras preciosas a juego con unos pendientes en forma de corazón. Era un regalo caro, precioso y que seguro apreciaría ella por parte de su padre.

Hicimos la compra y nos sentamos en una cafetería a tomar un capuchino. El día transcurrió tranquilo al regresar.

Por la noche, Marcos sigilosamente se acercó a mi habitación y pasamos otra noche juntos, explorándonos... disfrutándonos. Amándonos.

El día siguiente por la noche, la casa estaba lista para la fiesta, desde mi habitación podía oír el dj en el salón principal. Después de ponerme mi vestido negro ceñido y tacones a juego, bajé y me encontré a un sonriente Marcos devorándome con sus preciosos ojos grises.

Se veía alegre y relajado, se acercó a mí y dejó en mis labios un suave y casto beso que me ruborizó al instante al ver a su madre cerca.

Camарeros desfilaban entre la multitud ofreciendo gran variedad de aperitivos, al menos unos 50 adolescentes deambulaban por la casa y Azucena atenta a cada detalle no perdía de vista a ninguno.

Unos minutos después la estrepitosa música se paró dando paso a una suave melodía, desde las escaleras Carla bajaba en su precioso vestido rosa.

Radiante. Sonreí abiertamente al verla, mientras sentí el brazo de Marcos recorrer mi cintura, delicadamente me dijo al oído;

-Curiosa elección de vestido.

No pronunció nada mas, ni yo dije nada, puesto que aún no sabía si eso le había agradado o se había enfadado.

Azucena le dió un abrazo, emocionada hasta las lágrimas, Marcos por su parte le dió un beso en la frente, debatiéndose entre la emoción y la seriedad característica de él.

No sabía si acercarme también, no sentía que fuese correcto invadir ese momento, le di una amplia sonrisa a Carla, contemplando la bonita escena desde un costado; inesperadamente caminó rápidamente hasta mí, me abrazó sinceramente con evidente felicidad, sin decir palabra.

Su calidez me invadió y luché por no sentirme conmovida y soltar lágrima. Mientras que en mi interior me sentía realmente de maravilla y agradecida por su afecto. Llena de emoción.

Azucena y Marcos más incrédulos que yo, no ocultaron su sorpresa ante aquel gesto.... Carla desapareció entre la multitud rodeada de amigas que le hacían cumplidos ante su apariencia tan distinta. Marcos acercándose, me guió hasta una barra de bar improvisada cerca del jardín.

-Una copa de champagne y un zumo por favor. - dijo al camarero. Y por fin me miró a los ojos.

-Bueno... lo del vestido ha sido toda una sorpresa, por la que aún no he decidido si mereces unos azotes o una felicitación.- comentó seriamente.

-Oye...- comencé a decir en mi defensa, levantando mis manos- yo sólo...

-No, no digas nada- me interrumpió acercando uno de sus dedos a mi boca. Tomó las copas; ofreciendome el champagne y continuó;

-Evidentemente le gustas a Carla... y eso me ha reconfortado mucho. - aclaró con evidente emoción.

-Ella me gusta a mí- dije dando un sorbo.

-Tu me gustas a mí.- comentó para acercarse un poco más.

Enmudecí ante aquello, a veces sus palabras llegaban a lo mas profundo de mi... y era difícil encontrar las palabras adecuadas cuando sentía todo mi cuerpo estremecerse bajo el efecto de su voz.

-No lo hemos hablado antes y no se si este es el momento adecuado, pero no quiero esperar mas... - dijo algo nervioso ahora- me gustaría que tu y yo tuviésemos una relación, una de verdad... yo te quiero en mi vida Alex.- agregó ansioso por una respuesta.

Di otro sorbo intentando no ahogarme con ello y respondí;

-¿Te refieres a una relación estable a tiempo completo?

-Me refiero a ti y a mí, juntos.- y prosiguió- Sé que bueno... quizás no hemos empezado de la mejor manera pero quiero una vida contigo.

Sus profundos ojos no se despegaban de mí en busca de una respuesta, analizando... expectantes.

-No se qué decir... solté por fin- siendo sincera y abrumada ante aquello.

-¿Lo pensarás al menos?- comentó seriamente.

-Claro que si. Solo necesito algo de tiempo.

Tiempo, tiempo... ¿tiempo?. ¿era eso realmente lo que necesitaba?

Mi cabeza estaba confusa, asombrada, abrumada por todo aquello... desde la escena que contemplé en bastidores hasta aquella de la que fui parte. Mi maldita indecisión me hacía pasar otra mala pasada. Mientras Marcos a mi lado parecía convertirse una vez mas en fría roca, aunque intentando disimular su decepción.

Ahora la gran fiesta estaba en mi cabeza y allí todos estaban invitados. La hermosa lujuria regando de calor mi cuerpo, deseando... Queriendo consumir hasta sus huesos. La incertidumbre, hábil embustera, asaltando mi mente... y hasta la maliciosa ira traicionándome y haciéndome mi peor enemiga. ¡Vaya fiesta! ¡Vaya fiesta!

Una relación.

Horas mas tarde la fiesta terminó y yo conseguí escabullirme a mi habitación, esa noche descubrí no solo de que yo era una mujer tremendamente indecisa, sino de que Marcos no tenía mucha paciencia para aguantar aquello, cosa que no recrimine, puesto que ni siquiera yo era capaz de lidiar conmigo misma. Yo ya habia pensado lo mismo que él, le quería en mi vida, pero me costaba dar ese salto de fe.

Sobre las cuatro de la mañana cansada de dar miles de vueltas no solo en la cama sino también en mi mente, decidí que sería una idiota si dejara que todos mis miedos y culpas me alejaran otra vez de Marcos, estaba claro que una relación con él sería difícil, una tarea diaria... pero yo le quería, le quería con el corazón, con las entrañas. Con todas esas cosas buenas que causaba en mí y con las malas también, porque a pesar de todo, jamás había dejado de pensar en él. Obligué a mi cuerpo a reaccionar, respiré profundo y de un salto salí del cuarto.

Marcos dormía de lado cuando entré, descansaba solo con unos bóxer negros y se veía tan condenadamente sexy como siempre. Me abalancé sobre él y le abracé por detrás. Dió un largo suspiro en cuanto me sintió.

-Yo también te quiero en mi vida.- dije suavemente en su oído.
Se giró y clavó sus hermosos ojos grises en mi, penetró con su mirada mi corazón y sonrió abiertamente. Acarició mi rostro y dijo;

-Te quiero Alex... yo te quiero, desde el primer momento en que te vi en ese ascensor, supe en ese instante que eras la mujer que yo tanto esperaba. Y no puedo arrepentirme de nada.

-También te quiero, no solo porque a veces eres irresistible, sino porque aún cuando eres insoportable no dejo de volverme loca por ti, pero...

-Continua...- dijo él cogiendo mi cara con sus manos.

-Tengo miedo. Me siento aterrada, hay sentimientos que nunca desaparecerán de mí y temo que eso nos pueda volver alejar.

-Si eso sucede, prometo ser tremendamente insistente, sabes que puedo ser un

amigo que te escuche o un idiota engreído que no puedas olvidar.- dijo con una leve sonrisa. Y continuó;

-Quiero ir contigo a África, quiero mostrarte sitios que conocí, quiero terminar nuestro proyecto. Quiero presentarlo en Madrid y que camines a mi lado cuando llegue ese momento, mostrarle al mundo que eres mía... que te quiero y estamos juntos.- dijo con euforia.

Me sentí conmovida por sus palabras, sus ojos brillaban en la tenue luz. Nos sinceramos manteniendo la mirada, navegando en el mar del otro. Sonreí por su declaración y me acerqué aún mas a él, llenando mis pulmones de su fragancia, llenándome de él... y dije;

-Llévame a África, o a las estrellas...esta noche me da igual.

Mis palabras encendieron esa chispa que nos volvía locos y comenzamos a besarnos con urgencia, con intensa pasión.

Marcos hábilmente, llevó mis manos hacia arriba de mi cabeza sujetándome mientras devoraba mi boca, tomó mis muñecas con una mano, mientras que la otra se deslizaba suavemente por mis pechos. Sentía que ellos querían escapar de la fina tela del pijama que los cubría, mi respiración se agitaba mientras mi pecho subía y bajaba salvajemente. Me soltó un momento para desprender los botones de mi camisa, para luego bajar mis pantalones y mi ropa interior. Así quedé desnuda debajo de él. Volvió a tomar mis muñecas dejándome inmobilizada, su otra mano recorría mi abdomen, mi ombligo... y bajaba aún mas, trazó un recorrido hasta mis muslos que repitió varias veces, mientras sentía mas y más placer. Por fin articulé palabra;

-Me estas volviendo loca...

-Tú me vuelves loco a mí...- declaró, rozando mi clítoris. Incitando mi interior con sus suaves dedos.

-Marcos...- susurré.

-Eres jodidamente sexy Alex... - dijo, mientras bajaba su bóxer.

Se acercó mas y me penetró rápidamente llevándome a un éxtasis inexplicable, me encantaba sentirle así, por momentos tan rudo. Ágilmente se movía mientras nuestras respiraciones se agitaban. De mi garganta escapaban jadeos

incontrolables que a Marcos le excitaban aún mas, minutos después alcancé el clímax arrastrada por una incontrolable pasión, él no tardó mucho más en dejarse llevar también.

Consumidos por esa urgencia, esa necesidad divina y a la vez primitiva, poco después nos dormimos, me acomodé sobre su pecho y así nos llegó la mañana.

Desayunamos los cuatro en el salón, Azucena nos miraba sonriente sin ocultar su felicidad ante nuestra clara relación. Cerca del mediodía teníamos el vuelo de regreso a Madrid, así que invité a Carla a dar un paseo para poder charlar con ella un poco, aprovechando que Marcos atendía una llamada telefónica.

Caminábamos por el jardín, recordando la fiesta cuando ella dijo abruptamente;

-¿Eres la novia de mi padre?

-¡Si!...¡no!...bueno si.- dije intentando ser sincera.

-Eso... ¿te molesta?- pregunté.

-Bueno...- dijo levantando sus hombros.- Tú me caes bien- y sonrió.

-Y tu a mi, así que espero volver pronto, o que vengas a Madrid de visita.agregué.

-Mi abuela se volvería loca una semana sin mi, pero en las vacaciones intentaré ir a Madrid- recalcó y seguimos hablando animadamente de la fiesta de cumpleaños.

No mencionó a ningún novio, porque no teníamos aún una gran confianza pero tenía muchas esperanzas de que en un futuro tuviéramos una gran relación. Era una adolescente comenzando a descubrir el mundo, que en ocasiones me recordaba a mi. Una joven que creció sin su mamá un poco perdida y ansiosa por nuevas experiencias.

La hora llegó, preparamos las maletas y bajamos al salón.

Carla dio un beso a su padre y luego me dio otro a mi, se mostraba algo cabizbaja por la despedida pero no tardó mucho en distraerse con su móvil, luego Azucena dio un largo beso a Marcos y se acercó a mí para darme un abrazo mientras decía;

-Espero verte pronto Alex, no sabes cuanto me alegra haberte conocido.

-Gracias por todo...- agregué.

-Gracias a ti, claramente le haces feliz- dijo mirando a su hijo.

Él resoplaba por la declaración de su madre mientras yo esbozaba mi mas sincera sonrisa. Nos despedimos nuevamente en la puerta de la mansión, ya mas animados los cuatro, nos subimos al coche y nos pusimos camino a Madrid.

Remordimiento.

Al regresar a Madrid los días pasaron rápidamente, Marcos me acompañó a casa y se despidió con un suave y cálido beso. Me sentía muy bien, animada y relajada. Mi vida parecía encaminada.

Visité la editorial y mantuve una larga conversación con Sara, no pude evitar contarle toda la historia que nos unía a Marcos y a mi. De principio a fin le describí los acontecimientos mientras ella escuchaba atentamente. Sara como siempre se mostró comprensiva, cariñosa y me animó a continuar con todo aquello que me hiciera feliz. Claro que me regañó por no haberle contado todo antes, pero dijo que entendía lo difícil que era para mi.

Todo marchaba de mil maravillas. Por las tardes Marcos se pasaba por casa, trabajábamos un rato, cenábamos a veces en casa; y otras veces fuera y luego nos perdíamos entre las nuevas sábanas de mi cama. Por la mañana me deleitaba una y otra vez al mirarle amanecer allí conmigo.

Una mañana después de desayunar partimos juntos a la editorial a una cita con el señor Valdemoro, teníamos que detallar nuestros avances y programar el viaje. Ese viaje que a mi me parecía cada día mas inminente y que mi mente aun no lograba aclarar.

Llegamos de la mano, no pude evitar observar las miradas y cuchicheos de la gente al pasar. Respiré profundo y dejé que el calor su mano sostuviera mi mundo por unos minutos.

Al entrar en el despacho del señor Valdemoro, se mostró sonriente y alegre de vernos otra vez, al finalizar la reunión acordamos viajar en dos semanas. Las habilidades de Marcos para la fotografía y la investigación, y mis dotes con la escritura, nos proporcionarían un libro y una exposición fotográfica magnífica y estudiada a la perfección. Nuestro jefe se mostró contento y satisfecho, nos dio la enhorabuena y carta blanca para los gastos del viaje.

Salimos de la editorial, tomados de la mano y con excelente ánimo, al cruzar la puerta mi mundo se congeló.

Ana.

Ana, la hermana de Noah, me miraba con evidente cara de indignación, sus

ojos iban de Marcos a mi y de mí, hacia él en desaprobación.

¿Qué demonios hacía en Madrid?

-Ana...- articulé.

-Hola Alex... te he llamado, incluso he ido a tu casa... pero has desaparecido. comenté mirándome solo a mi.

-Si, es que vendí la casa...- dije- Este es Marcos... un amigo. -comenté con vergüenza y confusión.

-Encantado - dijo Marcos- Soy el amigo...- con clara indignación.

Ana le miró de arriba abajo, y volvió a mirarme a mí para decir;

-Podemos hablar un rato...

Marcos, enojado e incómodo como yo, soltó mi mano y se fue sin decir palabra. Dejándonos a las puertas de la editorial en una situación de lo mas rara. Mi mente se hacía mil preguntas... y rogaba porque Marcos no se hubiese enojado por mi presentación, no me había parecido bien en ese momento presentarlo como mi pareja... estaba en medio de un torbellino de confusión.

Nos sentamos en la cafetería frente a la editorial, intentando aclarar un poco su visita nada mas sentarnos pregunté;

-¿Qué haces en Madrid, Ana?

-He venido por trabajo, te he llamado, he estado en tu casa.. pero no lograba dar contigo, hasta que encontré en una agenda la dirección de tu trabajo.

Quería saber cómo estabas... he visto que muy bien..- agregó con calma.

Pasé por alto su comentario malicioso y dije;

-Siento mucho no haberte llamado, he estado mucho tiempo fuera del país, y cuando volví me mudé a otra casa... era difícil para mi seguir viviendo allí. - aclaré con sinceridad.

-Ya... lo imagino. Mira Alex... no hemos tenido una relación cercana mientras mi hermano aún vivía mucho menos pretendo tenerla ahora que parece que has olvidado a Noah, sus cosas y todo lo que él te aguantaba, así que..- continuó. - La otra razón por la que estoy aquí es porque Noah tenía un álbum fotográfico

de mi familia que me gustaría mucho recuperar.

-Estas equivocada. No tienes ni idea de la relación que Noah y yo teníamos... y no consiento que me juzgues.- le dije enfadada sacando de mi bolso una de mis tarjetas personales agregó;

-Enviame la dirección de tu hotel a ese número y te haré llegar el álbum.- Me puse de pie dispuesta a salir de allí y ella fulminandome con la mirada, escupió;

-Solo ruego a Dios que te hayas tirado a los brazos de ese hombre después de que mi hermano, ese idiota que tanto te quería, muriera...

Sin volver a mirarla y con un dolor en el pecho tremendo salí de allí. Avancé rápidamente por las calles con la mente perdida y la culpa en las manos. *¿Es que no podía ser feliz? ¿No me lo merecía? ¿Quién diablos se creía para juzgarme?...*

¿Alguien siempre lo haría?

Después de caminar unas horas sin sentido, me subí a un taxi y en el camino a casa llamé a Marcos;

-Hola... siento lo de mas temprano- dije despacio.

-Bueno, ha sido como un cubo de agua fría... Al menos he descubierto el lugar que ocupo en tu vida.- agregó él irónicamente.

-No Marcos, no... hoy no. - dije en rendición. - No puedo lidiar con tus exigencias hoy...

No después de las hermosas semanas que habíamos pasado juntos. De nuestra relación que parecía avanzar día tras día y que en ese momento se desmoronaba.

-¿Exigencias Alex?...¿Eso es lo que crees? - dijo con enfado absoluto. Y continuó;

- Eres jodidamente indecisa. ¿No crees que estás siendo un poco injusta no solo conmigo sino contigo? No se que te ha dicho, pero... ya has pasado suficiente, ¿no crees?

-Marcos... de verdad que lo siento.- continué- Siempre me sentiré culpable. ¡Siempre! - grité desde el otro lado del auricular y le colgué perdiendo los nervios totalmente. Estaba claro que siempre habría alguien dispuesto a recordarme que era una mala persona.

Al llegar a casa rogué porque el dichoso álbum estuviese entre las cosas de Noah que no había llevado al trastero, le encontré después de buscar un rato entre algunas agendas y libros. Al sacarlo otro álbum, que yo daba totalmente por perdido, cayó a mis pies. Era el de nuestra boda.

Lagrimas rodaban por mi rostro, no pude resistirme y lo abrí... 45 páginas de fotos de lo que en ese momento era amor. Esas fotos eran la prueba de que fuimos felices, él me adoraba... y yo le quería. Había sido mi primer amor, a quién le había entregado mi virginidad y con quien había deseado tener hijos. El hombre que me abrazaba después de una pesadilla y quien me hacía cosquillas cuando tenía un mal día solo por hacerme sonreír.

Lo traicione cruelmente y si siguiera con vida, probablemente me odiaría por haberle engañado. *¡joder ni siquiera tuve tiempo de pedirle perdón!*

Tenía que dejarle ir, tenía que perdonarme... aunque el remordimiento llenara mi mente, tenía que lograrlo. Había otro hombre dispuesto a amarme a pesar de todas mis locuras, y le estaba separando de mi.

Era como volver el tiempo atrás. Yo hundida. Marcos enfadado y esperándome. Sequé mis lágrimas y supe exactamente lo que tenía que hacer.

Llegué al ático de Marcos y usé por primera vez la llave que él me había dado hacía una semana. Nada más entrar, le encontré sentado en el sillón mirando una botella de vodka, que parecía llena. Me miró sorprendido y antes de que yo pudiese articular palabra, dijo;

-Llevo dos horas mirando esa botella, no la he tocado. He querido... pero no lo he hecho. - se le veía claramente afectado. Mi hombretón parecía un niño asustado y triste.

Los dos teníamos fantasmas al acecho.

Me acerqué y me senté a su lado, tomé su mano sin dejar de mirarle a los ojos y dije;

-Estoy orgullosa de ti y te quiero...

-Pero... siempre te sentirás culpable, eh.- dijo él.

- Quizás... pero quiero pelear contra eso junto a ti.- contraataqué.

-¿En serio? A mi parece que de un momento a otro desaparecerás.- susurró.

-No, no me iré. ¿Cómo puedo demostrarte que te quiero....? soy una idiota, pero te quiero.

-Cásate conmigo.- dijo esperanzado.

Me sorprendió tanto que de mi boca no salían palabras...estaba en shock.

¿Matrimonio?

-Uuuuu... emmm, ¿qué pregunta no?- dije acalorada.

-Se que no es una proposición formal, pero yo también te quiero... ¡joder, te quiero Alex!- dijo abalanzándose sobre mí para luego besarme con insistencia y pasión.

Hicimos el amor en el sillón y ya no hablamos mucho mas, era evidente que la charla no había acabado pero nos apetecía mucho más devorarnos con ansia y locura, con esa conexión tan especial que nos unía. Ese fuego que nos consumía.

Desperté en sus brazos, horas mas tarde y vi la botella que permanecía sobre la mesa... sin hacer ruido la llevé a la cocina y vacié el alcohol en el fregadero... si yo podia ayudarle con sus tormentos, quizás él con los míos. *Si yo podía hacerle mejor persona, él quizás también a mi.*

Era momento de darnos una oportunidad. *Una de verdad.*

Más.

Esa mañana desayunamos juntos en la cocina en completo silencio. Cuando recogía las tazas del café, Marcos dijo detrás de mí, pegando su cuerpo a mi espalda;

-No me has dado una respuesta...

Sabía muy bien a qué se refería, pero estaba tan sorprendida y asustada, no me salían las palabras...

Meneando un poco mis caderas, le distraje maliciosamente con el fin de evitar el tema, sabía cuánto le gustaba... sabía perfectamente cómo hacerle pensar en otras cosas. Y no dudé en que mi diablillo interno se hiciera cargo de aquella situación.

Con un leve ronroneo, me pegué aún más a él. Su cuerpo esbelto y caliente me sostenía en cada pequeño y sensual movimiento. Solo llevaba puesto su camisa blanca y mis bragas negras, mientras que él solo tenía sus boxers negros, donde se marcaba cada vez más su clara excitación.

-Pequeña... se lo que haces, vas a volverme loco...- comentó en mi oído. En esa cocina cada vez hacía más y más calor...

-¿Seguro?- contesté mientras giraba poniendo mi cara más angelical.
¡Manipuladora!

Marcos miraba en la profundidad de mis ojos, era obvio que él también sabía que estaba evitando una conversación, pero también quiso sacar partido de mi provocación y sin perder más tiempo, me cogió con sus fornidos brazos, me sentó sobre la isla de cocina donde habíamos desayunado y me besó intensamente mientras ardía por dentro.

Hábilmente desprendió la camisa, dejando mis pechos a su merced, con sus manos los acariciaba con delicadeza mientras de mi boca escapaban suspiros entre besos, con una de mis manos acariciaba su pelo y con la otra recorría su espalda, ancha... perfecta, caliente y sexy...

Comenzó a bajar besándome, recorrió mi cuello y llegó a mis pechos para saciarse de ellos, llevándome al extremo... no podía pensar, solo quería más. Mas de él. Sus caricias me excitaban fervientemente.

Siguió bajando mientras yo acariciaba su cabello. Apartó mis bragas, para con su lengua recorrer mi ingle y besar mi clítoris... lamer mis labios y jugar conmigo, mientras yo sentía como ese fuego que tanto me gustaba me consumía lentamente. Uno de sus dedos me penetró para hacerme perder el control por completo.

-Estas tan mojada, nena... susurró Marcos.

-Dime lo que quieres..- agregó.

Me estaba volviendo loca con sus manos, su lengua... toda su virilidad, me costaba articular palabra, pero logré decir;

-Te quiero a ti... follame.

Con una sonrisa pícaro, Marcos bajó sus boxers y me acercó aún mas a él, sin dejar de mirarme con sus intensos ojos... de una sola vez me llenó por completo. Mientras me penetraba intensamente una y otra vez, nos besabamos con insistencia y voracidad, los labios, el cuello, los hombros... era una delicia, un éxtasis.

Estaba por llegar al clímax exacto donde todo el mundo desaparece para mi, Marcos tomando mi cara con una de sus manos, sin dejar de moverse dentro de mí, me miró fijamente y dijo...

- Cásate conmigo...

Y... me oí decir;

- Si, amor... si.

Juntos nos dejamos llevar y terminamos bañados en sudor rebosantes de placer. Alcanzando el clímax absoluto y saciante. Era como si nunca nos cansáramos el uno del otro. Siempre más... y después más. Y más.

Segundos después caí en la cuenta, de que a la que habían manipulado al fin y al cabo había sido a mi .

Nos dimos una ducha juntos y decidimos pasar el día en la sierra de Madrid,

comimos en un pequeño y acogedor restaurante en Cercedilla, y caminamos por su pueblo tomados de la mano animadamente simplemente charlando.

Era tan agradable pasar el tiempo con él, cuando estaba en modo simpático; cuando no era una roca impenetrable... cuando simplemente era él. *Cuando olvidaba mis inseguridades, cuando me olvidaba de todo lo demás.* Volvimos a la ciudad por la noche, la vuelta se hizo algo corta para mi, ya que me dormí profundamente en el cómodo asiento de su Mercedes.

-Hemos llegado nena...- susurró Marcos cerca de mi.

Miré alrededor y vi que estábamos en mi casa.

-Creí que íbamos a tu casa...- dije algo somnolienta aún.

-No puedo quedarme, tengo algunas cosas que hacer...

-¿Esta todo bien?- dije.

No había comentado nada y parecía nervioso. Incluso dormida lo noté.

-Claro nena.- dijo quitando importancia. Dejó un suave beso en mis labios despidiéndose así. Le miré por última vez, bajé del coche y entré a casa.

Algo había pasado, pero no lograba descifrar qué.

Estaba cansada, me acurruque en el sillón y no sé en qué momento me dormí, hasta que desperté a la mañana siguiente, abrí un ojo para inspeccionar a mi alrededor, mi bonito reloj con la forma de África marcaba las ocho. Me levanté y arrastré mi cuerpo a la ducha, mientras lavaba mi cabello recordé el día anterior.

La escena en la cocina, su sensualidad, mi intento de manipulación, el éxito de la suya. El paseo por la sierra, la agradable comida y el despertar en casa. Sus gestos nerviosos al llegar. Su despedida.

Salí rápido de la ducha, busqué mi móvil y marqué su número. Estaba apagado. Me cambié y busqué en mi bolso... por suerte aún tenía su llave del ático del centro. Cogí mi coche y salí para allá.

Aparqué como siempre junto a su Mercedes, subí al ascensor y marqué el código insertando la llave para subir al último piso, las puertas se abrieron, mientras la curiosidad y la preocupación me invadían en partes iguales.

Mi cuerpo entero se estremeció con lo que ví.

Dolor.

Si en ese momento alguien me hubiese dado mil puñaladas no me hubiese dado cuenta, no hubiera sentido dolor. Nada dolería mas.

Una rubia alta con pinta de modelo, le abrazaba. Los dos me miraron, mi mente abarrotada de preguntas, nublada por la ira y el dolor me dictó que debía huir de ahí.

Marcos escapando de los brazos de la rubia, se iba acercando a medida que yo me iba alejando. no podía ni pestañear, en ese momento sí que no dije palabra.

Corrí escaleras abajo por la puerta de servicio que había detrás de mí, como alma que la lleva el diablo mientras un mar de lágrimas asaltaban mi rostro. Oí a Marcos desde arriba, mientras que yo corría, gritaba;

-Alex....¡Alex! vuelve.... ¡Alex!...

Llegué al garaje y me subí al coche mientras no dejaba de sollozar. No podía respirar, me faltaba el aire y no dejaba de llorar. Salí de allí conduciendo en modo automático. Quién sabe cómo, pues no lo recuerdo.

No quería saber nada de él. No podía volver a verle. Necesitaba irme lejos... lejos.

El proyecto. El proyecto juntos... pensé, oh Dios...¿qué iba hacer con ello? una sola persona podía ayudarme y no dude en ir a buscarlo.

El señor Valdemoro se mostró claramente sorprendido por mi repentina visita, pasamos al despacho en su inmensa casa y me ofreció un vaso de whisky, mientras servía otro para él. Mi cara de haber sido todo un poema. Ni café, ni té. Pasamos directamente al whisky.

Intenté mantener la compostura, y dije;

-Siento muchísimo la visita señor, pero tengo que decirle algo y no puedo

esperar.

-Adelante, señora Stefan- dijo el sesentón bebiendo de su vaso.

-No voy a terminar el proyecto. Y le devolveré cada céntimo que crea necesario, por esta pérdida de tiempo. - comenté mientras mis ojos se llenaban de lágrimas, llena de desilusión. Y continué:

-No puedo continuar con lo estipulado en el contrato. Lo siento muchísimo...

-Vaya...es una sorpresa, tenía grandes esperanzas en ustedes.- comentó decepcionado también.

-Y yo...- articulé casi en un susurro.

-Daremos por finalizado el contrato. El abogado de la editorial se pondrá en contacto con usted. No será necesaria ninguna retribución económica. sentenció.

Parte de mi se sintió tremendamente aliviada.

-Gracias señor, no imagina cuánto le agradezco la comprensión.- dije poniéndome de pie para salir de allí. El tiempo estaba en mi contra debía desaparecer de Madrid rápidamente, no era capaz de enfrentarme a nada ni a nadie.

-Alex... hágase un favor, siga escribiendo. - dijo el señor Valdemoro con una sonrisa paternal.

-Sí señor.- dije intentando sonreír.

Salí de allí y al subir al coche mi móvil sonaba con insistencia.

Marcos.

Sin atender y mientras conducía gritaba como una loca... ¡ahora si tienes encendido el móvil! ¡cabrón...eres un cabrón!.. un embustero y un mentiroso. Siempre lo has sido...

Lloraba desconsoladamente.

Llegue a casa y entré a casa echa una furia. Él estaba allí.

Marcos también tenía llave de mi casa.

-¡Sal de mi casa ahora mismo! - le grité sin control.

-No... tienes que dejar que te explique... - intentó él razonar conmigo.
-¡No! sal de mi casa y de mi vida...- dije fuera de mi completamente.
-Alex, por favor...espera. - dijo él mas tranquilo e intento acercarse y continuó;

-Sandra es una amiga, ha tenido problemas con su marido y me pidió ayuda... no es nada importante, te lo juro nena...

Mi mente procesó solo dos cosas.

Primero; una amiga de la que no esperaba que yo supiera nada.

Segundo, una amiga casada. ¡CASADA! ¡JODER!

La furia me estaba hirviendo la sangre y escupí a gritos;

-Una amiga casada..... ya decía yo, que seguro yo no había sido la primera...remarque con ironía.

-¿Que?...¿Qué dices?... no es lo que tu crees, sabía que ibas a ponerte como loca, por eso no iba a decirte por ahora, sobre ella...Por favor escúchame...contestó Marcos.

-Dime una cosa...- y esta vez me acerqué yo hacía él- ¿te has acostado con ella? preguntó mi vena masoquista.

-Solo una vez hace mucho, cuando te fuiste a África estaba destruido y...no significó nada. Quiero que sepas todo...- dijo él abatido por la discusión.

-No... no digas mas nada.- dije llorando a mares.

-Vamos Alex... no destruyas lo que tenemos, por favor, no seas hipócrita. Tu has tenido amigos... el sevillano, por ejemplo.- dijo, haciendo referencia a Emilio.

-Eso es distinto, él era mi amigo...- dije.

-Y te acostaste con él... Alex yo te quiero, paremos esto por favor...- dijo acercándose un poco mas.

-No me acosté con él. - dije furiosa.

- Pero lo deseabas...- recalcó Marcos, como si llevara ese resquemor guardado desde hacía tiempo...

Esa fue la gota que colmó mi escasa paciencia y un sonido inundó la habitación; ¡Plaff!

Le di un fuerte cachetón que lo dejó de piedra y me aleje aún mas.
-Fui una idiota en pensar que eras diferente...- dije entre dientes.
-También yo... - dijo él casi en un susurro y salió de allí mirándome con pena.

Dejando silencio. Vacío... y mas dolor. Dolor.
Un agudo y cegador dolor.
CONTINUARÁ.....

EXTRAÑOS.



(Continuación de INFIDELIDAD...)

...Alex se mira en el espejo y piensa...

Quizás algún día ya no me sienta una extraña en mi propio cuerpo, quizás este deje de traicionarme en cada recuerdo de Marcos, en cada sueño y en cada encuentro...

Lejos de Madrid Alex intentará recomponer su vida una vez más, mientras se suceden los días la vida le deparará aún más sorpresas...